

O BRA REUNIDA

Gabriela

2

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

OBRA REUNIDA

Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

O B R A R E U N I D A D E G A B R I E L A M I S T R A L

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 2: 978-956-244-653-2

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes

Jimena Jara Quilodrán

Subsecretaria del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Directora Biblioteca Nacional de Chile

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

Gabriela

2

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Í N D I C E

Prólogo	15
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	18
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	20
<i>Carlos Álvarez Gómez</i>	
 T E R N U R A	 25
 Prólogo de Jaime Quezada	 27
 C A N C I O N E S D E C U N A	 35
 Meciendo	 37
La tierra y la mujer	38
Hallazgo	49
Rocío	41
Corderito	42
Encantamiento	43
Suavidades	44
Yo no tengo soledad	45
Apegado a mí	46
La noche	47
Me tuviste	48
Dormida	49
Con tal que duermas	51
Arrorró elquino	52
Dos canciones del Zodíaco:	54
i. Canción de Virgo	54
ii. Canción de Taurus	56
Canción quechua	58
La madre triste	59
Canción amarga	60

El establo	62
Semilla	64
Niño rico	66
Niño chiquito	67
Sueño grande	69
La ola del sueño	71
Canción de la sangre	73
Canción de pescadoras	75
Arrullo patagón	76
Canción de la muerte	78
Mi canción	79
Niño mexicano	80
 R O N D A S	83
Invitación	85
¿En dónde tejemos la ronda?	86
Dame la mano	87
La margarita	88
Tierra chilena	89
Ronda de los colores	90
Ronda del arco iris	92
Los que no danzan	94
Ronda de la paz	95
Jesús	97
Ronda de la ceiba ecuatoriana	99
Ronda de los metales	101
Ronda de segadores	104
Todo es ronda	106
El corro luminoso	107
 LA DESVARIADORA	109
La madre niña	111
Que no crezca	113
Encargos	115

Miedo	117
Devuelto	118
La nuez vana	119
Bendiciones	121
La cajita de Olinalá	125
J U G A R R E T A S	129
La pajita	131
La manca	132
La rata	133
El papagayo	13 ⁴
El pavo real	135
C U E N T A M U N D O	137
La cuenta mundo	139
El aire	140
La luz	141
El agua	142
Arco iris	143
Mariposas	145
Animales	147
Fruta	148
La piña	149
La fresa	150
Montaña	151
Alondras	153
Trigo argentino	15 ⁴
Pinar	156
Carro del cielo	157
Fuego	159
La casa	160
La tierra	162

CASI ESCOLARES	165
Piececitos	167
Manitas	169
Echa la simiente	170
Nubes blancas	171
Mientras baja la nieve	173
Promesas a las estrellas	174
Caricia	175
Dulzura	176
Obrerito	177
Plantando el árbol	178
Plegaria por el nido	179
Doña Primavera	181
Verano	183
El ángel guardián	184
A Noel	186
Himno de las escuelas Gabriela Mistral	187
 C U E N T O S	189
La Madre Granada	191
El pino de piñas	194
Caperucita Roja	197
 COLOFÓN CON CARA DE EXCUSA	199

L A G A R	209
Prólogo de Gustavo Barrera y Magda Sepúlveda	211
P R Ó L O G O	217
La otra	219
D E S V A R I Ó	221
El reparto	223
Encargo a Blanca	225
G U E R R A	227
Caída de Europa	229
Campeón finlandés	231
La huella	233
Hospital	236
J U G A R R E T A S	239
Ayudadores	241
Cajita de pasas	243
Doña Venenos	245
Nacimiento de una casa	247
Ocho perritos	249
L U T O	251
Aniversario	253
EI costado desnudo	256
Luto	260
Mesa ofendida	262
Los dos	264

Noche de San Juan	266
Una palabra	268
 LOCAS MUJERES	
	271
La abandonada	273
La ansiosa	275
La bailarina	277
La desasida	279
La desvelada	281
La dichosa	284
La fervorosa	287
La fugitiva	290
La granjera	292
Marta y María	294
Mujer de prisionero	297
La que camina	300
Una piadosa	303
Una mujer	305
La humillada	306
 NATURALEZA	
	309
Amapola de California	311
Hallazgo del palmar	313
La piedra de Paraibuna	315
Muerte del mar	316
Ocotillo	320
Palmas de Cuba	322
Canción del maizal	324
Ceiba seca	326
Espiga uruguaya	328
Sonetos de la poda	329
Vertiente	332

N O C T U R N O S	335
Madre mía	337
Canto que amabas	342
O F I C I O S	343
Herramientas	345
Manos de obrero	347
R E L I G I O S A S	349
Almuerzo al sol	351
El regreso	353
Lámpara de catedral	356
Noel indio	358
Pinos de Navidad	359
Estrella de Navidad	360
Memoria de la Gracia	362
Procesión india	365
Patrón de telares	367
R O N D A S	369
Ronda argentina	371
Duerme, duerme, niño cristiano	373
Ronda de los aromas	375
Ronda cubana	376
Ronda del fuego	377
V A G A B U N D A J E	379
Puertas	381
Adiós	384
Despedida	385

Emigrada judía	386
Patrias	388
T I E M P O	391
Amanecer	393
Mañana	394
Atardecer	395
Noche	396
R E C A D O T E R R E S T R E	397
Recado terrestre	399
E P Í L O G O	401
Último árbol	403
D E P U Ñ O Y L E T R A	407

PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borrones y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitulina; los choapinos clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada decálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como commovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

Gabriel Boric Font
Presidente de la República de Chile

PALABRAS PRELIMINARES

Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

RECADO CIUDADANO

PALABRA A PALABRA: SEÑALES EN EL CAMINO

Encontrarse con la poesía siempre marcará el inicio de un viaje iniciático donde la contemplación de los elementos conjugados en las palabras, al destilar las vivencias más elementales, termina resonando en la conciencia con alcances y proyecciones atemporales que no se logran anticipar o presuponer.

Trabajo en el Liceo Gabriela Mistral de Temuco desde hace casi diez años y ha sido fabuloso percatarme de cómo, progresivamente, la comunidad toda se ha ido empapando del espíritu literario —fundamentalmente poético— que nuestro mayor referente legó a la humanidad, así como también de la valiosa perspectiva mistraliana al abordar el quehacer educativo, creando una atmósfera ambarina y sutil que tiñe de suaves colores las interacciones diarias.

En este sentido, *Ternura* es, sin duda, un texto fundamental, que aporta cimientos para una arquitectura invisible, fuerza motriz que inspira, casi imperceptiblemente, diversos vínculos diarios. La delicada preocupación hacia la infancia —reiterada como un coro esencial en el libro— es, probablemente, el mayor estímulo que hacemos carne en cada acción, pues procuramos que niños, niñas y jóvenes reciban permanentemente atención plena y cuidados oportunos en las más amplias dimensiones.

otras reflexiones, nos lleva a agudos planteamientos ante la acechanza y la insondable experiencia de la muerte, lo cual, junto a otras exigencias emocionales transitadas transversalmente por el ser humano inmerso en los revéses sombríos de la existencia, configura un mosaico de espejos ante los cuales, desde uno u otro ángulo, resulta imposible no sentirse aludido, no verse reflejado.

Nos vinculamos a ellas valorándolas como un faro que ilumina la noche cerrada, haciendo posible el tránsito permanente hacia el destino en lontananza, más clara la travesía al valernos de su indispensable brújula para guiar la trayectoria sin perder el norte.

Inspirados en los señeros mensajes de estas obras tan trascendentes y en el conjunto invaluable de señales luminosas diseminadas en los demás registros bibliográficos con que nos orienta nuestra Premio Nobel, además de ejemplos puntuales en que alzó la voz por las más nobles causas trascendiendo lo literario, lo cultural, hacia reivindicaciones de hondo sentido filantrópico, inspiradas, en definitiva, en defender y elevar la condición humana desde la dignidad más transversal.

Valoramos inmensamente la invitación a participar de este destacadísimo hito editorial, y, personalmente, la consideración para recibir estas breves palabras.

Carlos Álvarez Gómez
Encargado Biblioteca CRA
Profesor de Fomento Lector
Liceo Gabriela Mistral de Temuco

Ternura se publica inicialmente en Madrid, en 1924 (Editorial Saturnino Calleja). Llevaba entonces un subtítulo de *Canciones de niños* para remarcar el carácter y las intencionalidades de las rondas, canciones de la tierra, estaciones, religiosas, canciones de cuna que lo dividían en secciones. Una veintena de estos poemas —“Piececitos”, “El himno cotidiano”, “Obrerito”, entre varios otros— había aparecido un par de años antes en *Desolación* (1922). También otras varias canciones de cuna y cuenta mundo se reeditarán en la edición primera de *Tala* (1938). Solo muy posterior, en 1945, al publicarse en Buenos Aires una nueva edición de *Ternura* (Espasa Calpe Argentina, 24-V-1945; meses más tarde se publica allí una segunda, el 29-IX-1945), las canciones de niños pasarán a ser casi escolares, reordenándose el libro en nuevas secciones, proyectadas desde y para un sujeto lector más amplio y plural, con el agregado, además, del “Colofón con cara de excusa”, texto inédito de la autora que hace de cierre. Es esta edición, en consecuencia, la que se ha tenido íntegramente en cuenta para su publicación en esta *Obra reunida*.

De esta manera, *Ternura* ha sido para Gabriela Mistral un libro, sin duda, muy querido, y que anduvo siempre formando parte de toda su obra creativa. Ninguno de sus textos fundamentales está exento de secciones cuyos versos son las jugarretas y las ternuras mismas. Pareciera ser, es, el libro que ella no tuvo en su infancia, porque vino a tener de adulta las fábulas que se oyen a los siete años, y “hasta la vejez dura y perdura en mí el gusto del cuento pueril y del pintarrajeado de imágenes, y me los leo con la avidez de todos aquellos que llegaron tarde a sentarse a la mesa”.

De ahí también los desvariadores y coloridos cuentos de estas páginas —“La Madre Granada”, “Caperucita Roja”, “El pino de piñas”—; o las sorprendentes y lúdicas jugarretas —“La manca”, “La rata”, “La pajita”—; o la revelación cotidiana de las cosas más usuales y, asimismo, más sublimes —“El aire”, “La luz”, “El agua”—, materias esenciales y elogiosas; y, en fin, la gracia (en sus magias, donaires e imaginaciones) y el asombro (en lo visto y lo sentido) de novedades y cosas como si fuese por vez primera.

La poesía de *Ternura* revela, sin duda, la esencialidad original de la obra de una Mistral que bebe la sed de sorbos grandes. En muchas de estas jugarretas, rondas y cuenta mundo está presente el característico verbo mistraliano (aupar, repechar, voltear, abajar, revolar) o su vivificador léxico elquino adentro (agriura, almud, sollamadura). Lenguaje y tono conversacional y dialogante que bien quedaron en ella de sus gentes mismas de aldeas y lugares de ese pródigo valle, en un cuéntalo y cuéntalo: de infancia a edad madura, de memoria a oído atento (sonidos, ritmos, rumores), de oralidades y lengua arcaica y revivida: “Se prueban en la infancia, con la carnecita de ciruela y la imaginación desatentada, los espantos más grandes junto con las dichas más reales”. Así las dichas y ternuras de esta poesía en su contar que es, a su vez, encantar.

Ni por su título ni por su contenido, *Ternura* está lejos de cumplir, a página cabal, con intenciones meramente pueriles en la obra toda de Gabriela Mistral, y más lejos todavía de una “empalagosa o catequística pedagogía”. Más bien se escribió originalmente como una reacción a la poesía escolar en boga en aquella época —década de los años veinte—, y que en nada satisfacía a nuestra autora (aun cuando muchos de estos poemas se escribieron para textos escolares): “He

querido hacer una poesía escolar nueva, una poesía que no por ser escolar deje de ser poesía, que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón, más estremecida de soplo de alma". Escolar reconoce, Gabriela Mistral. Y eso será efectivamente la obra en sus comienzos —canciones de niños—, y que luego irá nutriéndose de otros temas humanos, geográficos y desvaria-dores notables, prefiriendo siempre el verso que tenga el ritmo y la tradición de lo vernacular y lo clásico al modo de una seguidilla o romancillo. "¡Vaya hermosura! ¡Vaya el color!".

Al explicar, por ejemplo, su poema *jugarreta "La pajita"*, Gabriela Mistral entrega en un par de líneas, las claves y vertientes de estos nada de pueriles versos: "Mi pequeña poesía que habla de la viga en el ojito del niño, está escrita en la lengua folclórica de nuestro pueblo chileno que cuenta de una curiosa manera, diciendo: *esta que* o *este que*; debe ser porque yo siento un profundo afecto por esta clase de poesía". Afecto que le viene de sus afanes de averiguar y de conocer las tradiciones de nuestras hablas autóctonas y nacionales. Las niñeces de su valle de Elqui en sus re-hallazgos permanentes: "Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez—, pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia".

Ternura es, paradójicamente, un libro siempre nuevo y casi siempre inédito. El pulso vivo de Gabriela Mistral con su aliento, su sentido y su cuerpo late, por mañas o por magias, en esta poesía. Libro de fundamento en el andar lugares y recorrer territorios ("estoy en donde no estoy", dice en el primer verso de "Niño mexicano"); en el goce sensorial y maravillador de olores, sabores y colores, en "Ronda de los aromas", por ejemplo); en el nombrar frutos y animales en

sus zoologías y botánicas permanentes, desde la rata que corrió a un venado a la fábula cuento “La Madre Granada”. Y, sobre todo, en el descubrir poema tras poema, los temas siempre perdurables de la obra mistraliana: la tierra, la naturaleza geográfica y humana, las materias. Solo que aquí el niño, niña, es personaje y protagonista: “Me encontré este niño / cuando al campo iba” (“Hallazgo”); “Duerme, huesito de cereza, / y bocadito de chañar” (“Semilla”); “Niño indio, si estás cansado / tú te acuestas sobre la tierra” (“La tierra”). Gabriela Mistral recrea, a su gusto y a su antojo, desvariadamente, su mundo de realidades y encantamientos.

Mucho andar países y geografías conlleva también *Ternura*. Desde la Patagonia chilena a la meseta mexicana o al mar de las Antillas. El arrullo patagón y el arrrorró elquino, la ronda de la ceiba ecuatoriana y la cajita de madera olorosa de Olinalá. La adultez y la infancia de una Mistral que anduvo, con su ritmo y su ronda y su corro luminoso desde muy niña tocando las cosas primeras: las gredas, la piedra porosa, la almendra velluda, es decir, sus albricias, sus ánimos y sus gestos. Por otra parte, la raíz de su pensamiento y de su conciencia social e indigenista se va poéticamente desarrollando (“La casa”, “La tierra”) en su vislumbre de historia y de anécdota con el pan, el indio quechua, el hambre. Así sean otros varios poemas de *Ternura* que cantan al maíz, a los frutos americanos, a la tierra chilena, como si todo fuera la creación misma en sus paisajes, plantas y animales, y el género humano, en sus sencillez y cotidianidades.

Canciones de cuna, rondas, jugarretas, arrullos con largas pausas para cantar a la liebre rojiza o a la vizcacha parda, arrrorós que rescatan lo más genuino y tradicional del folclor infantil chileno, latinoamericano, español viejo. “Mis canciones de cuna —dice la misma Mistral— han de ser

como la gota de agua, divina en sus simplicidades y sus descuidos; ligera como el rocío que no alcanza doblar la hierba, y más difíciles de hacer que un elegante soneto". No es, pues, *Ternura* un libro ingenuamente infantil. Los metales de sus cerros de Montegrande están yacentes en esta poesía valiosísima de tema, de lengua, de léxico, de tratamiento del decir poético, del rescate arrullador de la infancia y de acercamiento al mundo, es decir, su siempre *Cuenta mundo*.

Por alguna bienaventurada razón está en la plenitud de estas páginas su "Ronda de la paz", pacifista ella en todos los buenos días. Y su "Dame la mano" que es, afectiva y efectivamente, una ronda también de humanidad. Libro de buen decir para buen leer, y tan lleno de bendiciones.

En un oficio consular, fechado en Petrópolis (Brasil, abril de 1945), Gabriela Mistral nos da luz sobre su génesis y edición. Dice: "Espasa Calpe Argentina está imprimiendo *Ternura*. El libro comprende el material del antiguo, más todo el resto de mis versos para niños, y tiene el mérito de reunir, por fin, los materiales infantiles dispersos en dos volúmenes, los que andaban en revistas y los inéditos". El material antiguo es, por cierto, el reunido en la edición madrileña (1924), y los materiales dispersos en dos volúmenes, son aquellos que se encuentran en *Desolación* (1922) y en *Tala* (1938), respectivamente. Esta edición argentina de 1945 (Espasa Calpe, Buenos Aires, Colección Austral, que no dice segunda edición y que viene con notas a pie de página de la poeta), revisada y autorizada por la propia autora, viene a ser —"por fin", como dice ella misma— la edición total y definitiva de *Ternura*.

Jaime Quezada
Santiago de Chile, septiembre, y 2019

A la memoria de mi madre

y a mi hermana Emelina

C A N C I O N E S

D E C U N A

M E C I E N D O

El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra,
mezo a mi niño.

A Amira de la Rosa

Mientras tiene luz el mundo
y despierto está mi niño,
por encima de su cara,
todo es un hacerse guiños.

Guiños le hace la alameda
con sus dedos amarillos,
y tras de ella vienen nubes
en piruetas de cabritas...

La cigarra, al mediodía,
con el frote le hace guiño,
y la maña de la brisa
guiña con su pañalito.

Al venir la noche hace
guiño socarrón el grillo,
y en saliendo las estrellas,
me le harán sus santos guiños...

Yo le digo a la otra madre,
a la llena de caminos:
“¡Haz que duerma tu pequeño
para que se duerma el mío!”.

Y la muy consentidora,
la rayada de caminos,
me contesta: “Duerme al tuyó
para que se duerma el mío”.

H A L L A Z G O

Me encontré a este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
en unas espigas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
buscando los pámpanos
topé su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
la helada en las viñas...

R O C Í O

*Esta era una rosa
que abaja el rocío:
este era mi pecho
con el hijo mío.*

Junta sus hojitas
para sostenerlo
y esquiva los vientos
por no desprenderlo.

Porque él ha bajado
desde el cielo inmenso
será que ella tiene
su aliento suspenso.

De dicha se queda
callada, callada:
no hay rosa entre rosas
tan maravillada.

*Esta era una rosa
que abaja el rocío:
este era mi pecho
con el hijo mío.*

C O R D E R I T O

Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
de musgo afelpada.

Carnecita blanca,
tajada de luna:
lo he olvidado todo
por hacerme cuna.

Me olvidé del mundo
y de mí no siento
más que el pecho vivo
con que te sustento.

Yo sé de mí solo
que en mí te recuestas.
Tu fiesta, hijo mío,
apagó las fiestas.

E N C A N T A M I E N T O

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormida lo amamanto,
que me bebe yo no siento.

Es más travieso que el río
y más suave que la loma:
es mejor el hijo mío
que este mundo al que se asoma.

Es más rico, más, mi niño
que la tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño
como el grano de mi trigo:
menos pesa que su sueño;
no se ve y está conmigo.

S U A V I D A D E S

Cuando yo te estoy cantando,
en la tierra acaba el mal:
todo es dulce por tus sienes:
la barranca, el espinar.

Cuando yo te estoy cantando,
se me acaba la crueldad:
suaves son, como tus párpados,
¡la leona y el chacal!

Y O N O T E N G O S O L E D A D

Es la noche desamparo
de las sierras hasta el mar.
Pero yo, la que te mece,
¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo
si la luna cae al mar.
Pero yo, la que te estrecha,
¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo
y la carne triste va.
Pero yo, la que te opprime,
¡yo no tengo soledad!

A P E G A D O A M Í

Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmete apagado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándole latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmete apagado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmete apagado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo de dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmete apagado a mí!

L A N O C H E

Por que duermas, hijo mío,
el ocaso no arde más:
no hay más brillo que el rocío,
más blancura que mi faz.

Por que duermas, hijo mío,
el camino enmudeció:
nadie gime sino el río;
nada existe sino yo.

Se anegó de niebla el llano.
Se escogió el suspiro azul.
Se ha posado como mano
sobre el mundo la quietud.

Yo no solo fui meciendo
a mi niño en mi cantar:
a la tierra iba durmiendo
al vaivén del acunar...

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
el que va meciendo.

D O R M I D A

Meciendo mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.

El mundo, de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino.

El bulto del mundo,
por vigas y vidrios,
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.

Son todos los cerros
y todos los ríos,
todo lo creado,
todo lo nacido...

Yo mezo, yo mezo
y veo perdido
cuerpo que me dieron,
lleno de sentidos.

Ahora no veo
ni cuna ni niño,
y el mundo me tengo
por desvanecido...

¡Grito a Quien me ha dado
el mundo y el hijo,
y despierto entonces
de mi propio grito!

C O N T A L Q U E D U E R M A S

La rosa colorada
cogida ayer;
el fuego y la canela
que llaman clavel.

El pan horneado
de anís con miel,
y el pez de la redoma
que la hace arder.

Todito tuyo,
hijito de mujer,
con tal que quieras
dormirte de una vez.

La rosa, digo;
digo el clavel.
La fruta, digo,
y digo que la miel.

Y el pez de luces,
y más y más también,
¡con tal que duermas
hasta el amanecer!

ARRORRÓ ELQUINO

A Isolina Barraza de Estay

En la falda yo me tengo
una cosa de pasmar:
niña de algodón en rama,
copo de desbaratar,
cabellitos de vilanos
y bracitos sin cuajar.

Vienen gentes de Paihuano
y el “mismísimo” Coguaz¹
por llevarse novedades
en su lengua lenguaraz.

Y no tiene todavía
la que llegan a buscar
ni bautismo que le valga
ni su nombre de vocear.

Tanta gente y caballada
en el patio y el corral
por un bulto con un llanto,
y una faja, y un pañal.

¹ Aldea en la cordillera, donde termina el valle de Elqui [y que de veras se llama Cochiguaz. (N. de los Eds.)].

Elquinada novedosa,
resonando de metal;
que se sienten en redondo
como en era de trillar.

Que la miren embobados,
—ojos vienen y ojos van—
y le pongan en hileras
pasas, queso, uvate,² sal.

Y después que la respiren
y la toquen como al pan,
que se vuelvan y nos dejen
en “compañía” y soledad.

Con las lunas de milagro,
con los cerros de metal,
con las luces y las sombras,
y las nieblas de soñar.

Me la tengo todavía
siete años de encañar.
¡Madre mía, me la tengo
de tornearla y rematar!

¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!,
¡viejo torno de girar!
¡Siete años todavía
gira, gira y girarás!

² Dulce o confitura hecho con el hollejo de la uva.

DOS CANCIONES DEL ZODÍACO

CANCIÓN DE VIRGO

*Un niño tuve al pecho
como una codorniz.
Me adormecí una noche;
no supe más de mí.
Resbaló de mi brazo;
rodó, lo perdí.*

Era el niño de Virgo
y del cielo feliz.
Ahora será el hijo
de Luz o Abigail.

Tenía siete cielos;
ahora solo un país.
Servía al Dios eterno,
ahora a un cadí.

Sed y hambres no sabía
su boca de jazmín;
ni sabía su muerte.
¡Ahora sí, ahora sí!

Lo busco caminando
del cenit al nadir,
y no duermo, y me pesa
la noche en que dormí.

Me dieron a los Gémines;
yo no los recibí.
Pregunto, y ando, y peno
por ver mi hijo venir.

Ay, vuelva, suba y llegue
derechamente aquí,
o me arrojo del cielo
y lo recobro al fin.

C A N C I Ó N D E T A U R U S

El Toro carga al niño,
al hombre y la mujer,
y el Toro carga el mundo
con tal que se lo den.

*Búscame por el cielo
y me verás pacer.*

Ahora no soy rojo
como cuando era res.
Subí de un salto al cielo
y aquí me puse a arder.

*A veces soy lechoso,
a veces color miel.*

Arden igual que llamas
mis cuernos y mi piel.
Y arde también mi ruta
hasta el amanecer.

*No duermo ni me apago
para no serte infiel.*

Estuve ya en el Arca,
y en Persia, y en Belén.
Ahora ya no puedo
morir ni envejecer.

*Duérmete así lamido
por el Toro de Seth.*

Dormido irás creciendo;
creciendo harás la ley
y escogerás ser Cristo
o escogerás ser rey.

*Hijito de Dios Padre
en brazos de mujer.*

C A N C I Ó N Q U E C H U A

Donde fue Tihuantinsuyo,
nacían los indios.
Llegábamos a la puna
con danzas, con himnos.

Silbaban quenas, ardían
dos mil fuegos vivos.
Cantaban Coyas de oro
y Amautas benditos.

Bajaste ciego de soles,
volando dormido,
para hallar viudos los aires
de llama y de indio.

Y donde eran maizales
ver subir el trigo,
y en lugar de las vicuñas
topar los novillos.

¡Regresa a tu Pachacamac,
en vano venido,
indio loco, indio que nace,
pájaro perdido!

L A M A D R E T R I S T E

Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.

Duerme, duerme y en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba,
que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía,
mi zozobra, mi temblor.
En ti ciérrense mis ojos:
¡duerma en ti mi corazón!

C A N C I Ó N A M A R G A

¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las oleadas de la alfalfa
para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo.
¿De quién más podría ser?
Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

El cordero está espesando
el vellón que he de tejer,
y son tuyas las majadas.
¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo
que en la ubre ha de correr,
y el manojo de las mieses,
¿de quién más podrían ser?

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

E L E S T A B L O

Al llegar la medianoche
y al romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo.

Y se fueron acercando,
y alargaron hasta el Niño
los cien cuellos anhelantes
como un bosque sacudido.

Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos
como llenos de rocío.

Una oveja lo frotaba,
contra su vellón suavísimo,
y las manos le lamían,
en cuclillas, dos cabritos...

Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes y de ocas,
y de gallos y de mirlos.

Los faisanes descendieron
y pasaban sobre el Niño
la gran cola de colores;
y las ocas de anchos picos,

arreglábanle las pajas;
y el enjambre de los mirlos
era un velo palpitante
sobre el recién nacido...

Y la Virgen, entre cuernos
y resuellos blanquecinos,
trastrocada iba y veía
sin poder tomar al Niño.

Y José llegaba riendo
acudir a la sin tino.
Y era como bosque al viento
el establo commovido...

A Paula Alegría

I

Duerme, hijito, como semilla
en el momento de sembrar,
en los días de encañadura
o en los meses de ceguedad.

Duerme, huesito de cereza,
y bocadito de chañar,
color quemado, fruto ardido
de la mejilla de Simbad.

Duerme lo mismo que la fábula
que hace reír y hace llorar.
Por menudo y friolera,
como que estás y que no estás...

II

Cuerpecito que me espejea
de cosas grandes que vendrán,
con el pecho lleno de luna
partido en tierras por arar.

Con el brazo dado a los remos
de quebracho y de guayacán,
y la flecha para la sierra
en donde cazan el faisán.

Duerme, heredero de aventuras
que se vinieron por el mar,
ahijado de antiguos viajes
de Colón y de Gengis Kan.

Heredero de adoraciones,
que al hombre queman y al copal,
y figura de Jesucristo
cuando repartas pez y pan.

N I Ñ O R I C O

A Arévalo Martínez

Yo no despierto a mi dormido
la Noche Buena de Belén,
porque sueña con la Etiopía
desde su loma del Petén...

Me quedo sola y no despierto
al que está viendo lo que ve:
las palomas, las codornices,
el agua rosa, el río miel;

el amate cobija pueblo,
la palmera mata la sed,
el pez arcángel del Caribe
y su quetzal maya quiché.

Yo no despierto a mi dormido
para dormírmelo otra vez,
arrebatarle maravilla
y no saberla devolver...

El sueño mío que rompieron,
no lo supe dormir después,
y cuando lloro todavía
lloro mi Noche de Belén.

N I Ñ O C H I Q U I T O

A Fernanda de Castro

Absurdo de la noche,
burlador mío,
sí es no es de este mundo,
niño dormido.

Aliento angosto y ancho
que oigo y no miro,
almeja de la noche
que llamo hijo.

Filo de lindo vuelo,
filo de silbo,
filo de larga estrella,
niño dormido.

A cada hora que duermes,
más ligerito.
Pasada medianoche,
ya apenas niño.

Espesa losa, vigas
pesadas, lino
áspero, canto duro,
sobre mi hijo.

Aire insensato, estrellas
hirvientes, río
terco, porfiado búho,
sobre mi hijo.

En la noche tan grande,
tan poco niño,
tan poca prueba y seña,
tan poco signo.

Vergüenza tanta noche
y tanto río,
y “tanta madre tuyā”³,
niño dormido...

Achicarse la tierra
con sus caminos,
aguzarse la esfera
tocando un niño.

¡Mudártete la noche
en lo divino,
yo en urna de tu sueño,
hijo dormido!

³ Expresión popular mexicana.

S U E Ñ O G R A N D E

A Adela Formoso de Obregón

A niño tan dormido
no me le recordéis.
Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez.

Yo lo saqué del sueño
de todo su querer
y ahora se me ha vuelto
a dormir otra vez.

La frente está parada
y las sienes también.
Los pies son dos almejas
y los costados pez.

Rocío tendrá el sueño
que es húmeda su sien.
Tendrá música el sueño
que le da su vaivén.

Resuello se le oye
en agua de correr;
pestañas se le mueven
en hojas de maitén.

Les digo que lo dejen
con tanto y tanto bien,
hasta que se despierte
de solo su querer...

El sueño se lo ayudan
el techo y el dintel,
la tierra que es Cibeles,
la madre que es mujer.

A ver si yo le aprendo
dormir que ya olvidé
y se lo aprende tanta
despierta cosa infiel.

Y nos vamos durmiendo
como de su merced,
de sobras de ese sueño,
hasta el amanecer.

LA OLA DEL SUEÑO

A Queta Regules

*La marea del sueño
comienza a llegar
desde el santo polo
y el último mar.*

Derechamente viene,
a silbo y señal;
subiendo el mundo viene
en blanco animal.

Ha pasado Taitao,
Niebla y Chañaral,
y a tu puerta y tu cuna
llega a acabar.

*Sube del viejo Polo,
eterna y mortal.
Viene del mar antártico
y vuelve a bajar.*

La ola encopetada
se quiebra en el umbral.
Nos busca, nos halla
y cae sin hablar.

En cuanto ya te cubra
dejas de ronronear;
y llegándome al pecho,
yo dejo de cantar.

Donde la casa estuvo,
está ella no más.
Donde tú mismo estabas,
ahora ya no estás.

Está la ola del sueño,
espumajeo y sal,
y la tierra inocente,
sin bien y sin mal.

C A N C I Ó N D E L A S A N G R E

Duerme, mi sangre única
que así te doblas te,
vida mía, que se mece
en rama de sangre.

Musgo de los sueños míos
en que te cuajaste,
duerme así, con tus sabores
de leche y de sangre.

Hijo mío, todavía
sin piñas ni agaves,
y volteando en mi pecho
granadas de sangre.

Sin sangre tuya, latiendo
de las que tomaste,
durmiendo así tan completo
de leche y de sangre.

Cristal dando unos traslúces
y luces, de sangre;
fanal que alumbra y me alumbra
con mi propia sangre.

Mi semillón soterrado
que te levantaste;
estandarte en que se para
y cae mi sangre.

Camina, se aleja y vuelve
a recuperarme.

Juega en la duna, echa
sombra y es mi sangre.

¡En la noche, si me pierde,
lo trae mi sangre!

¡Y en la noche, si lo pierdo,
lo hallo por su sangre!

C A N C I Ó N D E P E S C A D O R A S

Niñita de pescadores
que con viento y olas puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte...

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente.

A R R U L L O P A T A G Ó N

A doña Graciela de Menéndez

Nacieron esta noche
por las quebradas
liebre rojiza,
vizcacha parda.

Manar se oyen dos leches
que no manaban,
y en el aire se mueven
colas y espaldas.

¡Ay, quién saliese,
ay, quién acarreara
en brazo y brazo
la liebre, la vizcacha!

Pero es la noche
ciega y apretujada,
y me pierdo por cuevas
y por aguadas.

Me quedo oyendo
las albricias que llaman:
sorpresa, miedos,
pelambres enrolladas;

sintiendo dos alientos
que no alentaban,
tanteando en agujeros
cosas trocadas.

Hasta que venga el día
que busca y halla,
y quebrando los pastos
las cargue y traiga...

CANCIÓN DE LA MUERTE

La vieja empadronadora,
la mañosa muerte,
cuando vaya de camino,
mi niño no encuentre.

La que huele a los nacidos
y husmea su leche,
encuentre sales y harinas,
mi leche no encuentre.

La contra madre del mundo,
la convida gentes,
por las playas y las rutas
no halle al inocente.

El nombre de su bautismo
—la flor con que crece—,
lo olvide la memoriosa,
lo pierda, la muerte.

De viento, de sal y arenas,
se vuelva demente,
y trueque, la desvariada,
el oeste, y el este.

Niño y madre los confunda
lo mismo que peces,
y en el día y en la hora
a mí sola encuentre.

M I C A N C I Ó N

Mi propia canción amante
que sin brazos acunaba
una noche entera esclava,
¡cántenme!

La que bajaba cargando
por el Ródano o el Miño,
sueño de mujer o niño,
¡cántenme!

La canción que yo prestaba
al despierto y al dormido
ahora que me han herido,
¡cántenme!

La canción que yo cantaba
como una suelta vertiente
y que sin bulto salvaba,
¡cántenme!

Para que ella me levante
con brazos de arcángel fuerte
y me alce de mi muerte,
¡cántenme!

La canción que repetía
rindiendo a noche y a muerte
ahora por que me liberte,
¡cántenme!

N I Ñ O M E X I C A N O

Estoy en donde no estoy,
en el Anáhuac plateado,
y en su luz como no hay otra
peino un niño de mis manos.

En mis rodillas parece
flecha caída del arco,
y como flecha lo afilo
meciéndolo y canturreando.

En luz tan vieja y tan niña
siempre me parece hallazgo,
y lo mudo y lo volteo
con el refrán que le canto.

Me miran con vida eterna
sus ojos negriazulados,
y como en costumbre eterna,
yo lo peino de mis manos.

Resinas de pino ocote
van de su nuca a sus brazos,
y es pesado y es ligero
de ser la flecha sin arco...

Lo alimento con un ritmo,
y él me nutre de algún bálsamo,
que es el bálsamo del maya
del que a mí me despojaron.

Yo juego con sus cabellos
y los abro y los repaso,
y en sus cabellos recobro
a los mayas dispersados.

Hace doce años dejé
a mi niño mexicano;
pero despierta o dormida
yo lo peino de mis manos...

¡Es una maternidad
que no me cansa el regazo
y es un éxtasis que tengo
de la gran muerte librado!

R O N D A S

I N V I T A C I Ó N

—¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se rezagaron
se ven por la cuesta subir.

Vinimos buscando y buscando
por viñas, majadas, pinar,
y todos se unieron cantando,
y el corro hace el valle blanquear...

¿EN DÓnde TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz va a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

A Tasso de Silveira

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más...

⁴ Mi compañero el poeta [brasileño] Tasso de Silveira me salvó una estrofa perdida de esta ronda, la única que tal vez importaba cuidar, y que había sido suprimida por editor o tipógrafo...

L A M A R G A R I T A

A Marta Samatán

El cielo de diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una loca margarita
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

Danzamos en tierra chilena,
más bella que Lía y Raquel;
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír,
y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por bella queremos
sus pastos de rondas albear;
es libre y por libre deseamos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rosas,
laharemos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos:
¡hoy solo queremos danzar!

R O N D A D E L O S C O L O R E S

Azul loco y verde loco
del lino en rama y en flor.
Mareando de oleadas
baila el lindo azuleador.

Cuando el azul se deshoja,
sigue el verde danzador:
verde trébol, verde oliva
y el gayo verde limón.

¡Vaya hermosura!
¡Vaya el color!

Rojo manso y rojo bravo
—rosa y clavel reventón—.
Cuando los verdes se rinden,
él salta como un campeón.

Bailan uno tras el otro,
no se sabe cuál mejor,
y los rojos bailan tanto
que se queman en su ardor.

¡Vaya locura!
¡Vaya el color!

El amarillo se viene
grande y lleno de fervor
y le abren paso todos
como viendo a Agamenón.

A lo humano y lo divino
baila el santo resplandor:
aromas gajos dorados
y el azafrán volador.

¡Vaya delirio!
¡Vaya el color!

Y por fin se van siguiendo
al pavo real del sol,
que los recoge y los lleva
como un padre o un ladrón.

Mano a mano con nosotros
todos eran, ya no son.
¡El cuento del mundo muere
al morir el contador!

R O N D A D E L A R C O I R I S

A Fryda Schultz de Mantovani

La mitad de la ronda
estaba y no está.
La ronda fue cortada
mitad a mitad.

Paren y esperen
a lo que ocurrirá.
¡La mitad de la rueda
se echó a volar!

¡Qué colores divinos
se vienen y se van!
¡Qué faldas en el viento
qué lindo revolar!

Está de cerro a cerro
baila que bailarás.
Será jugada o trueque
o que no vuelve más.

Mirando hacia lo alto
todas ahora están,
una mitad llorando,
riendo otra mitad.

¡Ay, mitad de la rueda,
ay, bajad y bajad!
O nos lleváis a todas
si acaso no bajáis.

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: “¿Cómo danzo yo?”.
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
“¿Cómo cantaría yo?”.
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
“¿Cómo danzaría yo?”.
Le dijimos: “Pon al viento
a volar tu corazón...”.

Dijo Dios desde la altura:
“¿Cómo bajo del azul?”.
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol.
A quien falte se le vuelve
de ceniza el corazón...

R O N D A D E L A P A Z

A don Enrique Molina

Las madres, contando batallas,
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo
la piña de pino a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.
Los niños de Francia responden
sin rostro en el viento del mar.

Refrán y palabra no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miren
el verse será adivinar.

Ahora en el mundo el suspiro
y el soplo se alcanza a escuchar,
y a cada refrán las dos rondas
ya van acercándose más.

Las madres, subiendo la ruta
de olores que lleva al pinar,
llegando a la rueda se vieron
cogidas del viento volar...

Los hombres salieron por ellas
y viendo la tierra girar,
y oyendo cantar a los montes,
al ruedo del mundo se dan.

J E S Ú S

A la maestra Yandyra Pereyra

Haciendo la ronda
se nos fue la tarde.
El sol ha caído:
la montaña no arde.

Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda
no lo oyó venir
y entrar en la ronda.

Ha abierto el corro, sin rumor,
y al centro está hecho resplandor.

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

Y giramos alrededor
y sin romper el resplandor...

Ya es silencio el corro,
ya ninguno canta:
se oye el corazón
en vez de garganta.

¡Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer!

R O N D A D E L A C E I B A E C U A T O R I A N A

A la maestra Emma Ortiz

*¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!*

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Árbol ceiba no ha nacido
y la damos por eterna,
indios quitos no la plantan
y los ríos no la riegan.

Tuerce y tuerce contra el cielo
veinte cobras verdaderas,
y al pasar por ella el viento
canta toda como Débora.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

No la alcanzan los ganados
ni le llega la saeta.
Miedo de ella tiene el hacha
y las llamas no la queman.

En sus gajos, de repente,
se arrebata y se ensangrienta,
y después su santa leche
cae en cuajos y güedejas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

A su sombra de giganta
bailan todas las doncellas
y sus madres que están muertas
bajan a bailar con ellas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Damos una y otra mano
a las vivas y a las muertas,
y giramos y giramos
las mujeres y las ceibas...

*¡En el mundo está la luz
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la tierra!*

R O N D A D E L O S M E T A L E S

A Martha A. Salotti

Del centro de la tierra,
oyendo la señal,
los Lázaros metales
subimos a danzar.

Estábamos dormidos
y costó despertar
cuando el Señor y Dueño
llamó a su mineral.

*¡Halá!, ¡halá!,
¡el Lázaro metal!*

Veloz o lento bailan
los osos del metal:
el negro topa al rojo,
el blanco al azafrán.

*Va —viene y va—
el Lázaro metal!*

El cobre es arrebato,
la plata es maternal,
los hierros son Pelayos,
el oro, Abderrahmán.

Baila con llamaradas
la gente mineral:
van y vienen relámpagos
como en la tempestad.

La ronda asusta a ratos
del resplandor que da,
y silva la anaconda
en plata y en timbal.

*¡Halá!, ¡halá!,
el Lázaro metal!*

En las pausas del baile
quedamos a escuchar
—niños recién nacidos—
el tumbo de la mar.

Vengan los otros Lázaros
hacia su libertad;
salten las bocaminas
y lleguen a danzar.

*¡Ya sube, ya,
el Lázaro metal!*

Cuando relumbre toda
la cancha del metal,
la tierra vuelta llama,
¡qué linda va a volar!

Y va a subir los cielos,
en paloma pascual,
como era cuando era
en flor la eternidad.

*¡Halalalá!,
¡el Lázaro metal!*

R O N D A D E S E G A D O R E S

A Marcos F. Ayerza

*Columpiamos el santo
perfil del pan,
voleando la espiga
de Canaán.*

Los brazos segadores
se vienen y se van.
La tierra de Argentina
tiembla de pan.

A pan segado huele
el pecho del jayán,
a pan su Padrenuestro,
su sangre a pan.

Alcanza a la cintura
el trigo capitán.
Los brazos segadores
los lame el pan.

El silbo de las hoces
es único refrán
y el fuego de las hoces
no quema al pan.

*Matamos a la muerte
que baja en gavilán,
braceando y cantando
la ola del pan.*

T O D O E S R O N D A

Los astros son rondas de niños,
jugando la tierra a esppiar...
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular..., a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas
jugando la tierra a abrazar...

E L C O R R O L U M I N O S O

Corro de las niñas,
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh, Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes,
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
en la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas
ardiendo de amor!

En vano quisieron
quebrarme la estrofa
con tribulación:
¡el corro la canta
debajo de Dios!

L A

D E S V A R I A D O R A

LA MADRE NIÑA

A Carlos Préndez

Los que pasan
igual que ayer,
ven el patio
con el maitén;⁵
miran la parra
moscatel
¡y a mi niño
no ven, no ven!

Tanto se apega
a la mujer,
aparragado
como el llantén,⁶
sin grito y llanto
que hagan volver
a los arrieros
de Illapel.

Salgo al camino
de una vez,
loca perdida
de mujer,
y lo voceo
como agua o miel,
y lo voleo

5 Árbol coposo de Sudamérica.

6 Planta menuda y chata común en Chile.

como a la mies.
¡Y al aire vuela
mi laurel!

Bajan y bajan
en tropel,
a ver redoma
con su pez
y medallita
de revés:
niña de trenzas
ya mujer.
Tiran pañales
para entender.
¡Y al hijo mío
al fin lo ven!

Q U E N O C R E Z C A

Que el niño mío
así se me queda.
No mamó mi leche
para que creciera.
Un niño no es el roble,
y no es la ceiba.
Los álamos, los pastos,
los otros, crezcan:
en malvavisco
mi niño se queda.

Ya no le falta nada:
risa, maña, cejas,
aire y donaire.
Sobra que crezca.

Si crece, lo ven todos
y le hacen señas.
Me lo envalentonan
mujeres necias
y los mocetones
que a casa llegan:
que mi niño no mire
monstruos de leguas.

Los cinco veranos
que tiene tenga.
Así como está
baila y galanea.
En talla de una vara
caben sus fiestas,

todas sus Pascuas
y Nochebuenas.

Mujeres locas
no griten y sepan:
nacen y no crecen
el sol y las piedras,
nunca maduran
y quedan eternas.
En la majada
cabritos y ovejas,
maduran y se mueren:
¡malhaya ellas!

¡Dios mío, páralo!
¡Que ya no crezca!
Páralo y sálvalo:
¡mi hijo no se me muera!

A Amalia Castillo Ledón

Le he rogado al almud de trigo
guardé la harina sin agriura,
y a los vinos que, cuando beba,
no me le hagan sollamadura.
Y vino y trigo que me oían
se movieron como quien jura...

Grité en la peña al oso negro,
al que llamamos sin fortuna,
que si sube despeñadero,
no me lo coma bestia alguna.
Y el oso negro prometía
con su lomo sin sol ni luna...

Tengo dicho a la oreja crespa
de la cicuta, que es impura,
que si la muerde, no lo mate,
aunque su flor esté madura.
Y la cicuta, comprendiendo,
se movía, jura que jura...

Y mandado le tengo al río,
que es agua mala, de conjura,
que le conozca y no le ahogue,
cuando le cruce embocadura.
Y en ademán de espuma viva,
el río malo me lo jura...

Ando en el trance de mostrarlo
a las cosas, una por una,
y las mujeres se me ríen
del sacar niño de la cuna,
aunque viven a lluvia y aire
la granada con la aceituna.

Cuando ya estamos de regreso
a la casa de nuez oscura,
yo me pongo a rezar el mundo,
como quien punza y lo apresura,
¡para que el mundo, como madre,
sea loco de mi locura
y tome en brazos y levante
al niñito de mi cintura!

M I E D O

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro,
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La subirían al trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

D E V U E L T O

A la cara de mi hijo
que duerme, bajan
arenas de las dunas,
flor de la caña
y la espuma que vuela
de la cascada...

Y es sueño nada más
cuanto le baja;
sueño cae a su boca,
sueño a su espalda,
y me roban su cuerpo
junto con su alma.

Y así lo van cubriendo
con tanta maña,
que en la noche no tengo
hijo ni nada,
madre ciega de sombra,
madre robada.

Hasta que el sol bendito
al fin lo baña:
me lo devuelve en linda
fruta mondada,
¡y me lo pone entero
sobre la falda!

I

La nuez abolladita
con la que juegas,
caída del nogal
no vio la tierra.

La recogí del pasto,
no supo quién yo era.
Tirada al cielo,
no lo vio la ciega.
Con ella cogida
yo bailé en la era
y no oyó, la sorda,
correr a las yeguas...

Tú no la voltees.
Su noche la duerma.
La partirás llegando
la primavera.
El mundo de Dios
de golpe le entregas
y le gritas su nombre
y el de la tierra.

Pero él la partió
sin más espera
y vio caer el polvo
de la nuez huera;
se le llenó la mano
de muerte negra,
y la lloró y lloró
la noche entera...

Vamos a sepultarla
bajo unas hierbas,
antes de que se venga
la primavera.
No sea que Dios vivo
en pasando la vea
y toque con sus manos
la muerte en la tierra.

B E N D I C I O N E S⁷

A Carmen Valle

I

Bendita mi lengua sea
y mi pecho y mi respiro,
y benditas mis potencias
para bendecir al hijo.

Benditos tus cinco siervos
que llamas cinco sentidos,
tu cabeza con bautismo
y tus hombros con rocío.

Benditos tus alimentos
en su imagen y en su signo
y en tu mano den las frutas
luz y trasluces divinos.

Bendito cojas el bulto
del timón o del martillo,
o muelas metales, o hagas
el rostro de Jesucristo.

7 “Día de las madres”, en Brasil.

Bendito te huela el tigre
y te conozca bendito,
y el zorro belfos helados
no te ronde los cortijos.

Bendita sea tu fuerza
cuando majes al destino,
y te aúpe en la derrota,
y devuelva lo perdido.

Bendito de Dios galopes;
el mar navegués bendito.
Bendito vayas y vuelvas.
Nunca te traigan herido.

Bendito entres por las casas,
alzada de árbol florido,
y Raquel te sepa suyo,
y arribado sin caminos.

Bendito vayas de muerto
como el pez de tres abismos,
repechando las cascadas
de Padre, de Hijo y Espíritu.

II

Bendita seas andando
por la tierra sembradía
que se vuelve con los surcos
para decirte bendita.

Los pájaros que te cruzan
como al Ángel y a Tobías
le dejen caer su gracia
a la madre que camina.

Bendita te cante el viento
en las cañas y en las quilas,
y la ráfaga, zumbando,
quiebro a quiebro te bendiga.

Las bestias en torno tuyo
hagan una rueda viva
y por bendita te lleven
hasta la puerta sus crías.

Entres bendita al establo
a lavar a las novillas:
belfos y hálitos parados
te open como neblinas.

Pan sollamado que partas
en su tajo te sonría:
enderezada en las palmas
se te embelese la miga.

El algodón de la zafra
cuando lo tronchas no gíma:
majado de los telares
se vuelva a ti todavía.

Oigas el hacha del hijo
abriendo la selva viva,
y el pecho del hijo te oiga
como una concha escondida.

Con dos edades te vean
las gentes el mismo día;
el mozo te llame “madre”
y un viejo te diga “niña”.

Cuando se venza tu carne,
te conozcan la fatiga;
te vean menguar la sombra,
te den por luna cumplida.

Baje entonces a tu señá
el halcón de halconería
y arrebata da te lleve
a espirales de alegría...

LA CAJITA DE OLINALÁ⁸

A Ema y Daniel Cossío

I

Cajita mía
de Olinalá,
palo rosa,
jacarandá.

Cuando la abro
de golpe da
su olor de reina
de Sabá.

¡Ay, bocanada
tropical:
clavo, caoba
y el copal!

La pongo aquí,
la dejo allá;
por corredores
viene y va.

⁸ Cajitas de Olinalá (Méjico), coloreadas y decoradas, hechas en maderas de olor.

Hierve de grecas
como un país:
nopal, venado,
codorniz.

Los volcanes
de gran cerviz
y el indio aéreo
como el maíz.

Así la pintan,
así, así,
dedos de indio
o colibrí.

Así la hace
de cabal
mano azteca,
mano quetzal.

II

Cuando la noche
va a llegar,
porque me guarde
de su mal,

me la pongo
de cabezal
donde otros ponen
su metal.

Lindos sueños
hace soñar;
hace reír,
hace llorar...

Mano a mano
se pasa el mar,
sierras mellizas,⁹
campos de arar.

Se ve el Anáhuac
rebrillar,
la bestia Ajusco¹⁰
que va a saltar.

Y por el rumbo
que lleva al mar,
a Quetzalcóatl
se va a alcanzar.

Ella es mi hábito,
yo, su andar;
ella, saber;
yo, desvariár.

Y paramos
como el maná
donde el camino
se sobra ya.

⁹ Sierra Madre Oriental y Sierra Madre Occidental.

¹⁰ El cerro Ajusco, que domina la capital.

Donde nos grita
un *¡halalá!*
el mujerío
de Olinalá.

J U G A R R E T A S

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.¹¹
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

¡Alléguense a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!

¹¹ En Chile, llamamos “flor de la maravilla” al girasol.

L A M A N C A

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
“Novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña.
¡La que esté manca lo venga a buscar!”.
Que me den un barco para ir a traerlo,

y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que por soldada pide la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar,
y los balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar...

L A R A T A

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido,
y con el vestido me voy a casar.

¡Suban y pasen la llanada,
corran sin aliento, sigan sin parar!
¡Corran por la novia, y por el cortejo,
y por la carroza y el velo nupcial.

E L P A P A G A Y O

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán,
me dijo “fea” con su habla gangosa
y con su pico que es de Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea,
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo
y feo el mundo y El que lo crio...

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y tornasol,
me dijo “fea” porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
que ya me voy cansando de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol...

E L P A V O R E A L

Que sopló el viento y se llevó las nubes
y que en las nubes iba un pavo real,
que el pavo real era para mi mano
y que la mano se me va a secar,
y que la mano le di esta mañana
al rey que vino para desposar.

¡Ay que el cielo, ay que el viento y la nube
que se van con el pavo real!

C U E N T A M U N D O

L A C U E N T A M U N D O

Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte.

E L A I R E

Esto que pasa y que se queda,
esto es el aire, esto es el aire,
que sin boca que tú le veas
te toma y besa, padre amante.
¡Ay!, le rompemos sin romperle;
herido vuela sin quejarse,
y parece que a todos lleva
y a todos deja, por bueno, el aire...

L A L U Z

Por los aires anda la luz
que para verte, hijo, me vale.
Si no estuviese, todas las cosas
que te aman no te mirasen;
en la noche te buscarían,
todas gimiendo y sin hallarte.

Ella se cambia, ella se trueca
y nunca es cosa de saciarse.
Amar el mundo nos creemos,
pero amamos la luz que cae.

La bendita, cuando nacías,
tomó tu cuerpo para llevarte.
Cuando yo muera y que te deje,
¡síguela, hijo, como a tu madre!

E L A G U A

¡Niñito mío, qué susto tienes
con el agua adonde te traje,
y todo el susto por el gozo
de la cascada que se reparte!
Cae y cae como mujer,
ciega en espuma de pañales.
Esta es el agua, esta es el agua,
santa que vino de pasaje.
Corriendo va con cuerpo bajo,
y con espumas de señales.
En momentos ella se acerca
y en momentos queda distante.
Y pasando se lleva el campo
y lleva al niño con su madre...

¡Beben del agua dos orillas,
bebe la sed de sorbos grandes,
bebén ganados y yuntadas,
y no se acaba, el agua amante!

E L A R C O I R I S

El puente del arco iris
se endereza y te hace señas,
el carro de siete colores
que las almas acarrea
y que las sube, una a una,
por las astas de la sierra...

Estaba sumido el puente
y asoma para que vuelvas.
Te da el lomo, te da la mano,
como los puentes de cuerda,
y tú le bates los brazos
igual que peces en fiesta...

Ay, no mires lo que miras,
porque de golpe te acuerdas
y cogiéndote del arco
—sauce que no se quiebra—
te vas a ir por el verde,
el amarillo, el violeta...

Ya mamaste nuestra leche,
niño de María y Eva;
juegas con la verdolaga
delante de nuestras puertas;
entraste en casa de hombres
y pides pan en mi lengua.

¡Vuélvele cara al puente;
deja que se rompa, deja,
que si subes me voy como loca,
y te sigo la tierra entera!

A don Eduardo Santos

Al valle que llaman de Muzo,¹²
que lo llamen Valle de Bodas.
Mariposas, anchas y azules,
vuelan, hijo, la tierra toda.
Azulea tendido el valle,
en una siesta que está loca
de colinas y de palmeras
que van huyendo luminosas.
El valle que te voy contando
como el cardo azul se deshoja,
y en mariposas aventadas
se despoja y no se despoja...

En tanto azul, apenas ven
naranjas y piñas las mozas,
y se abandonan, mareadas,
al columpio de mariposas.
Las yuntas pasan aventando
con el yugo, llamas redondas,
y las gentes al encontrarse
se ven ligeras y azulosas,
y se abrazan alborotadas
de ser ellas y de ser otras...

¹² El valle de Muzo, en Colombia, es el de las esmeraldas y las mariposas, y lo llaman un “fenómeno de color”.

El agrio sol, quémalo todo,
quema suelos, no mariposas.
Salen los hombres a cazarlas,
cogen en redes la luz rota,
y de las redes azogadas
van sacando manos gloriosas.

Parece fábula que cuento
y que de ella arda mi boca;
pero el milagro se repite
donde al aire llaman Colombia.
Cuéntalo y cuéntalo me embriago.
Veo azules, hijo, tus ropas,
azul mi aliento, azul mi falda,
y ya no veo más otra cosa...

Las bestiecitas te rodean
y te balan olfateándote.
De otra tierra y otro reino
llegarían los animales
que parecen niños perdidos,
niños oscuros que cruzasen.
En sus copos de lana y crines,
o en sus careyes relumbrantes,
los cobrizos y los jaspeados
bajan el mundo a pinturearte.
¡Niño del Arca, jueguen contigo,
y hagan su ronda, los animales!

F R U T A

En el pasto blanco de sol,
suelto la fruta derramada.

De los Brasiles viene el oro,
en prietos mimbre donde canta:
de los Brasiles, niño mío,
mandan la siesta arracimada.
Extiendo el rollo de la gloria;
rueda el color con la fragancia.

Gateando sigues las frutas,
como niñas que se desbandan,
y son los nísperos fundidos
y las duras piñas tatuadas...

Y todo huele a los Brasiles,
pecho del mundo que lo amamanta,
que, a no tener el agua atlántica,
rebosaría de su falda...

Tócalas, bésalas, voltéalas
y les aprendes todas sus caras.
Soñarás, hijo, que tu madre
tiene facciones abrasadas,
que es la noche canasto negro
y que es frutal la Vía Láctea...

L A P I Ñ A

Allega y no tengas miedo
de la piña con espadas...
Por vivir en el plantío
su madre la crio armada...

Suena el cuchillo cortando
la amazona degollada
que pierde todo el poder
en el manojo de dagas.

En el plato va cayendo
todo el ruedo de su falda,
falda de tafeta de oro,
cola de reina de Saba.

Cruje en tus dientes molida
la pobre reina mascada
y el jugo corre mis brazos
y la cuchilla de plata...

L A F R E S A

La fresa desperdigada
en el tendal de las hojas,
huele antes de cogida;
antes de vista se sonroja...
La fresa, sin ave picada,
que el rocío del cielo moja.

No magulles a la tierna,
no aprietes a la olorosa.
Por el amor de ella abájate,
huélela y dale la boca.

M O N T A Ñ A

Hijo mío, tú subirás
con el ganado la montaña.
Pero mientras yo te arrebato
y te llevo sobre mi espalda.

Apuñada y negra la vemos,
como mujer enfurruñada.
Vive sola de todo tiempo,
pero nos ama, la montaña,
y hace señales de subir
tirando gestos con que llama...

Trepamos, hijo, los faldeos,
 llenos de robles y de hayas.
Arremolina el viento hierbas
y balancea la montaña,
y van los brazos de tu madre
abriendo moños que son zarzas.

Mirando al llano, que está ciego,
ya no vemos río ni casa.
Pero tu madre sabe subir,
 perder la tierra, y volver salva.

Pasan las nieblas en trapos rotos;
se borra el mundo cuando pasan.
Subimos tanto que ya no quieres
seguir y todo te sobresalta.
Pero del alto Pico del Toro,
nadie desciende a la llanada.

El sol, lo mismo que el faisán,
de una vez salta la montaña,
y de una vez baña de oro
a la tierra que era fantasma,
¡y la enseña gajo por gajo
en redonda fruta mondada!

Bajaron a mancha de trigo,
y al acercarnos, voló la banda,
y la alameda se quedó
del azoro como rasgada.

En matorrales parecen fuego;
cuando suben, plata lanzada,
y pasan antes de que pasen,
y te rebanan la alabanza.

Saben no más los pobres ojos
que pasó toda la bandada,
y gritando llaman “¡alondras!”
a lo que sube, se pierde y canta.

Y en este aire malherido
nos han dejado llenos de ansia,
con el asombro y el temblor
a mitad del cuerpo y el alma...

¡Alondras, hijo, nos cruzamos
las alondras, por la llanada!

El pan está sobre el campo,
como grandes ropas, hijo,
azorado de abundancia,
de dichoso, sin sentido...

Parece el manto de David
o las velas de Carlos Quinto,
parece las Once Mil Vírgenes
que caminasen, hijo mío.

Nos atarantan, nos atajan,
nos enredan los tobillos
los locos perros dorados,
la traílla furiosa del trigo.

Nos dejamos envolver
por el ímpetu vencidos.
¡Todos los hombres del llano
en espigas han caído
batidos y rasguñados,
ciegos de crines y brillos!

En cuanto la espiga dobla
su cogollo desfallecido,
en cuanto cuaja la harina,
calla callando, hijo mío,
antes de que toque el suelo
y coma barro sombrío,
y vaya a ser magullado
el trigo de Jesucristo,

se levantan a segar
los brazos santafesinos.

El trigo mejor que ámbares
y que brazada de lino,
no ha de quedar en el surco,
lleno de noche y de olvido,
por ser la espalda doblada
del amor de Jesucristo.

En el llano, corta y corta,
lo están levantando en vilo;
en el carro de su suerte
ahora lo suben en vilo;
y nosotros los alzaremos
así en el pan, así en vilo.

Vamos cruzando ahora el bosque
y por tu cara pasan árboles,
y yo me paro y yo te ofrezco;
pero no pueden abajarse.
La noche tiende las criaturas,
menos los pinos que son constantes,
viejos heridos mana que mana
gomas santas, tarde a la tarde.
Si ellos pudieran te cogerían,
para llevarte de valle en valle,
y pasarías de brazo en brazo,
corriendo, hijo, de padre en padre...

C A R R O D E L C I E L O

Echa atrás la cara, hijo,
y recibe las estrellas.
A la primera mirada,
todas te punzan y hielan,
y después el cielo mece
como cuna que balancean,
y tú te das perdidamente
como cosa que llevan y llevan...

Dios baja para tomarnos
en su viva polvareda;
cae en el cielo estrellado
como una cascada suelta.
Baja, baja en el Carro del Cielo;
va a llegar y nunca llega...

Él viene incesantemente
y a media marcha se refrena,
por amor y miedo de amor
de que nos rompe o que nos ciega.
Mientras viene somos felices
y lloramos cuando se aleja.

Un día el carro no para,
y ya desciende, ya se acerca,
y sientes que toca tu pecho
la rueda viva, la rueda fresca.

Entonces, sube sin miedo
de un solo salto a la rueda,
¡cantando y llorando del gozo
con que te toma y que te lleva!

F U E G O

Como la noche ya se vino
y con su raya va a borrarte,
vamos a casa por el camino
de los ganados y del arcángel.
Ya encendieron en casa el fuego
que en espinos montados arde.
Es el fuego que mataría
y solo sabe solazarte.
Salta en aves rojas y azules;
puede irse y quiere quedarse.
En donde estabas, lo tenías.
Está en mi pecho sin quemarte
y está en el canto que te canto.
¡Ámalo donde lo encontrases!
En la noche, el frío y la muerte,
bueno es el fuego para adorarse,
¡y bendito para seguirlo,
hijo mío, de ser arcángel!

La mesa, hijo, está tendida,
 en blancura quieta de nata,
 y en cuatro muros azulea,
 dando relumbres, la cerámica.
 Esta es la sal, este el aceite
 y al centro el pan que casi habla.
 Oro más lindo que oro del pan
 no está ni en fruta ni en retama,
 y da su olor de espiga y horno
 una dicha que nunca sacia.
 Lo partimos, hijito, juntos,
 con dedos duros y palma blanda,
 y tú lo miras asombrado
 de tierra negra que da flor blanca.

Baja la mano de comer,
 que tu madre también la baja.
 Los trigos, hijo, son del aire,
 y son del sol y de la azada;
 pero este pan “cara de Dios”¹³
 no llega a mesas de las casas.
 Y si otros niños no lo tienen,
 mejor, mi hijo, no lo tocaras,
 y no tomarlo mejor sería
 con mano y mano avergonzadas.
 Hijo, el hambre, cara de mueca,
 en remolino gira las parvas,

¹³ En Chile, el pueblo llama[ba] al pan “Cara de Dios”.

y se buscan y no se encuentran
el pan y el hambre corcovada.
Para que lo halle, si ahora entra,
el pan dejemos hasta mañana;
el fuego ardiendo marque la puerta,
que el indio quechua nunca cerraba,
y miremos comer al hambre,
para dormir con cuerpo y alma.

Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la tierra,
y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la tierra:
se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.
Se oyen sonar telares indios.
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

Donde el indio lo está llamando,
el tambor indio le contesta,
y tañe cerca y tañe lejos,
como el que huye y que regresa...

Todo lo toma, todo lo carga
el lomo santo de la tierra:
lo que camina, lo que duerme,
lo que retoza y lo que pena;
y lleva vivos y lleva muertos
el tambor indio de la tierra.

Cuando muera, no llores, hijo:
pecho a pecho ponte con ella
y si sujetas los alientos
como que todo o nada fueras,
tú escucharás subir su brazo
que me tenía y que me entrega,
y la madre que estaba rota
tú la verás volver entera.

C A S I

E S C O L A R E S

P I E C E C I T O S

A doña Isaura Dinator

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

M A N I T A S

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas
de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que al granado se tienden,
por vosotros las frutas
se encienden.

Y los pañales llenos
de su carga se ofenden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas, hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
piñón, caracolitos,
bendito quien os colme,
¡bendito!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelven el mundo:
¡benditos!

E C H A L A S I M I E N T E

El surco está abierto y su suave hondor
en el sol parece una cuna ardiente.
¡Oh, labriego!, tu obra es grata al Señor:
¡echa la simiente!

Nunca más el hambre, negro segador,
entre por tus puertas solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduce, duro sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
bruñido de siesta y de resplandor,
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en los vientos Dios te bate la frente.
Hombre que voleas trigo volador:
¡prospere tu rubia simiente!

Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que subieron del mar,
asomáis en mujeres los gestos preguntones
antes de remontar.

Se diría que el cielo o el tiempo consultaseis
con ingenuo temor,
o que para avanzar, un mandato esperaseis.
¿Es que tenéis pastor?

—Sí que tenemos un pastor:
el viento errante es él.
Y una vez los vellones nos trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al norte o ya nos manda al sur.
Él manda y hay que ir...
Pero por las praderas del infinito azur,
él sabe conducir.

—Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara un día su ganado,
¿me tomaríais por pastor?

Claro es que la manada bella
su dueño tiene como allá.
Detrás del último aire y la última estrella,
pastor, dicen que está.

Párate en los pastales, no corras por tu daño,
Abel pastoreador.

¡Se mueren tus ovejas, te quedas sin rebaño,
pastor loco, pastor!

M I E N T R A S B A J A L A N I E V E

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.

Ha bajado la nieve, mejor que las estrellas.
¡Mirémosla caer!

Viene calla callando, cae y cae a las puertas
y llama sin llamar.

Así llega la Virgen y así llegan los sueños.
¡Mirémosla llegar!

Ella deshace el nido grande que está en los cielos
y ella lo hace volar.

Plumas caen al valle, plumas a la llanada,
plumas al olivar.

Tal vez rompió cayendo y cayendo el mensaje
de Dios Nuestro Señor.

Tal vez era su manto, tal vez era su imagen,
tal vez no más su amor.

Ojitos de las estrellas
abiertos en un oscuro
terciopelo: desde lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me veis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra con sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembláis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
fijo en una y otra os juro
que me habéis de mirar siempre,
siempre puro.

C A R I C I A

Madre, madre, tú me besas,
pero yo te beso más
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando escondes a tu hijito
ni se le oye respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en las *niñas* tienes
a tu hijo y nada más.

Los ojitos que me diste
me los tengo de gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

D U L Z U R A

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que juntaste en ramo;
deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
y en tus brazos locos
tenme suspendido.

Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos.

Madre, cuando sea grande
¡ay, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el zonda¹⁴ al herbazal.

O te acostaré en las parvas
o te cargaré hasta el mar,
o te subiré las cuestas
o te dejaré al umbral.

Y ¡qué casal que ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
sus aleros van a dar!

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de cansar
con las frutas y las frutas
que son mil y que son más.

O mejor te haré tapices
con la juncia de trenzar;
o mejor tendrá un molino
que te hable haciendo el pan.

Cuenta, cuenta las ventanas
y las puertas del casal;
cuenta, cuenta maravillas
si las puedes tú contar...

¹⁴ Viento cálido de la región del norte argentino.

P L A N T A N D O E L Á R B O L

A la Tierra despertamos
de su sueño de castor
y en los brazos le dejamos
el alerce danzador.

Cantemos mientras el tallo
toca el seno maternal.
Bautismo de luz da un rayo
y es el aire su pañal.

Nombre no pide y no quiere;
se lo dan con el nacer.
Con su nombre vive y muere,
y a otro lo pasa al caer.

Lo entregaremos ahora
a la buena agua y a vos,
sol que cría y sol que dora
y a la tierra hija de Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor:
en la tempestad sereno,
y a la siesta amparador.

Yo lo dejo en pie. Ya es mío
y le juro protección,
cuando el viento, cuando el frío,
cuando el hombre matador.¹⁵

¹⁵ Los “cuando” corresponden a viejos giros idiomáticos del español.

P L E G A R I A P O R E L N I D O

¡Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dicen que es divino
y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
mansa tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
corto el rocío al alcanzarlo.

De su conchita desmañada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las gudejas de la lluvia.

Desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
la cabezuela de los lirios
y las pequeñas clavelinas.

Guarda su forma con cariño
y caliéntelo tu pasión.
Tirita al viento como un niño
y se parece al corazón.

D O Ñ A P R I M A V E R A

Doña Primavera
viste que es primor,
viste en limonero
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas
y por caravanas
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a topárlas
entre los jazmines?

¿Cómo va a encontrarlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las pardas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de exultación.

V E R A N O

Verano, verano rey,
del abrazo incandescente,
sé para los segadores
¡dueño de hornos! más clemente.

Abajados y doblados
sobre sus pobres espigas,
ya desfallecen. ¡Tú manda
un viento de alas amigas!

Verano, la tierra abrasa:
llama tu sol allá arriba;
llama tu granada abierta;
y el segador, llama viva.

Las vides están cansadas
del producir abundoso
y el río corre en huida
de tu castigo ardoroso.

Mayoral rojo, verano,
el de los hornos ardientes,
no te sorbas la frescura
de las frutas y las fuentes...

¡Caporal, echa un pañuelo
de nube y nube tendidas,
sobre la vendimiadora,
de cara y manos ardiditas!

EL ÁNGEL GUARDIÁN

*Es verdad, no es cuento:
hay un ángel guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.*

Tiene cabellos suaves
que van en la venteada,
ojos dulces y graves
que te sosiegan con una mirada
y matan miedos dando claridad
(no es un cuento, es verdad).

Él tiene cuerpo, manos y pies de alas,
y las seis alas vuelan o resbalan.
Las seis te llevan de su aire batido
y lo mismo te llevan de dormido.

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su taimada envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Es quien te ayuda a que cortes las rosas,
que están sentadas en trampas de espinas,
el que te pasa las aguas mañasas
y el que te sube las cuestas más pinas.

Y aunque camine contigo apareado,
como la guinda y la guinda bermeja,
cuando su seña te pone el pecado
recoge tu alma y el cuerpo te deja.

*Es verdad, no es un cuento:
hay un ángel guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.*

A N O E L

¡Noel, el de la noche del prodigo,
Noel de barbas caudalosas,
Noel de las sorpresas delicadas
y las pisadas sigilosas!

Esta noche te dejo mi calzado
colgado en los balcones:
antes que hayas pasado por mi casa
no agotes los bolsones.

Noel, Noel, vas a encontrar mojadas
mis medias de rocío,
espiando con ojos picarones
tus barbazas de río...

Sacude el llanto y deja cada una
tiesa, dura y llenita,
con el anillo de la Cenicienta
y el lobo de Caperucita...

Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina, y yo la cuido, desde
que su mamita ha muerto.

¡Noel, viejo Noel, de las manazas
rebosadas de dones,
de los ojitos pícaros y azules,
y la barba en vellones!

HIMNO DE LAS ESCUELAS

GABRIELA MISTRAL

¡Oh, Creador, bajo tu luz cantamos
porque otra vez nos vuelves la esperanza.
Como los surcos de la tierra alzamos
la exhalación de nuestras alabanzas!

Gracias a Ti por el glorioso día
en el que van a erguirse las acciones;
por la alborada llena de alegría
que baja al valle y a los corazones.

Se alcen las manos, las que Tú tejiste,
frescas y vivas sobre las faenas.
Se alcen los brazos que con luz heriste
en un temblor dorado de colmenas.

Somos planteles de hijas, todavía;
haznos el alma recta y poderosa
para ser dignas en la hora y día
en que seremos el plantel de esposas.

Venos crear a tu honda semejanza,
con voluntad insigne de hermosura;
trenzar, trenzar, alegres de confianza
el lino blanco con la lana pura.

Mira cortar el pan de las espigas;
poner los frutos en la clara mesa;
tejer la juncia que nos es amiga;
¡crear, crear, mirando a tu belleza!

¡Oh, Creador de manos soberanas,
sube el futuro en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas!

C U E N T O S

L A M A D R E G R A N A D A

(*Plato de cerámica de Chapelle-aux-Pots*)

Contaré una historia en mayólica
rojo púrpura y rojo encarnada,
en mayólica mía, la historia
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,
requemada como un panecillo;
mas la consolaba su real corona,
larga codicia del membrillo.

Su profunda casa tenía partida
por delgadas lacas
en naves donde andan los hijos
vestidos de rojo escarlata.

Con pasión de rojeces, les puso
la misma casulla encarnada.
Ni nombre les dio ni los cuenta nunca,
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta la puerta,
la congestionada,
soltó el puño ceñido,
de sostener las mansiones, cansada.

Y se fueron los hijos
de la empurpurada.
Quedose durmiendo y vacía
la Madre Granada...

Iban como las hormigas,
estirándose en ovillos,
iguales, iguales, iguales,
río escarlata de monaguillos.

A la catedral solemne llegaron,
y abriendo la gran puerta herrada,
entraron como langostinos
los hijos de Madre Granada.

En la catedral eran tantas naves
como cámaras en las granadas,
y los monaguillos iban y venían
en olas y olas encontradas...

Un cardenal rojo decía el oficio
con la espalda vuelta de los armadillos.
A una voz se inclinaba o se alzaba
el millón de los monaguillos.

Los miraban los rojos vitrales,
desde lo alto, con viva mirada,
como treinta faisanes de roja
pechuga asombrada.

Las campanas se echaron a vuelo;
despertaron todo el vallecillo.
Sonaban en rojo y granate,
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de los bronces
fueron saliendo en desbandada
y en avenida bajaron la puerta
que parecía ensangrentada.

La ciudad se levanta tarde
y la pobre no sabe nada.
Van los hijos dejando las calles;
entran al campo a risotadas...

Llegan a su tronco, suben en silencio,
entran al estuche de Madre Granada,
y tan callados se quedan en ella
como la piedra de la Kaaba.

Madre Granada despertose llena
de su millón rojo y sencillo;
se balanceó por estar segura;
pulsó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando,
de incredulidad, la Madre Granada,
estallaron en risa los hijos
y ella se partió de la carcajada...

La granada partida en el huerto,
era toda una fiesta incendiada.
La cortamos guardando sus furos
a la coronada...

La sentamos en un plato blanco,
que asustó su rojez insensata.
Me ha contado su historia, que pongo
en rojo escarlata...

EL PINO DE PIÑAS

El alto pino que no acaba
y que resuena como un río,
desde el cogollo a lo sombrío,
sus puñitos balanceaba.

Unos puñitos olorosos,
apretados de su secreto,
y al negro pino recoleto
tanta piña le daba gozo.

Bajo el pino que la cubría,
Madrecita Burla habitaba
y la vieja feliz criaba
enanito que no se veía.

Del tamaño de la lenteja,
y que nunca más le crecía,
en su bolsillo se dormía
ronroneando como abeja.

Cuando a la aldea iba la vieja,
de cascabel se lo ponía,
y lo guardaba, si llovía,
dentro del pliegue de su oreja...

O como rama con madroño,
con su vaivén de trotecito,
le cosquilleaba el colgadito,
o se soltaba de su moño...

El enano miraba pinos
que se iban y se venían,
por saberse lo que cogían
en sus cien puñitos endrinos.

Y una vez que la Madrecita
lo dejó por adormilado,
se subió al empingorotado
y se encontró cosa bendita.

Topando la piña primera,
entró sin doblar la cabeza,
y gritó, loco de sorpresa,
al encontrar iglesia entera.

Oyó una música lejana;
vio arder la cera muy contrita,
y con su mano de arañita,
tomó temblando agua cristiana.

Y a la pila de nuez de plata,
vino un obispo que era de oro,
y bautizó al enano moro
mojando su nuca de rata.

Se abrió una puerta pequeñita,
entró una niña más pequeña,
y se allegó como una señá
a saltos de catarinita.¹⁶

¹⁶ Nombre que se da en México a la “Mariquita” chilena.

Vio que a su pecho no llegaba
y de confusa estaba roja,
y se dobló como una hoja,
porque era que le saludaba.

En el altar, de gran tesoro,
el obispo, tieso y atónito,
bendijo los novios de acónito
y soltó música del coro.

La catedral dio un gran crujido
y se partió en castaña añeja,
y lanzó el pino su pareja
sin daño, como cae el nido.

La Madre Burla dormitaba,
tendida al sol como una almeja,
y al despertar tocó en su ceja
una cosa que era doblada...

Y trepaditos a su oído
los dos le dieron testimonio
de bautizo y de matrimonio,
y ella lloró del sucedido.

Y con los años que vinieron
les nació un niño y una niña;
cada uno subió a una piña
en donde bautizados fueron.

Y cuenta boca contadora
que aumentó la enana raza
igual que cunde la mostaza
y que prende la zarzamora...

C A P E R U C I T A R O J A

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo sufre de extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.
—Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas.

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
—Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que se derrama en jugo.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.

Y ahora, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que la hacen olvidarse del viaje del traidor...

El Lobo fabuloso, de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el traidor).

Ha tres días la bestia no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
... Se la comió riendo toda y pausadamente,
y se puso enseguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: —¿Quién va?
La voz es ronca. “Pero la abuelita está enferma”,
la niña ingenua explica. —De parte de mamá.

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
—Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho.
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
—¿Por qué tan largas? —dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazado a la niña:
—¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor.

El cuerpecito tierno le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?
—Corazoncito mío, para mirarte bien...

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?
—Corazoncito, para devorarte mejor...

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...

Conté una vez en Lima el sentido que tendría el género de la canción de cuna *en cuanto a cosa que la madre se regala a sí misma y no al niño que nada puede entender*, a menos de “guagüetear”¹⁷ a grandulones de tres años...

Ahora tengo que divagar, a pedido de mi editor, sobre el nacimiento de estas canciones de cuna, porque cualquier vagido primero, hasta de bestezuela o de industria verbal, importa a las gentes...

La mujer es quien más canta en este mundo, pero ella aparece tan poco creadora en la historia de la música que casi la recorre de labios sellados. Me intrigó siempre nuestra esterilidad para producir ritmos y disciplinarlos en la canción, siendo que los criollos vivimos punzados de ritmos, y los coge y compone hasta el niño. ¿Por qué las mujeres nos hemos atrevido con la poesía y no con la música? ¿Por qué hemos optado por la palabra, expresión más grave de consecuencias y cargada de lo conceptual que no es reino nuestro?

Hurgando en esta aridez para la creación musical, caí sobre la isla de las canciones de cuna. Seguramente los “arrullos” primarios, los folclóricos, que son los únicos óptimos, salieron de pobrecitas mujeres ayunas de todo arte y ciencia melódicos. Las primeras Evas comenzaron por mecer a secas, con las rodillas o la cuna; luego se dieron cuenta de que el vaivén adormece más subrayado por el rumor; este rumor no iría más lejos que el runrún de los labios cerrados.

¹⁷ Guagüetear, de “guagua”, niño [bebé]: chilenismo.

Pero de pronto le vino a la madre un antojo de palabras enderezadas al niño y a sí misma. Porque las mujeres no podemos quedar mucho tiempo pasivas, aunque se hable de nuestro sedentarismo, y menos callarnos por años. La madre buscó y encontró, pues, una manera de hablar consigo misma, meciendo al hijo, y además comadreando con él, y por añadidura con la noche, “que es cosa viva”.

La canción de cuna sería un coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo, y con la Gea,¹⁸ visible de día y audible de noche.

Los que han velado enfermos, o pernoctado en el campo, y las que conocen la espera de marido o hermano, todos los que viven la vela, saben bien que la noche es persona plural y activa. “La noche es legión”, como dice del demonio el Evangelio. Tal vez nos engañamos creyendo que la luz multiplica las cosas y que la noche las unifica. La verdad sería el que la tiniebla, fruto enorme y vago, se parte en gajos de rumores. Al agrandarlo todo, ella estira el ruido breve y engruesa el bulto pequeño, por lo cual vienen a ser muy ricas las tinieblas. La madre desvelada pasa, pues, a convivir este mundo subterráneo que la asusta con su falsa inmensidad y la fertiliza con su misterio numeroso.

La mujer no solo oye respirar al chiquito; siente también a la tierra matriarca que hierva de prole. Entonces se pone a dormir a su niño de carne, a los de la matriarca y a sí misma, pues el “arrrorró” tumba al fin a su propia cantadora...

Esta madre, con su boca múltiple de diosa hindú, recuenta en la canción sus afanes del día; teje y deseja sueños para cuando el sí es no es vaya creciendo; ella dice bromas respecto del gandul; ella lo encarga en serio a Dios y en juego a los duendes; ella lo asusta con amenazas fraudulentas y lo sosiega antes de que se las crea. La letra de la canción va desde la zumbonería hasta el patético, hace un zigzag de jugarreta y de angustia, de bromas y ansiedades. (Confieso que los “arrrorrós” que más me gustan son los disparatados, porque aquí, mejor que en parte alguna, la lógica ha de aventarse, y con cajas destempladas).

* * *

Poco o nada ha mudado el repertorio de las canciones de cuna en la América. Es bien probable que nunca las haya hecho el pueblo criollo, sino que siga cantando hace cuatro siglos las prestadas de España, rumiando pedazos de arrullos andaluces y castellanos, que son maravilla de gracia verbal. Nosotras tal vez hemos armado algunas frases sobre los alambres ancestrales o hemos zurcido con algunos motes criollos las telas originales.

Nuestras abuelas amamantaban, nuestras madres también, a Dios gracias; después sobrevino una caída de la maternidad corporal, tanto en la disminución de los hijos como en la rehusa de muchas mujeres a criar, a ser la “higuerita de leche” de los cuentos.

¿Quién va a hacer, pues, estas canciones? El aya, mujer de paga, repetirá las que sabe; el hijo de otra no la embriaga tanto como para que ella las invente por rebose de amor y menos aún por sobra de dicha. Y la canción de cuna es nada más que la segunda leche de la madre criadora. A la

leche se asemeja ella en la hebra larga, en el sabor dulzón y en la tibieza de entraña. Por lo tanto, la mujer que no da el pecho y no siente el peso del niño en la falda, la que no hace dormir ni de día ni de noche, ¿cómo va a tararear una *berceuse*? ¿cómo podría decir al niño cariños arrebatados, revueltos con travesuras locas? La cantadora mejor será siempre la madre fuente, la mujer que se deja beber casi dos años, tiempo bastante para que un acto se dore de hábito, se funda y suelte jugos de poesía.

Una colega española se burlaba alguna vez del empeño criollo en forzar la poesía popular, provocando un nacimiento por voluntad, o sea un aborto. La oía yo con interés: un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada. Pero, ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastados con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar la posesión del sobrehaz de la tierra nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de “pe a pa” lo que vino en las carabelas lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el *conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el colonaje verbal*.

Estas canciones están harto lejos de las folclóricas que colman mi gusto, y yo me lo sé como el vicio de mis cabellos y el desmaño de mis ropas.

Aquellos que siguen el trance y los percances de las lenguas coloniales, como siguen los Carrelles el de los tejidos

parchados del cuerpo, solamente ellos pueden explicar cabalmente el fracaso de nuestra literatura infantil. Ellos están seguros como yo de que el folclor es, por excelencia, la literatura de niños y de que los pueblos ayunos de él conquistarán el género muy tarde.

El poeta honrado sabe dónde falló y lo confiesa. Yo, además de saberlo, declaro que fuera de dos o tres afortunadas que están aquí, las demás son un *moulage* tieso, junto a la carne elástica de las populares.

Nacieron, las pobres, para convidar, mostrando sus pies inválidos a que algún músico las echase a andar, y las hice mitad por regusto de los “arrullos” de mi infancia y mitad por servir la emoción de otras mujeres —el poeta es un desata nudos y el amor sin palabras nudo es, y ahoga.

En lo de hallar pies corredores, estas canciones de cuna no anduvieron malaventuradas y hasta han tenido suerte loca. Mexicanos, chilenos y argentinos que pasan la docena, les prestaron su ayuda decisiva. Fueron ellas honradas de más, fueron hasta transfiguradas. En “nanas”, en tonadas, en vidalitas, la música es cuerpo glorioso y la carne nada le añade; ellas no viven de la letra, su sangre como su aliento no arrancan de esta. Tiene un mayorazgo tal la música sobre la escritura que bien puede tratarla “con el pie”. (Acaso por haber sido tan despreciados los textos será que la música criolla corre cabalgando sobre unas letras tan bobas o cursis).

* * *

Me conozco, según decía, los defectos y los yerros de cada una de mis *meceduras orales*, y sin embargo las di y las

doy ahora todas, aunque sepa que las complejas y manidas debieron quemarse por abortadas. Una vez más yo cargo aquí, a sabiendas, con las taras del mestizaje verbal... Pertenezco al grupo de los malaventurados que nacieron sin edad patriarcal y sin Edad Media; soy de los que llevan entrañas, rostro y expresión *conturbados e irregulares*, a causa del injerto; me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, una *violencia racial*.

Sigo escribiendo “arrullos” con largas pausas; tal vez me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma, como las viejas que desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vanas, o como el niño del poeta japonés que quería dormir su propia canción antes de dormirse él...

Pudieran no servir a nadie y las haría lo mismo. Tal vez a causa de que mi vida fue dura, bendije siempre el sueño y lo doy por la más ancha gracia divina. En el sueño he tenido mi casa más holgada y ligera, mi patria verdadera, mi planeta dulcísimo. No hay praderas tan espaciosas, tan deslizables y tan delicadas para mí como las suyas.

Algunos trechos de estas canciones —a veces uno o dos versos logrados— me dan la salida familiar hacia mi país furtivo, me abren la hendija o trampa de la escapada. El punto de la música por donde el niño se escabulle y deja a la madre burlada y cantando inútilmente, ese último peldaño me lo conozco muy bien: en tal o cual palabra, el niño y yo damos vuelta la espalda y nos escapamos dejando caer el mundo, como la capa estorbosa en el correr...

Quiero decir con esta divagación que no perdí el “arrullo” de los dos años: me duermo todavía sobre un vago soporte

materno y con frecuencia paso de una frase rezagada de mi madre o mía, al gran regazo oscuro de la Madre Divina que desde la otra orilla me recoge como a un alga rota que fue batida el día entero y vuelve a ella.

* * *

Sobre las rondas debería decir alguna cosa, y muchas más sobre las poesías infantiles escritas hace veinticinco años, a fin de ser perdonada de maestros y niños; pero voy cansando a quien me lee en páginas *finales*...

Diré solamente que por aquellos años estaba en pañales el género infantil en toda la América nuestra: tanteos y más tanteos. El menester es tan arduo que seguimos tanteando todavía, porque, según acabo de decirlo, nacimos monstruosamente, como no nacen las razas: sin infancia, en plena pubertad y dando, desde el indio al europeo, el salto que descalabria y rompe los huesos.

En la poesía popular española, en la provenzal, en la italiana del Medioevo, creo haber encontrado el material más genuinamente infantil de rondas que yo conozca. El propio folclor adulto de esas mismas regiones está lleno de piezas válidas para los niños. Hurgando en eso cuanto me era dable hurgar, supe yo, artesana ardiente pero fallida, que me faltaban en sentidos, y entraña, siete siglos de Edad Media criolla, de tránsito moroso y madurador, para ser capaz de dar una docena de “arrullos” y de “rondas” castizos —léase criollos.

El versolari o payador de los chiquitos, el *chantre* de su catedral enana y el ayo de sus gargantas *no se hace, llega lentamente con ruta astronómica que nadie puede poner al*

galope. Seguimos teniendo en agraz muchas capacidades, aunque logremos por otro lado del espíritu algunas sazonadas repentinias, lo mismo que los frutos que muestran una cara empedernida y otra madura.

El Niño Mesías que llegue trayendo la gracia del género infantil no quiere nacernos aún... Profetas y creyentes seguimos llamándolo, como las mujeres judías al Otro. Cada uno de los que ensayamos cree que nacerá precisamente de él; pero el Espíritu Santo no baja, y tal vez no haya nacido ni siquiera Santa Ana, la abuela del bienaventurado...

* * *

Cuando leo mis poesías más o menos escolares, y más aún cuando las oigo en boca de niño, siento una vergüenza no literaria, sino una quemazón real en la cara. Y me pongo, como los pecadores atribulados, a enmendar algo, siquiera algo: dureza del verso, presunción conceptual, pedagogía catequista, empalagosa parlería. Esta ingenuidad un poco grotesca de corregir unos versos que andan en boca de tantos, me durará hasta el fin.

Y es que respeto por encima de todas las criaturas, más allá de mi Homero o mi Shakespeare, mi Calderón o mi Rubén Darío, la memoria de los niños, de la cual mucho abusamos.

Que los maestros perdonen la barbaridad de mi hacer y rehacer. Al cabo soy dueña de mis culpas más que de mis buenas acciones: estas son discutibles y aquellas indudables. El habla es la segunda posesión nuestra, después del alma, y tal vez no tengamos ninguna otra posesión en este mundo. Rehaga, pues, a su antojo, el que ensaya y sabe que ensaya.

Continúo viviendo a la caza de la lengua infantil, la persigo desde mi destierro del idioma, que dura ya veinte años. Lejos del solar español, a mil leguas de él, continúo escudriñando en el misterio cristalino y profundo de la expresión infantil, el cual se parece por la hondura al bloque de cuarzo magistral de Brasil, porque engaña vista y mano con su falsa superficialidad.

Mientras más oigo a los niños, más protesto en contra mía, con una conciencia apurada y hasta un poco febril... El amor balbuciente, el que tartamudea, suele ser el amor que más ama. A él se parece el pobre amor que yo he dado a los chiquitos.

Petrópolis, Brasil, 1945

PRÓLOGO: “UNA EN MÍ MATÉ”

Lagar es el único libro de Gabriela Mistral cuya primera edición se publicó en Chile (Santiago: Editorial del Pacífico, 1954). Su escritura se inició en 1946, pero su aparición ocurre el mismo año de su visita al país después de muchos años de ausencia. *Lagar* es, de acuerdo a la primera acepción del diccionario de la Academia de la Lengua Española, un “recipiente donde se pisa la uva para obtener el mosto”, además de ser una palabra de extendida presencia en la Biblia y designar el lugar donde se aplastan los frutos para elaborar vino o aceite, líquidos ricos en significado para la cosmovisión judeocristiana. En este libro, Mistral dará cuenta de aquello aplastado o que se intenta derrotar, desde partes de ella misma hasta la guerra y las culturas indígenas. Para ello, recurre al modelo de la obra de teatro, que pone la tensión en escena.

Lagar propone una innovación al incorporar en un libro de poesía un “Prólogo” y un “Epílogo”. El prólogo, compuesto del poema “La otra”, anuncia un conflicto que ofrece varias claves para leer *Lagar*. Al decir “una en mí maté: yo no la amaba”, se anuncia la dualidad como lucha entre el yo de su pasado y un yo que sigue el ritmo a un erotismo que aflora con fuerza. Bajo el título “Locas mujeres” se reúne un conjunto de textos que tendrá continuidad en *Lagar II* y que instala diferentes escenarios en los que una presencia y una voz mujeril se expresa en su multiplicidad. En “La abandonada”, todo le sobra y ella se sobra “como traje de fiesta para fiesta no habida”. A su vez, en “La bailarina” ve en la danza perder cuanto tenía: “se soltó de su casta y de su carne/ sumió la canturía de su sangre/ y la balada de su adolescencia”, y se deja llevar por la “roja calentura de sus

venas, / el olvido del Dios de sus infancias”. “La dichosa” declara que el amor acabó con los asombros y ya no quiere que la hallen donde se escondió de todos. “La fervorosa” pide que apaguen el fuego de su vieja antorcha, y la gracia de matarla antes que ella mate al arcángel que lleva a su lado o en su interior. En “La fervorosa”, se revela con claridad el conflicto entre sexualidad y religiosidad, experimentando la necesidad de optar solo por una de estas. “La que camina” es una mujer que “tanto quiso olvidar que ya ha olvidado, / tanto quiso mudar que ya no es ella”. Completan el coro “La ansiosa”, “La granjera”, “La desasida”, “La humillada”, “La fugitiva”, “Marta y María”, “Una piadosa” y “Una mujer”, pero es en “La desvelada” donde se manifiesta el erotismo en mayor plenitud. En este poema cobra significado la imagen de la puerta, un inquietante signo presente en *Lagar* y que simboliza a la mujer y sus órganos genitales. En “La desvelada”, tras un encuentro en medio de la noche siente el calor de una cara que es ladillo ardiendo contra su puerta y “prueba una dicha que no sabía”, pero cierra el poema con la petición de que la visita no vuelva a ver su puerta “recta y roja como una hoguera”. En el conjunto “Locas mujeres”, predomina lo libre frente a lo aplastado.

Como contrapunto a la libertad de las mujeres, la guerra es representada como un lagar donde se apisona a la humanidad. El conjunto de poemas “Guerra” es una toma de posición contra toda forma bélica y un rechazo total a los deseos soberanos de Hitler sobre Europa. En el poema “Hospital”, Gabriela Mistral lamenta la situación de los heridos: “vienen carnes estrujadas / de lagares que no conozco”. En “La huella”, poetiza la huida de un perseguido, señalando el deseo de borrar toda pista sobre su escape. En “Campeón finlandés”, recrea la figura de Paavo Nurmi,

el maratonista que corrió levantando una defensa contra la invasión rusa a su país en 1939. Frente a esas desgracias, la poeta propone a América Latina como un lugar de coexistencia pacífica e invita a los europeos a mudarse a estas tierras. El texto “Caída de Europa” está dedicado al escritor francés Roger Caillois, quien finalmente vivió en Argentina en la casa de Victoria Ocampo por cuatro años.

La tristeza por los acontecimientos de las guerras europeas se pliega sobre las aflicciones personales en el conjunto “Luto”, donde el suicidio de su hijo “adoptivo” (aspecto que todavía se halla en discusión) se poetiza en toda su devastación. La muerte de Juan Miguel Pablo Godoy Mendoza (1925-1943) se torna en el eje de los poemas “Aniversario”, “Los dos” y “Noche de San Juan”, donde ella espera en vano la llegada del comensal: “mesa y mantel no tocados, / de intactos se hacen divinos”. El conjunto “Nocturnos” agrega a la madre como otra fuente de su luto y profundiza en las acciones diarias donde siente nostalgia por la presencia de las personas con quienes ha compartido los espacios domésticos. Incluso echa de menos las pequeñas recriminaciones de Miguel, “ni lenta, ni trascordada, ni perdida” que recuerda en el poema “Canto que amaba”.

Ante la pérdida de dos personas fundamentales, la madre y el hijo, extintos en su vida, el desarraigó se vuelve más presente. Se esfuma la posibilidad de regresar a su lugar de origen y retomar la raíz. Todos los senderos se abren y está la opción de seguirlos sin restricciones, pero a la vez aparecen dudas, cuestionamientos sobre el sentido de continuar algún camino. Tras recibir el premio Nobel, comenzó a revisitar países ya conocidos, abriéndose a un nuevo ciclo errante. Residió en California, Veracruz, Nueva York, Rapallo y luego regresó a Estados Unidos. En “Adiós a la

Liguria”, “Despedida” y “Emigrada judía”, hallamos rastros de esta vida en lugares siempre de paso en su poesía: “Ya el torrente de mi aldea/ no da mi nombre al rodar/ y en tierra y aire, me borro/ como huella en arenal”. El vagabundaje es una constante representada en su poesía. En “Patrias”, declara una doble pertenencia a Montegrande, en Chile, y al Mayab, en México. Por momentos surge la ilusión de asentarse en un pequeño terreno campestre donde ver crecer las plantas. En el conjunto “Rondas”, hay luces de esta necesidad. Es habitual encontrar en la correspondencia de Mistral de esa época averiguaciones acerca de entornos rurales en diferentes naciones americanas donde podría asentarse: Brasil, Uruguay, Argentina. En esta etapa de su vida sorprende la cantidad de países en los que residió, con trasladados en barco o por tierra, mudanzas, con todas sus implicancias, y la corta permanencia en cada espacio.

Gabriela Mistral destinó parte de su tiempo humano a cultivar la relación con el entorno físico, la flora y la fauna de cada territorio donde estuvo. Tanto es así que en *Desolación* hay un conjunto de poemas con este mismo nombre: “Naturaleza”. En su primer libro, el capítulo representaba el sistema ecológico y natural de la región del extremo sur de Chile, mientras que en *Lagar*, la perspectiva es continental. Ella da cita a la “Amapola de California”; las palmas chilenas y cubanas; el parque de Paraibuna en el estado de San Paulo, en el poema “La piedra de Paraibuna”; el matorral “Ocotillo” de Arizona; la ceiba de Ecuador y la “Espiga uruguaya”. La poeta acentúa además las labores de jardinera en “Sonetos de la poda” con que imagina su manera de habitar.

Frente a la religiosidad que conoció y encarnó en sus primeros años de escritura, en *Lagar* no hay devoción ni

plegaria ferviente, sino más bien una tensión. Gabriela Mistral se abre al concepto de la realidad como ilusión e incorpora la conciencia budista que conoció en sus inicios en búsquedas espirituales que se ampliaron desde el catolicismo hacia la teosofía. En “El regreso”, los “sueños han sido fiestas, luchas, amores y lutos”. Sobre la crisis religiosa, destaca el poema “Memoria de la Gracia”, donde indica un antes y un después de tenerla concedida: “En otra parte yo fui / de ella amamantada”, pero “tal vez se rompió en el mundo / primero la Gracia / y ahora cuesta jadeo y sangre ganarla / y me vuelvo cal muerta, / la fruta pisada”. Esta metáfora de “fruta pisada” retorna a la imagen de lagar para connotar lo aplastado o derrotado. En “Lámpara de catedral”, es Cristo quien la llama a resistir y perdurar: “Resta, dura/ ni te duelas ni te rindas, / y ningún relevo esperes”.

Esta religiosidad de *Lagar* incluye las formas latinoamericanas de vivir la fe y da cuenta de su crisis sobre las formas de comprender lo trascendente. Dentro de la religiosidad latinoamericana, sobresalen los poemas “Procesión india”, que poetiza el culto a Rosa de Lima en los Andes peruanos, y “Noel indio”, que aborda la madre de la puna andina que ofrece en sacrificio a su hijo.

“Recado terrestre”, dedicado a Goethe, escrito a modo de plegaria, ahonda en otra religiosidad más terrenal que es la escritura. *Lagar* es el libro de quien puede examinar su vida hacia atrás y darle legitimidad a la existencia. En esa revisión, aborda aspectos que consideró importantes: la huerta, la cordillera y su grito vivo, tal como lo dice en el poema “Noche”, donde imagina su muerte: “se va borrando la huerta, / la granja se ha sumergido / su cumbre y su grito vivo”. En el “Epílogo” con que se cierra este libro,

el poema “Último árbol” introduce un signo que es clave en la lectura total de *Lagar*. El árbol adquiere múltiples significados: desde signo fálico a representación de Cristo, a madre, y a leño, fuente del fuego. En el poema, se reconoce en las soledades que se dio y que le dieron, que es el diezmo que pagó a su Dios dulce y tremendo. Quiere un árbol de paradero en vez de umbrales de casas, para pasar por el mundo en sueño, carrera o vuelo. Igual que en “La fugitiva”, anhela ser cobijada al fin bajo su árbol insensato y entregado a la ventisca, pino errante sobre la tierra.

Gabriela Mistral no concibe libros aislados, temáticos o cerrados en sí mismos. Cada uno de ellos recoge un momento de su recorrido como escritora y establece comunicación con la totalidad de su obra, tanto en poesía como en prosa. Por ello todos sus libros se articulan al modo de los almanaques antiguos, donde se incorporan distintos temas, los que operan como fibras o meridianos que estructuran el cuerpo y tienen continuidad a lo largo de su obra.

Gustavo Barrera Calderón
Magda Sepúlveda Eriz

P R Ó L O G O

LA OTRA

Una en mí maté:
yo no la amaba.

Era la flor llameando
del cactus de montaña;
era aridez y fuego;
nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía
a pies y a espaldas,
y no bajaba nunca
a buscar “ojos de agua” .

Donde hacía su siesta,
las hierbas se enroscaban
de aliento de su boca
y brasa de su cara.

En rápidas resinas
se endurecía su habla,
por no caer en linda
presa soltada.

Doblarse no sabía
la planta de montaña
y al costado de ella,
yo me doblaba...

La dejé que muriese,
robándole mi entraña.
Se acabó como el águila
que no es alimentada.

Sosegó el aletazo,
se dobló, lacia,
y me cayó a la mano
su pavesa acabada...

Por ella todavía
me gimén sus hermanas,
y las gredas de fuego
al pasar me desgarran.

Cruzando yo les digo:
—Buscad por las quebradas
y haced con las arcillas
otra águila abrasada.

Si no podéis, entonces,
¡ay!, olvidadla.
Yo la maté. ¡Vosotras
también matadla!

D E S V A R Í O

Si me ponen al costado
la ciega de nacimiento,
le diré, bajo, bajito,
con la voz llena de polvo:
—Hermana, toma mis ojos.

¿Ojos? ¿Para qué preciso
arriba y llena de lumbres?
En mi patria he de llevar
todo el cuerpo hecho pupila,
espejo devolvedor,
ancha pupila sin párpados.

Iré yo a campo traviesa
con los ojos en las manos
y las dos manos dichosas
deletreando lo no visto,
nombrando lo adivinado.

Tome otra mis rodillas
si las suyas se quedaron
trabadas y empedernidas
por las nieves o la escarcha.

Otra tómeme los brazos
si es que se los rebanaron.
Y otras tomen mis sentidos.
Con su sed y con su hambre.

Acabe así, consumada,
repartida como hogaza
y lanzada a sur o a norte,
no seré nunca más una.

Será mi aligeramiento
como un appear de ramas
que me abajan y descargan
de mí misma, como de árbol.

¡Ah, respiro, ay, dulce pago,
vertical descendimiento!

A Blanca Subercaseaux

Yo no sé si podré venir.
A ver si te cumplo, hermana.

Llego, si vengo, en aire dulce
por no helarte la llanada
o en el filo de tu sueño
con amor, y sin palabra.

Empínate por si me cuesta,
hallémonos a media marcha,
y me llevas un poco de tierra
por que recuerde mi posada.

No temas si bulto no llevo;
tampoco si llego mudada.
Y no llores si no te respondo
porque mi culpa fue la palabra.
Pero dame la tuyá, la tuyá
que era como paloma posada.

G U E R R A

CAÍDA DE EUROPA

A Roger Caillois

Ven, hermano, ven esta noche
a rezar con tu hermana que no tiene
hijo ni madre ni casta presente.
Es amargo rezar oyendo el eco
que un aire vano y un muro devuelven.
Ven, hermano o hermana, por los claros
del maizal antes que caiga el día
demente y ciego, sin saber que pena
la que nunca penó y acribillada
de fuegos y ahogada de humareda
arde la vieja madre que nos tuvo
dentro de su olivar y de su viña.

Solamente la Gea americana
vive su noche con olor de trébol,
tomillo y mejorana, y escuchando
el rumor de castores y de martas,
y la carrera azul de la chinchilla.
Tengo vergüenza de mi “Ave” rendida
que apenas si revuela por mis hombros
o sube y cae en gaviota alcanzada,
mientras la madre en aflicción espera,
mirando fija un cielo de azabache
que juega a rebanarle la esperanza
y grita “no eres” a la vieja noche.

Somos los hijos que a su madre nombran,
sin saber a estas horas si es la misma
y con el mismo nombre nos responde,
o si mechados de metal y fuego
arden sus miembros llamados Sicilia,
Flandes, la Normandía y la Campania.

Para la compunción y la plegaria
bastan dos palmos de hierbas y de aire.
Hogaza, vino y fruta no acarreen
hasta en el día de leticia y danza
y locos brazos que columpien ramos.
En esta noche, ni mesa punteada
de falerno feliz ni de amapolas;
tampoco el sollozar; tampoco el sueño.

C A M P E Ó N F I N L A N D É S

Campeón finlandés, estás tendido
en la relumbre de tu último estadio,
rojo como el faisán en su vida y su muerte,
de heridas pespunteado y apurado,
gárgola viva de tu propia sangre.

Has caído en las nieves de tu infancia,
en filos azulados y en espejos acérrimos,
diciendo ¡no! hacia el Norte y el Este,
un ¡no! que aprieta los gajos de nieve,
endurece como diamantes los esquíes
y para el tanque como un jabalí...
Nadador, pelotaris, corredor,
que te quemen el nombre y te llamen Finlandia.
Benditos sean tu última pista,
el meridiano que tomó tu cuerpo
y el sol de medianoche, que te cedió el milagro.

Negaste al invasor el sorbo de tus lagos,
tus caminos y la hebra de tus renos,
el umbral de tu casa, el cubo de tu arena,
el arco iris de las vírgenes de Cristo,
la bautizada frente de tus niños.

Te miran tus quinientos lagos
que probaron tu cuerpo uno por uno.
Se empina, atarantada, por saberte, la morsa,
como cuando gritabas la maratón ganada,
y dos renos te echan el humo del aliento
en dos pitones blancos que se hacen y deshacen...

Para que no te aúllen, te bailen ni te befen
esta noche los tártaros dementes,
cuyas botas humean de nieve y tropelía,
las mujeres te conducimos como a un hijo,
alzamos la nonada de tu cuerpo
y vamos a quemarte en tus pinos del norte.

No lloran ni las madres ni los niños,
ni aun el hielo, en la Finlandia enjuta
como la Macabea, que da sudor de sangre
y da de mamar sangre, pero no llora llanto;
y nosotras tampoco lloramos, atizando
el ruedo y los cogollos de tu hoguera.

La hoguera es alta como el trance, y arde
sin humo y sin ceniza, toda en fucsias y en dalias,
mientras suena el infierno de los tanques,
la frontera de su metal, castañetea
y caen los aviones en sesgo de vergüenza...

Campeón finlandés, saltas ahora
más hermoso que en todos tus estadios.
Subes y vas oreando tu sangre
con el rollo del viento que te enjuga.
¡Partes el cielo, ríes y lloras
al abrazar a Judas Macabeo!

Del hombre fugitivo
solo tengo la huella,
el peso de su cuerpo
y el viento que lo lleva.
Ni señales ni nombre,
ni el país ni la aldea;
solamente la concha
húmeda de su huella;
solamente esta sílaba
que recogió la arena
¡y la tierra —Verónica—
que me lo balbucea!

Solamente la angustia
que apura su carrera;
los pulsos que lo rompen,
el soplo que jadea,
el sudor que lo luce
la encía con dentera,
¡y el viento seco y duro
que el lomo le golpea!

Y el espinal que salta,
la marisma que vuela,
la mata que lo esconde,
y el sol que lo confiesa,
la duna que lo ayuda,
la otra que lo entrega,
¡y el pino que lo tumba,
y el Dios que lo endereza!

Y su hija, la sangre,
que tras él lo vocea:
la huella, Dios mío,
la pintada huella:
el grito sin boca,
¡la huella, la huella!

Su señal la coman
las santas arenas.
Su huella tápenla
los perros de niebla.
Le tome de un salto
la noche que llega
su marca de hombre
dulce y tremenda.

Yo veo, youento
las dos mil huellas.
¡Voy corriendo, corriendo
la vieja tierra,
rompiendo con la mía
su pobre huella!
¡O me paro y la borran
mis locas trenzas,
o de bruces mi boca
lame la huella!

Pero la tierra blanca
se vuelve eterna;
se alarga inacabable
igual que la cadena;
se estira en una cobra

que el Dios Santo no quiebra,
¡y sigue hasta el término
del mundo la huella!

H O S P I T A L

Detrás del muro encalado
que no deja pasar el soplo
y me ciega de su blancura,
arden fiebres que nunca toco,
brazos perdidos caen manando,
ojos marinos miran, ansiosos.

En sus lechos penan los hombres,
metales blancos bajo su forro,
y cada uno dice lo mismo
que yo en la vaina de su sollozo.

Uno se muere con su mensaje
en el desuello del fruto mundo,
y mi oído iba a escucharlo
toda la noche, rostro con rostro.

Hacia el cristal de mi desvelo,
adonde baja lo que ignoro,
caen dorsos que no sujetó,
rollos de partos que no recojo,
y vienen carnes estrujadas
de lagares que no conozco.

Juntos estamos, según las cañas,
oyéndonos como los chopos,
y más distantes que Gea y Sirio,
y el pobre coipo del faisán rojo.
Porque yo tengo y ellos tienen
muro yerto que vuelve el torso,

y no deja acudir los brazos,
ni se abre al amor deseoso.

El celador costado blanco
nunca se parte en grietas de olmo,
y aunque me cele como un hijo
no me consiente ir a los otros:
espalda lisa que me guarda
sin volteadura y sin escorzo.

El sordo quiere que vivamos
todos perdidos, juntos y solos,
sabiéndonos y en nuestra búsqueda,
en laberinto blanco y redondo,
hoy al igual que ayer, lo mismo
que en un cuento de hombre beodo,
aunque suban, del otro canto
de la noche, cuellos ansiosos,
y me nombren la Desvariada,
el que hace señas y el Niño loco.

J U G A R R E T A S

A María Fernanda de Mélida

Mientras el niño se me duerme,
sin que lo sepa ni la tierra,
por ayudarme en acabarlo
sus cabellos hace la hierba,
sus deditos la palma-dátil
y las uñas la buena cera.
Los caracoles dan su oído
y la fresa roja su lengua,
y el arroyo le trae risas
y el monte le manda paciencias.

(Cosas dejé sin acabar
y estoy confusa y con vergüenza:
apenas sienes, apenas habla,
apenas bulto que le vean).

Los que acarrean van y vienen,
entran y salen por la puerta
trayendo orejitas de “cuye”
y unos dientes de concheperla.

Tres navidades y será otro,
de los tobillos a la cabeza:
será talludo, será recto
como los pinos de la cuesta.

Y yo iré entonces voceándolo
como una loca por los pueblos,
con un pregón que van a oírme
las praderías y los cerros.

A don Pedro Moral

El negro dejó a la puerta
la cajita claveteada
que me coge y me retiene
en sus clavillos las faldas.

Llena de marcas, aturdida,
como oveja que desembarcan,
trae nombre y trae cifra
su costilla ensalmuerada.

Más recta vino que el barco
por las olas insensatas,
entre dormida y despierta,
enjuta en el agua amarga,
y pasó por diez caletas
de ancla y grúas asustada...

Me la destapo con tientos,
y con miedo de azorarla;
volteo el forro de mentas
que las ciega y embalsama,
y con un grito levanto
a las treinta sofocadas...

Van saliendo los sartales
de abejas y de cigarras
con sollamo de diez soles
y enjutas, pero enmieladas.

Cepa mía vendimian
Ana y Rosa al sol dobladas.
En sarmientos lagarteando,
donde yo corté, cortaban,
y toparon con mis dedos
de niña entre la maraña...

Los que llegan palpan todo
y se quedan sin la gracia:
ladera y viña no ven;
no cae el valle a sus caras.
Ellos festejan racimos,
yo festejo resolanas,
gajos vivos de mi cuerpo
y la sangre mía arribada...

D O Ñ A V E N E N O S

Doña Venenos habita
a unos pasos de mi casa.
Ella quiere disfrutar
rutas, jardines y playas,
y todo ya se lo dimos,
pero no está apaciguada.

¿A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma?
A los que nacen o mueren,
a los que arriban o zarpan,
y aunque son muchos sus días,
¡no se cansa, no se cansa!

A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma.
Pudo dejarla, sí, pudo,
en cactus abandonada,
y hacerse, cruzando mares,
otra de hieles “lavada”.

¿A qué vino a ser la misma
bajo el país de las palmas?
Me la dicen, me la traen
todos los días contada,
pero yo aún no la he visto
y me la tengo sin cara.
Cada día me conozco
árbol nuevo, bestia rara
y criaturas que llegan
a la puerta de mi casa.

¿Pero si no la vi nunca
cómo echo a la forastera?
Y si me la dejo entrar,
¿qué hace de mi paz ganada,
qué de mi bien que es un árbol?

Todos me preguntan si
ya vino la malhadada
y luego me dicen que...
es peor si se retarda.

NACIMIENTO DE UNA CASA

Para Concha Romero James

Una casa va naciendo
en duna californiana
y va saltando del médano
en gaviota atolondrada.

El nacimiento lo agitan
carreras y bufonadas,
chorros silbados de arena,
risas que suelta la grava,
y ya van las vigas madres
subiendo apelicanadas.

Puerta y puertas van llegando
reñidas con las ventanas,
unas a guardarla todo,
otras a darlo, fiadas.
Los umbrales y dinteles
se casan en cuerpos y almas,
y unas piernas de pilares
bajan a paso de danza...

Yo no sé si es que la hacen
o de sí misma se alza;
mas sé que su alumbramiento
la costa trae agitada
y van llegando mensajes
en flechas enarboladas...

El amor acudiría
si ya se funde la helada,
y por dar fe, luz y aire,
hasta tocarla se abajan,
aunque se vea tan solo
a medio alzar las espaldas...

Llegando están los trabajos
menudos, pardos en banda,
cargando en gibados gnomos
teatinos, mimbres y lanas
que ojean buscando manos
todavía no arribadas...

Y baja en un sesgo el ángel
custodio de las moradas,
volea la mano diestra,
jurándole su alianza
y se la entrega a la costa
en alta virgen dorada.

En torno al bendecidor
hierven cien cosas trocadas:
fiestas, bodas, nacimientos,
risas, bienaventuranzas,
y se echa una muerte grande,
al umbral, atravesada...

O C H O P E R R I T O S

A Esteban Tomic

Los perrillos abrieron sus ojos
del treceavo al quinceavo día.
De golpe vieron el mundo,
con ansia, susto y alegría.
Vieron el vientre de la madre,
la puerta suya que es la mía,
el diluvio de la luz,
las azaleas floridas.

Vieron más: se vieron todos,
el rojo, el negro, el ceniza,
gateando y aupándose,
más vivos que las ardillas;
vieron los ojos de la madre
y mi grito rasgado, y mi risa.

Y yo querría nacer con ellos.
¿Por qué otra vez no sería?
Saltar de unos bananales
una mañana de maravilla,
en can, en coyota, en venada;
mirar con grandes pupilas,
correr, parar, correr, tumbarme
y gemir y saltar de alegría,
acribillada de sol y ladridos,
hija de Dios, sierva oscura y divina.

L U T O

A N I V E R S A R I O

Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
las saetas de tus pasos
y unos cabellos quedados,
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades.

Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y de cerrar
por mano mía tu casa.

Me asombra el que contra el logro
de muerte y de matadores,
sigas quedado y erguido,
caña o junco no cascado
y que, llamado con voz
o con silencio, me acudas.

Todavía no me vuelven
marcha mía, cuerpo mío.
Todavía estoy contigo
parada y fija en tu trance,
detenidos como en puente,
sin decidirte tú a seguir,
y yo negada a devolverme.

Todavía somos el tiempo,
pero probamos ya el sorbo
primero, y damos el paso
adelantado y medroso.
Y una luz llega anticipada
de La Mayor que da la mano,
y convida, y toma, y lleva.

Todavía como en esa
mañana de techo herido
y de muros humeantes,
seguimos, mano a la mano,
escarnecidos, robados,
y los dos rectos e íntegros,

Sin saber tú que vas yéndote,
sin saber yo que te sigo,
dueños ya de claridades
y de abras inefables
o resbalamos un campo
que no ataja con linderos
ni con el término aflige.

Y seguimos, y seguimos,
ni dormidos ni despiertos,
hacia la cita e ignorando
que ya somos arribados.
Y del silencio perfecto,
y de que la carne falta,
la llamada aún no se oye
ni el Llamador da su rostro.

¡Pero tal vez esto sea,
ay, amor mío, la dádiva
del Rostro eterno y sin gestos
y del reino sin contorno!

EL COSTADO DESNUDO

A Inés María Muñoz Marín

Otra vez sobre la tierra
llevó desnudo el costado,
el pobre palmo de carne
donde el morir es más rápido
y la sangre está asomada
como a los bordes del vaso.

Va el costado como un vidrio
de sien a pies alargado
o en el despojo sin voz
del racimo vendimiado,
y más desnudo que nunca,
igual que lo desollado.

Va expuesto al viento sin tino
que lo befa sobre el flanco,
y si duermo, queda expuesto
a las malicias del lazo,
sin el aspa de ese pecho
y la torre de ese amparo.

Marchábamos sin palabra,
la mano dada a la mano,
y hablaban las sangres nuestras
en los pulsos acordados.
Ahora llevo sin habla
esa diestra, ese costado.

Y ahora es el tantear
con pobres ojos de ocaso,
preguntando por mi senda
a las bestias y a los pájaros,
y el oír que la respuesta
la dan el pinar o el traro.

Otra vez la escarcha helada
más dura que el aletazo
y el rayo que va siguiéndome
de fuego envalentonado,
y la noche que se cierra
en puño oscuro de tártaro.

Ya no más su vertical
como un paso adelantado
abriéndome con su mástil
los duros cielos de estaño
y conjugando en la marcha
el álamo con el álamo.

Voy solo llevando el vaho
o el hálito apareado,
sin perfil ni coyunturas
en que llega mi trocado,
niebla de mar o de sierra,
rasando dunas y pastos.

Aunque el naranjal me dé,
cuando cruzo, brazo y brazo,
y se allegue el Cireneo
o dé el niño un grito blanco,
¿quién consigue que no vea
con volverme, mi costado?

Cargo la memoria viva
en el tuétano envainado
y a cada noche yo empino
y vierto el profundo vaso,
siendo yo misma la Hebe
y siendo el vino que escancio.

Me acuerdo al amanecer
y cuando el mundo es soslayo,
y subiendo y descendiendo
los azules meridianos.
Y a cada día camino
lenta, lenta, por el diálogo
en que la memoria mana
a turnos con mi costado.

Cuando me volví memoria
y bajé a tiniebla y vaho,
arañando entre madréporas
y pulpos envenenados,
volví sin él, pero traje,
desde el Hades, como dádiva,
la anémona que es de fuego
de la verdad al costado.

Ahora que supe puedo
con lo que falta de tránsito:
apenas tres curvas, tres
blancas lejías de llanto
y se me va apresurando
el correr como al regato.

Han de ponernos en valle
limpio de celada y garfio,
claros, íntegros, fundidos
como en la estrella los radios,
en la blanca geometría
del dado junto del dado,
como fuimos en la luz,
el costado en el costado.

Van a descubrirse juntos
el sol y el Cristo velados,
y a fundírseños enteros
en río de desagravio,
rasgando mi densa noche,
hebra a hebra y gajo a gajo,
y aplacando con respuestas
el grito de mi costado.

Hacia ese mediodía
y esa eternidad sin gasto,
camino con cada aliento,
sin la deuda del tardado,
en este segundo cuerpo
de yodo y sal devorado,
que va de Gea hasta Dios
rectamente como el dardo,
¡así ligero de ser
solo el filo de un costado!

L U T O

En solo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto,
empujó los huesos, abrió las carnes,
su cogollo llegó a mi cabeza.

Sobre hombros, sobre espaldas,
echó hojazones y ramas,
y en tres días estuve cubierta,
rica de él como de mi sangre.
¿Dónde me tocan ahora?
¿Qué brazo daré que no sea luto?

Igual que las humaredas
ya no soy llama ni brasas.
Soy esta espiral y esta liana
y este ruedo de humo denso.

Todavía los que llegan
me dicen mi nombre, me ven la cara;
pero yo que me ahogo me veo
árbol devorado y humoso,
cerrazón de noche, carbón consumado,
enebro denso, ciprés engañoso,
cierto a los ojos, huido en la mano.

En una pura noche se hizo mi luto
en el dédalo de mi cuerpo
y me cubrió este resuello
noche y humo que llaman luto
que me envuelve y que me ciega.

Mi último árbol no está en la tierra,
no es de semilla ni de leño,
no se plantó, no tiene riegos.
Soy yo misma mi ciprés,
mi sombreadura y mi ruedo,
mi sudario sin costuras,
y mi sueño que camina
árbol de humo y con ojos abiertos.

En lo que dura una noche
cayó mi sol, se fue mi día,
y mi carne se hizo humareda
que corta un niño con la mano.

El color se escapó de mis ropas,
el blanco, el azul, se huyeron
y me encontré en la mañana
vuelta un pino de pavesas.

Ven andar un pino de humo,
me oyen hablar detrás de mi humo
y se cansarán de amarme,
de comer y de vivir,
bajo de triángulo oscuro
falaz y crucificado
que no cría más resinas
y raíces no tiene ni brotes.
Un solo color en las estaciones,
un solo costado de humo
y nunca un racimo de piñas
para hacer el fuego, la cena y la dicha.

A Margaret Bates

A la mesa se han sentado,
sin señal, los forasteros,
válidos de casa huérfana
y patrona de ojos ciegos;
y al que es dueño de esta noche
y esta mesa no le tengo,
no le oigo, no le sirvo,
no le doy su mango ardiendo.

¿A qué pasaron, a qué
el umbral de roto espejo
que del animal nocturno
recogió el hedor y el peso,
cuando belfos y pelambres
los dicen sus compañeros?

Mi soledad tengo a diestra
en un escarchado helecho,
y delante un pan ladeado
de dos bandas de silencio,
y mi balbuceo rueda,
como las algas, sin eco.

Nunca me he sentado a mesa
de mayor despojamiento:
la fruta es sin luz, los vasos
llegan a las manos hueros.
Tiene el pan de oro vergüenza

y el mamey un agrio ceño;
en torpe desmaño cumplen
loza, mantel, vino muerto,
y los muros dan la espalda
por no tocar lo protervo.
Y ellos del ama reciben
la respuesta de heno seco
y su mirada perdida
de pura ausencia y destierro.

Por el caído y por mí,
por habernos pecho a pecho,
era esta cita nocturna
en suelo y aire extranjeros,
nuestra y de ninguno más,
largo y sollozado encuentro.

Para que él me lo dijese
todo en río de silencio,
en un rodar y rodar
de cordillera en deshielo,
y todo lo recibiese
yo de su alma y de su cuerpo.

Mirándoles y sin verles,
espero el liberamiento:
oír el último paso,
el tropel de los lobeznos
y ver que a purificar
la mansión llega su dueño.

LOS DOS

Cuando va acabando el día
María Madre sin marcha ni senda,
llega trayéndolo consigo.
No hace ruta y siempre llega.

Van llegando, blanquiazulados
de crepúsculo o de ausencia,
con los visos del eucalipto,
y sin paso como la niebla.

Madre María, hilos azules,
salvia en rama, cosa ligera,
nada dice, nada responde,
me lo adelanta y me lo entrega.

Se derriten las palabras,
se me deshacen como la arena
y en yéndose acuden otras
que saltarán, ¡Dios mío!, de ella.

Miguel y yo nos miramos
como era antes, *cuando la tierra,*
cuando la carne, cuando el tiempo,
y la noche sin sus estrellas.

Ella azulada como los vidrios
parecida al agua quieta,
dándole a mí, dándome a él,
calla, alienta y reverbera.

Ni se mueve ni se cansa,
brecha divina, rama entreabierta.

Con el corazón los llamo,
sin gesto, silbo, ni grito
y el venir es el doblarse,
y ser los dos siendo que es ella.

Es mi día hora por hora
esperarles tras una puerta
segura de ellos como de mí,
ojos, oídos y alma ciertas.

El crepúsculo se me tarda
o se me apura sobre la tierra.
Maduro en fruta nunca vista
fija, alba, calenturienta.

N O C H E D E S A N J U A N

Está abriéndose la noche
como piña de sabino.
Saltan las treinta fogatas
en liebres y cabritillos.

Has llegado de la mano
de Juan Jordán, de Juan río,
y él alcanza hasta mi puerta
por dejar caer lo mío.

Aquí había una casa vana
de vano leño y raso lino,
un vino sin bebedor
y una mujer sin destino.
¡Pero Juan me vio de lejos
y cruzó el Jordán contigo!

Mesa y mantel no tocados,
de intactos se hacen divinos.
Comida parece la fruta;
apurado parece el vino.
¡Nunca vimos alimentos
sin comensal consumidos!

El silencio, de no usado,
deja oír nuestros latidos,
y de huérfano el espacio,
nos deja así, cristalinos,
y de boca ninguna llamados
seguimos rectos y embebecidos.

Nunca se entibió mi noche
de guayacán y de espino,
como de mirarte así,
yo libre y tú no cautivo.

Ya no hablas dándome el soplo,
mi abedul ensordecido,
y yo no digo ni pienso,
de bastarme lo que miro.

Así sería, mi amor,
cuando no éramos nacidos
y llameaba nuestra noche
de Casiopea y Sirio.
Cae en pavesas la memoria;
y comienza un futuro divino.

U N A P A L A B R A

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libro de ella
aunque me empuja su empellón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.

Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores
o sepultarla con cal y mortero
porque no guarde como el alma el vuelo.

No quiero dar señales de que vivo
mientras que por mi sangre vaya y venga
y suba y baje por mi loco aliento.
Aunque mi padre Job la dijo, ardiendo,
no quiero darle, no, mi pobre boca
porque no ruede y la hallen las mujeres
que van al río, y se enrede a sus trenzas
o al pobre matorral tuerza y abrase.

Yo quiero echarle violentas semillas
que en una noche la cubran y ahoguen,
sin dejar de ella el cisco de una sílaba.
O rompérmetela así, como la víbora
que por mitad se parte entre los dientes.

Y volver a mi casa, entrar, dormirme,
cortada de ella, rebanada de ella,
y despertar después de dos mil días
recién nacida de sueño y olvido.

¡Sin saber, ay, que tuve una palabra
de yodo y piedra alumbré entre los labios
ni poder acordarme de una noche,
de la morada en país extranjero,
de la celada y el rayo a la puerta,
y de mi carne marchando sin su alma!

L O C A S

M U J E R E S

L A A B A N D O N A D A

A Emma Godoy

Ahora voy a aprenderme
el país de la acedía
y a desaprender tu amor
que era la sola lengua mía,
como río que olvidase
lecho, corriente y orillas.

¿Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarrearías?
Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida;
¡tanto, Dios mío, que me sobra
mi vida desde el primer día!

Denme ahora las palabras
que no me dio la nodriza.
Las balbucearé demente
de la sílaba a la sílaba:
palabra “expolio”, palabra “nada”
y palabra “postrimería”,
¡aunque se tuerzan en mi boca
como las víboras mordidas!

Me he sentado a mitad de la tierra,
amor mío, a mitad de la vida,
a abrir mis venas y mi pecho,
a mondarme en granada viva,

y a romper la caoba roja
de mis huesos que te querían.

Estoy quemando lo que tuvimos:
los anchos muros, las altas vigas,
descuajando una por una
las doce puertas que abrías
y cegando a golpes de hacha
el aljibe de la alegría.

Voy a esparcir, voleada,
la cosecha ayer cogida,
a vaciar odres de vino
y a soltar aves cautivas;
a romper como mi cuerpo
los miembros de la “masía”
y a medir con brazos altos
la parva de las cenizas.

¡Cómo duele, cómo cuesta,
cómo eran las cosas divinas,
y no quieren morir, y se quejan muriendo,
y abren sus entrañas vívidas!
Los leños entienden y hablan,
el vino empinándose mira,
y la banda de pájaros sube
torpe y rota como neblina.

Venga el viento, arda mi casa
mejor que bosque de resinas;
caigan rojos y sesgados
el molino y la torre madrina.
¡Mi noche, apurada del fuego,
mi pobre noche no llegue al día!

Antes que él eche a andar, está quedado
el viento norte, hay una luz enferma,
el camino blanquea en brazo muerto
y, sin gracia de amor, pesa la tierra.

Y cuando viene, lo sé por el aire
que me lo dice, alacrío y agudo;
y abre mi grito en la venteada un tubo
que le mima y le cela los cabellos,
y le guarda los ojos del pedrisco.

Vilano o junco ebrio parecía;
apenas era y ya no voltijea;
viene más puro que el disco lanzado,
más recto, más que el albatros sediento,
y ahora ya la punta de mis brazos
afirman su cintura en la carrera...

Pero ya saben mi cuerpo y mi alma
que viene caminando por la raya
amoratada de mi largo grito,
sin enredarse en el fresno glorioso
ni relajarse en los bancos de arena.

¿Cómo no ha de llegar si me lo traen
los elementos a los que fui dada?
El agua me lo alumbría en los hondones,
el fuego me lo urgía en el poniente
y el viento norte aguja sus costados.

Mi grito vivo no se le relaja;
ciego y exacto lo alcanza en los riscos.
Avanza abriendo el matorral espeso
y al acercarse ya suelta su espalda,
libre lo deja y se apaga en mi puerta.

Y ya no hay voz cuando cae a mis brazos
porque toda ella quedó consumida,
y este silencio es más fuerte que el grito
si así nos deja con los rostros blancos.

La bailarina ahora está danzando
la danza del perder cuanto tenía.
Deja caer todo lo que en ella había,
padres y hermanos, huertos y campiñas,
el rumor de su río, los caminos,
el cuento de su hogar, su propio rostro
y su nombre, y los juegos de su infancia
como quien deja todo lo que tuvo
caer de cuello y de seno y de alma.

En el filo del día y el solsticio
baila riendo su cabal despojo.
Lo que avientan sus brazos es el mundo
que ama y detesta, que sonríe y mata,
la tierra puesta a vendimia de sangre,
la noche de los hartos que ni duermen
y la dentera del que no ha posada.

Sin nombre, raza ni credo, desnuda
de todo y de sí misma, da su entrega,
hermosa y pura, de pies voladores.
Sacudida como árbol y en el centro
de la tornada, vuelta testimonio.

No está danzando el vuelo de albatroses
salpicados de sal y juegos de olas;
tampoco el alzamiento y la derrota
de los cañaverales fustigados.
Tampoco el viento agitador de velas,
ni la sonrisa de las altas hierbas.

El nombre no le den de su bautismo.
Se soltó de su casta y de su carne,
sumió la canturía de su sangre
y la balada de su adolescencia.

Sin saberlo le echamos nuestras vidas
como una roja reste envenenada
y baila así mordida de serpientes
que alácritas y libres le repechan
y la dejan caer en estandarte
vencido o en guirnalda hecha pedazos.

Sonámbula, mudada en lo que odia,
sigue danzando sin saberse ajena,
sus muecas aventando y recogiendo
jadeadora de nuestro jadeo,
cortando el aire que no la refresca
única y torbellino, vil y pura.

Somos nosotros su jadeado pecho,
su palidez exangüe, el loco grito
tirado hacia el poniente y el levante,
la roja calentura de sus venas,
el olvido del Dios de sus infancias.

En el sueño yo no tenía
padre ni madre, gozos ni duelos,
no era mío ni el tesoro
que he de velar hasta el alba,
edad ni nombre llevaba,
ni mi triunfo ni mi derrota.

Mi enemigo podía injuriarme
o negarme Pedro, mi amigo,
que de haber ido tan lejos
no me alcanzaban las flechas:
para la mujer dormida
lo mismo daba este mundo
que los otros no nacidos...

Donde estuve nada dolía:
estaciones, sol ni lunas,
no punzaban ni la sangre
ni el cardenillo del tiempo;
ni los altos silos subían
ni rondaba el hambre los silos.
Y yo decía como ebria:
¡patria mía, patria, la patria!

Pero un hilo tibio retuve
—pobre mujer— en la boca,
vilano que iba y venía
por la nonada del soplo,
no más que un hilo de araña
o que un repunte de arenas.

Pude no volver y he vuelto.
De nuevo hay muro a mi espalda,
y he de oír y responder,
y, voceando pregones,
ser otra vez buhonera.

Tengo mi cubo de piedra
y el puñado de herramientas.
Mi voluntad la recojo
como ropa abandonada,
desperezo mi costumbre
y otra vez retomo el mundo.

Pero me iré cualquier día
sin llantos y sin abrazos,
barca que parte de noche
sin que la sigan las otras,
la ojeen los faros rojos
ni se la oigan sus costas...

—En cuanto engruesa la noche
y lo erguido se recuesta,
y se endereza lo rendido,
le oigo subir las escaleras.
Nada importa que no le oigan
y solamente yo lo sienta.
¡A qué había de escucharlo
el desvelo de otra sierva!

En un aliento mío sube
y yo padezco hasta que llega
—cascada loca que su destino
una vez baja y otras repecha,
y loco espino calenturiente
castañeteando contra mi puerta.

No me alzo, no abro los ojos,
y sigo su forma entera.
Un instante, como precitos,
bajo la noche tenemos tregua;
pero le oigo bajar de nuevo
como en una marea eterna.

Él va y viene toda la noche
dádiva absurda, dada y devuelta,
medusa en olas levantada

que ya se ve, que ya se acerca.
Desde mi lecho yo lo ayudo
con el aliento que me queda,

por que no busque tanteando
y se haga daño en las tinieblas.

Los peldaños de sordo leño
como cristales me resuenan.
Yo sé en cuáles se descansa,
y se interroga, y se contesta.
Oigo donde los leños fieles,
igual que mi alma, se le quejan,
y sé el paso maduro y último
que iba a llegar y nunca llega...

Mi casa padece su cuerpo
como llama que la retuesta.
Siento el calor que da su cara
—ladrillo ardiendo— contra mi puerta.
Pruebo una dicha que no sabía:
sufro de viva, muero de alerta,
¡y en este trance de agonía
se van mis fuerzas con sus fuerzas!

Al otro día repaso en vano
con mis mejillas y mi lengua,
rastreando la empañadura
en el espejo de la escalera.
Y unas horas sosiega mi alma
hasta que cae la noche ciega.

El vagabundo que lo cruza
como fábula me lo cuenta.
Apenas él lleva su carne,
apenas es de tanto que era,
y la mirada de sus ojos
una vez hiela y otras quema.

No le interrogué quien lo cruce;
solo le digan que no vuelva,
que no repeche su memoria,
para que él duerma y que yo duerma.
Mate el nombre que como viento
en sus rutas turbillonea,
¡y no vea la puerta mía,
recta y roja como una hoguera!

A Paulina Brook

Nos tenemos por la gracia
de haberlo dejado todo;
ahora vivimos libres
del tiempo de ojos celosos;
y a la luz le parecemos
algodón del mismo copo.

El universo trocamos
por un muro y un coloquio.
País tuvimos y gentes,
y unos pesados tesoros,
y todo lo dio el amor,
loco y ebrio de despojo.

Quiso el amor soledades
como el lobo silencioso.
Se vino a cavar su casa
en el valle más angosto
y la huella le seguimos
sin demandarle retorno...

Para ser cabal y justa
como es en la copa el sorbo,
y no robarle el instante,
y no malgastarle el soplo,
me perdí en la casa tuya
como la espada en el forro.

Nos sobran todas las cosas
que teníamos por gozos:
los labrantíos, las costas,
las anchas dunas de hinojos.
El asombro del amor
acabó con los asombros.

Nuestra dicha se parece
al panal que cela su oro;
pesa en el pecho la miel
de su peso capitoso,
y ligera voy, o grave,
y me sé y me desconozco.

Ya ni recuerdo cómo era
cuando viví con los otros.
Quemé toda mi memoria
como hogar menesteroso.
Los tejados de mi aldea
si vuelvo, no los conozco,
y el hermano de mis leches
no me conoce tampoco.

Y no quiero que me hallen
donde me escondí de todos;
antes hallen en el hielo
el rastro huido del oso.
El muro es negro de tiempo,
el liquen del umbral, sordo,
y se cansa quien nos llame
por el nombre de nosotros.

Atravesaré de muerta
el patio de hongos morosos.
Él me cargará en sus brazos
en chopo talado y mondo.
Yo miraré todavía
el remate de sus hombros.
La aldea que no me vio
me verá cruzar sin rostro,
y solo me tendrá el polvo
volador, que no es esposo.

En todos los lugares he encendido
 con mi brazo y mi aliento el viejo fuego;
 en toda tierra me vieron velando
 el faisán que cayó desde los cielos,
 y tengo ciencia de hacer la nidada
 de las brasas juntando sus polluelos.

Dulce es callando en tendido rescoldo,
 tierno cuando en pajuelas lo comienzo.
 Malicias sé para soplar sus chispas
 hasta que él sube en alocados miembros.
 Costó, sin viento, prenderlo, atizarlo:
 era o el humo o el chisporroteo;
 pero ya sube en cerrada columna
 recta, viva, leal y en gran silencio.

No hay gacela que salte los torrentes
 y el carrascal como mi loco ciervo;
 en redes, peces de oro no brincaron
 con rojez de cardumen tan violento.
 He cantado y bailado en torno suyo
 con reyes, versolaris y cabreros,
 y cuando en sus pavesas él moría
 yo le supe arrojar mi propio cuerpo.

Cruzarían los hombres con antorchas
 mi aldea, cuando fue mi nacimiento
 o mi madre se iría por las cuestas
 encendiéndo las matas por el cuello.
 Espino, algarrobillo y zarza negra,

sobre mi único valle están ardiendo,
soltando sus torcidas salamandras,
aventando fragancias cerro a cerro.

Mi vieja antorcha, mi jadeada antorcha
va despertando majadas y oteros;
a nadie ciega y va dejando atrás
la noche abierta a rasgos bermejos.
La gracia pido de matarla antes
de que ella mate el arcángel que llevo.

(Yo no sé si lo llevo o si él me lleva;
pero sé que me llamo su alimento,
y me sé que le sirvo y no le falto
y no lo doy a los titiriteros).

Corro, echando a la hoguera cuanto es mío.
Porque todo lo di, ya nada llevo,
y caigo yo, pero él no me agoniza
y sé que hasta sin brazos lo sostengo.
O me lo salva alguno de los míos
hostigando a la noche y su esperpento,
hasta el último hondón, para quemarla
en su cogollo más alto y señoero.

Traje la llama desde la otra orilla,
de donde vine y adonde me vuelvo.
Allá nadie la atiza y ella crece
y va volando en albatros bermejo.
He de volver a mi hornaza, dejando
caer en su regazo el santo préstamo.

¡Padre, madre y hermana adelantados,
y mi Dios vivo que guarda a mis muertos:
corriendo voy por la canal abierta
de vuestra santa maratón de fuego!

—Árbol de fiesta, brazos anchos,
cascada suelta, frescor vivo
a mi espalda despeñados:
¿quién os dijo de pararme
y silabear mi nombre?

Bajo un árbol yo tan solo
lavaba mis pies de marchas
con mi sombra como ruta
y con el polvo por saya.

¡Qué hermoso que echas tus ramas
y que abajas tu cabeza,
sin entender que no tengo
diez años para aprenderme
tu verde cruz que es sin sangre
y el disco de tu peana!

Atísbame, pino cedro,
con tus ojos verticales,
y no muevas ni descuajes
los pies de tu terrón vivo:
que no pueden tus pies nuevos
con rasgones de los cactus
y encías de las risqueras.

Y hay como un desasosiego,
como un siseo que corre
desde el hervor del Zodíaco
a las hierbas erizadas.
Viva está toda la noche

de negaciones y afirmaciones,
las del ángel que te manda
y el mío que con él lucha;

Y un azoro de mujer
llora a su cedro de Líbano
caído y cubierto de noche,
que va a marchar desde el alba
sin saber ruta ni polvo
y sin volver a ver más
su ronda de dos mil pinos.

¡Ay, árbol mío, insensato
entregado a la ventisca,
a canícula y a bestia
al azar de la borrasca!
¡Pino errante sobre la tierra!

Para nadie planta la lila
o poda las azaleas,
y carga el agua para nadie
en baldes que la espejean.

Vuelta a uno que no da sombra
y sobrepasa su cabeza,
estira un helecho mojado
y a darlo y a hurtárselo juega.

Abre las rejas sin que llamen,
sin que entre nadie, las cierra
y se cansa para el sueño
que la toma, la suelta y la deja.

Desvíen el agua de la vertiente
que la halla gateando ciega,
espolvoren sal donde siembre,
entierren sus herramientas.

Háganla dormir, pónganla a dormir
como al armiño o la civeta.
Cuando duerma bajen su brazo
y avienten el sueño que sueña.

La muerte anda desvariada,
borracha camina la tierra,
trueca rutas, tuerce dichas,
en la esfera tamborilea.

Viento y arcángel de su nombre
trajeron hasta su puerta
la muerte de todos sus vivos
sin traer la muerte de ella.

Las fichas vivas de los hombres
en la carrera le tintinean.
¡Trocaría, perdería
la pobre muerte de la granjera!

M A R T A Y M A R Í A

Al doctor Eduardo Cruz Coke

Nacieron juntas, vivían juntas,
comían juntas Marta y María.
Cerraban las mismas puertas,
al mismo aljibe bebían,
el mismo soto las miraba,
y la misma luz las vestía.

Sonaban las lozas de Marta,
borboleaban sus marmitas.
El gallinero hervía en tórtolas,
en gallos rojos y ave frías,
y, saliendo y entrando, Marta
en plumazones se perdía.

Rasgaba el aire, gobernaba
alimentos y lencerías,
el lagar y las colmenas,
y el minuto, la hora y el día...

Y a ella todo le voceaba
a grito herido por donde iba:
vajillas, puertas, cerrojos,
como a la oveja con esquila;
y a la otra se le callaban,
hilado llanto y avemarías.

Mientras que en ángulo encalado,
sin alzar mano, aunque tejía,
María, en azul mayólica,
algo en el aire quieto hacía:
¿qué era aquello que no se acababa,
ni era mudado ni le cundía?

Y un mediodía ojidorado,
cuando es que Marta rehacía
a diez manos la vieja Judea,
sin voz ni gesto pasó María.

Solo se hizo más dejada,
solo embebió sus mejillas,
y se quedó en santo y seña
de su espalda, en la cal fría,
un helecho tembloroso,
una lenta estalactita,
y no más que un gran silencio
que rayo ni grito rompían.

Cuando Marta envejeció,
sosegaron horno y cocina;
la casa ganó su sueño,
quedó la escalera supina,
y en adormeciendo Marta,
y pasando de roja a salina,
fue a sentarse acurrucada
en el ángulo de María,
donde con pasmo y silencio
apenas su boca movía...

Hacia María pedía ir
y hacia ella se iba, se iba,
diciendo: ¡María!, solo eso,
y volviendo a decir: ¡María!
Y con tanto fervor llamaba
que sin saberlo ella partía,
soltando la hebra del hálito
que su pecho no defendía.
Ya iba los aires subiendo,
ya “no era” y no lo sabía...

M U J E R D E P R I S I O N E R O

A Victoria Kent

Yo tengo en esa hoguera de ladrillos,
yo tengo al hombre mío prisionero.
Por corredores de filos amargos
y en esta luz sesgada de murciélagos,
tanteando como el buzo por la gruta,
voy caminando hasta que me lo encuentro,
y hallo a mi cebra pintada de burla
en los anillos de su befa envuelto.

Me lo han dejado como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos;
le han esquilado como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.
Pero su ángel custodio anda la celda
y si nunca lo ven es que están ciegos.
Entró con él al hoyo de cisterna;
tomó los grillos como obedeciendo;
se alzó a coger el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El ángel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñedo,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre que dieron.

En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen
de queja y queja los dos prisioneros,
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el ángel dormir al prisionero,
dando y lloviendo olvido imponderable
a puñados de noche y de silencio.
Y yo desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo,
y al fin se abren los muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En lo oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado;
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,
por que el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse le siguen —pajarillos
de perdición— sus grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros
hasta el día de cielo y umbral negro;
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra,

y libre o tanteando en su agujero,
y es bueno, sí, que hablemos de él, sentados
o caminando, y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Y cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe entero a mi nombre y mi rostro
y al cesto ardiendo con que lo festejo.
¡Y puedo, calentando sus rodillas,
contar como David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hábito
y le funda su sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde más, que aceites y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

L A Q U E C A M I N A

Aquel mismo arenal, ella camina
siempre hasta cuando ya duermen los otros;
y aunque para dormir caiga por tierra
ese mismo arenal sueña y camina.

La misma ruta, la que lleva al este
es la que toma aunque la llama el norte,
y aunque la luz del sol le da diez rutas
y se las sabe, camina la Única.

Al pie del mismo espino se detiene
y con el ademán mismo lo toma
y lo sujetta porque es su destino.

La misma arruga de la tierra ardiente
la conduce, la abrasa y la obedece
y cuando cae de soles rendida
la vuelve a alzar para seguir con ella.
Sea que ella la viva o que la muera
en el ciego arenal que todo pierde,
de cuanto tuvo dado por la suerte
esa sola palabra ha recogido
y de ella vive y de la misma muere.

Igual palabra, igual, es la que dice
y es todo lo que tuvo y lo que lleva
y por su sola sílaba de fuego
ella puede vivir hasta que quiera.
Otras palabras aprender no quiso
y la que lleva es su propio sustento
a más sola que va más la repite
pero no se la entienden sus caminos.

¿Cómo, si es tan pequeña la alimenta?
¿Y cómo si es tan breve la sostiene
y cómo si es la misma no la rinde
y a dónde va con ella hasta la muerte?
No le den soledad por que la mude,
ni palabra le den, que no responde.
Ninguna más le dieron, en naciendo,
y como es su gemela no la deja.

¿Por qué la madre no le dio sino esta?
¿Y por qué cuando queda silenciosa
muda no está, que sigue balbuceándola?
Se va quedando sola como un árbol
o como arroyo de nadie sabido,
así marchando entre un fin y un comienzo,
y como sin edad o como en sueño.
Aquellos que la amaron no la encuentran,
el que la vio la cuenta por fábula
y su lengua olvidó todos los nombres
y solo en su oración dice el del Único.

Yo que lauento ignoro su camino
y su semblante de soles quemado,
no sé si la sombrean pino o cedro
ni en qué lengua ella mienta a los extraños.

Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado.
Tanto quiso mudar que ya no es ella,
tantos bosques y ríos se ha cruzado
que al mar la llevan ya para perderla,
y cuando me la pienso, yo la tengo,
y le voy sin descanso recitando
la letanía de todos los nombres
que me aprendí, como ella vagabunda;

pero el ángel oscuro nunca, nunca,
quiso que yo la cruce en los senderos.

Y tanto se la ignoran los caminos
que suelo comprender, con largo llanto,
que ya duerme del sueño fabuloso,
mar sin traición y monte sin repecho,
ni dicha ni dolor, no más olvido.

Quiero ver al hombre del faro,
quiero ir a la peña del risco,
probar en su boca la ola,
ver en sus ojos el abismo.
Yo quiero alcanzar, si vive,
al viejo salobre y salino.

Dicen que solo mira al este,
—emparedado que está vivo—
y quiero, cortando sus olas
que me mire en vez del abismo.

Todo se sabe de la noche
que ahora es mi lecho y camino:
sabe resacas, pulpos, esponjas,
sabe un grito que mata el sentido.

Está escupido de marea
su pecho fiel y con castigo,
está silbado de gaviotas
y tan albo como el herido,
¡y de inmóvil, y mudo y ausente,
ya no parece ni nacido!

Pero voy a la torre del faro,
subiéndome ruta de filos
por el hombre que va a contarme
lo terrestre y lo divino,
y en brazo y brazo le llevo
jarro de leche, sorbo de vino...

Y él sigue escuchando mares
que no aman sino a sí mismos.
Pero tal vez ya nada escuche,
de haber parado en sal y olvido.

Donde estaba su casa sigue
como si no hubiera ardido.
Habla solo la lengua de su alma;
con los que cruzan, ninguna.

Cuando dice “pino de Alepo”
no dice árbol que dice un niño
y cuando dice “regato”
y “espejo de oro”, dice lo mismo.

Cuando llega la noche cuenta
los tizones de su casa
o enderezada su frente
ve erguido su pino de Alepo.
(El día vive por su noche
y la noche por su milagro).

En cada árbol endereza
al que acostaron en tierra
y en el fuego de su pecho
lo calienta, lo enrolla, lo estrecha.

L A H U M I L L A D A

Un pobre amor humillado
arde en la casa que miro.
En el espacio del mundo,
lleno de duros prodigios,
existe y pena este amor,
como ninguno ofendido.

Se cansa cuanto camina,
cuanto alienta, cuanto es vivo,
y no se rinde ese fuego,
de clavos altos y fijos.

Junto con los otros sueños,
el sueño suyo Dios hizo
y ella no quiere dormir
de aquel sueño recibido.

La pobre llama demente
violento arde y no cansino,
sin tener el viento oeste
sin alcanzar el marino,
y arde quieta, arde parada
aunque sea torbellino.

Mejor que caiga su casa
para que ella haga camino
y que marche hasta rodar
en el pastal o en los trigos.

Ella su casa la da
como se entrega un carrizo;
da su canción dolorida,
da su mesa y sus vestidos.

Pero ella no da su pecho
ni el brazo al fuego extendido,
ni la oración que le nace
como un hijo, con vagido,
ni el árbol de azufre y sangre
cada noche más crecido,
¡que ya la alcanza y la lame
tomándola para él mismo!

N A T U R A L E Z A

A M A P O L A D E C A L I F O R N I A

A Eda Ramelli

Llama de la California
que solo un palmo levantas
y en reguero de oro lames
las avenidas de hayas:
contra amapola que llevas
color de miel derramada.

La nonada por prodigo,
unas semanas por dádiva,
y con lo poco que llevas,
igual que el alma, sobrada,
para rendir testimonio
y aupar acción de gracias.

En la palma apenas duras
y recoges, de tomada,
como unos labios sorbidos
tus cuatro palabras rápidas,
cuando te rompen lo erguido
y denso de la alabanza.

Californiana ardentía,
aguda como llamada,
con cuatro soplos de fuego
que das a la ruta pávida
a quien no sabes parar,
ni irte corriendo a su zaga.

Corre la ruta frenética
como la Furia lanzada,
y tú que quieres salvar
te quedas a sus espaldas,
ámbar nutriendo su arena,
sustancia californiana.

Entre altos naranjales
y pomares que se exhalan,
tú no le guiñas al hambre
ni a la sed: no más alabas
con las cuatro lenguas vivas
y la abrasada garganta.

Alabas rasgando el día,
más a la siesta mediada,
y al soslayo de la tarde,
ya con las vistas cegadas,
tus hijos, como los cinco
sentidos, dicen y alaban.

¿Qué eres allí donde eres
y estás alta y arrobada,
y de donde te abajaste
acortando gozo y llama?
¡Qué integra estabas arriba
sin ruta y sin invernada!

¡Pobre gloria tuya y mía
(pobre tu alma, pobre mi alma):
arder sin atizadura
e igual que acicateadas,
en una orilla del mundo,
caídas de nuestra llama!

HALLAZGO DEL PALMAR¹⁹

Me hallé la mancha de palmeras.
Reina tan dulce no me sabía.
A la Minerva del pagano
o a la Virgen se parecían.
Les dieron el mayor cielo
—de verlas tan dignas sería—
Les regalaron los veranos
y ramos de Epifanía;
y les dijeron que alimentasen
al Oriente y la raza mía.

Yo les gozaba, les gozaba
los cogollos de su alegría.
—Denme el agua fina —les dije—
y la miel de mi regalía
y la cuerda que dicen recia
y la cera que llaman pía
(el agua de otro bautismo,
la miel para amargo día,
la cuerda de atar las fieras,
las ceras de mi agonía,
que me puedo morir de noche
y el alto cirio llega al día...).

Yo les hablaba como a madres
y el corazón se me fundía.
Yo me abrazaba a las cuelludas
y las cuelludas me cubrían.

LAGAR

313

¹⁹ Se refiere a la palma de Chile, que produce una miel exquisita.

Las palmeras en el calor
eran géiseres de agua viva;
se mecían sobre mi cuerpo
y con mi alma se mecían.

LA PIEDRA DE PARAIBUNA

Entre hallazgos me encontré
la piedra de Paraibuna.
La moja el primer rocío
y el sol primero la enjuga.
Ella retuesta los quiscos
y retuerce cacto y Yuca.

Parece mi cordillera
abajada, sierva y junta.
Parece Madre Elefanta,
y el regazo que más dura
y la voz que más aúpa.
Parece el haz de una gloria,
y el perdón de nuestras culpas,
y de lo ancha que es, la noche,
a ella no más arrebuja.

Buena para hacer la ofrenda
y alzar de lo alto su aleluya,
para encender una hoguera
u ofrecer desnudo un hijo
o morir dando el espíritu
de muerte aceptada y pura.

Niños blanquean sus faldas;
rey que pasa la saluda;
la hebra de los indios muertos
hasta el alba se la rondan,
y mi desvelo la busca
y la halla, marchando ciego.

M U E R T E D E L M A R

A Doris Dana

Se murió el mar una noche,
de una orilla a la otra orilla;
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran.

Igual que albatros beodo
y que la alimaña huida,
hasta el último horizonte
con diez oleajes corría.

Y cuando el mundo robado
volvió a ver la luz del día,
él era un cuerno cascado
que al grito no respondía.

Los pescadores bajamos
a la costa envilecida,
arrugada y vuelta como
la vulpeja consumida.

El silencio era tan grande
que los pechos oprimía,
y la costa se sobraba
como la campana herida.

Donde él bramaba, hostigado
del Dios que lo combatía,
y replicaba a su Dios
con saltos de ciervo en ira,

y donde mozos y mozas
se daban bocas salinas,
y en trenza de oro danzaban
solo el ruedo de la vida,

quedaron las madreperlas
y las caracolas lívidas,
y las medusas vaciadas
de su amor y de sí mismas.

Quedaban dunas fantasmas
más viudas que la ceniza,
mirando fijas la cuenca
de su cuerpo de alegrías.

Y la niebla, manoseando
plumazones consumidas,
y tanteando albatros muerto,
rondaba como la Antígona.

Mirada huér纺a echaban
acantilados y rías
al cancelado horizonte
que su amor no devolvía.

Y aunque el mar nunca fue nuestro
como cordera tundida,
las mujeres cada noche
por hijo se lo mecían.

Y aunque al sueño él volease
el pulpo y la pesadilla,
y al umbral de nuestras casas
los ahogados escupía,

de no oírle y de no verle
lentamente se moría,
y en nuestras mejillas áridas
sangre y ardor se sumían.

Con tal de verlo saltar
con su alzada de novilla,
jadeando y levantando
medusas y praderías,

con tal de que nos batiese
con sus pechugas salinas,
y nos subiesen las olas
aspadas de maravillas,

pagaríamos rescate
como las tribus vencidas
y daríamos las casas,
y los hijos y las hijas.

Nos jadean los alientos
como al ahogado en mina
y el himno y el peán mueren
sobre nuestras bocas mismas.

Pescadores de ojos fijos
le llamamos todavía,
y lloramos abrazados
a las barcas ofendidas.

Y meciéndolas, meciéndolas,
tal como él se les mecía,
mascamos algas quemadas
vueltos a la lejanía,
o mordemos nuestras manos
igual que esclavos escitas.

Y cogidos de las manos,
cuando la noche es venida,
aullamos viejos y niños
como unas almas perdidas:

“¡Talassa, viejo Talassa,
verdes espaldas huidas,
si fuimos abandonados
llámanos a donde existas,

y si estás muerto, que sople
el viento color de Erinna²⁰
y nos tome y nos arroje
sobre otra costa bendita,
para contarle los golfos
y morir sobre sus islas”.

20 También se escribe Erina, poetisa griega que habría sido contemporánea de la más famosa poeta de Grecia: Safo (N. de los Eds.).

O C O T I L L O

Ocotillo de Arizona
sustentado en el desierto,
huesecillos requemados
crepitando y resistiendo,
tantos gestos aventados
y, uno, y solo, y terco anhelo.

Por sus filos empolvados
sube un caldo de tormento.
En el viento va su lengua
como va el lebrel sediento,
y al remate está el descanso
del ansiar y del jadeo:
¡ocotillo refrescado
de su sangre, no del viento!

Rasa patria, raso polvo,
raso plexo del desierto;
duna y dunas enhebradas,
y hasta Dios, rasos los cielos,
todo arena voladora
y solo él permaneciendo;
toda hierba consumada
y no más su grito entero.

Dice “¡no!” la vieja arena
y el blanquear del castor muerto,
y el anillo de horizonte
dice “¡no!” a su prisionero,
y Dios dice “¡sí!” tan solo
por el ocotillo ardiendo.

¿A quién manda su palabra
que parece juramento?
¿A quién clama lo que pide
que será su refrigerio?
¿A quién llama todavía,
insistente como el eco?
Al nacer, ¿a quién llamó?
¿Y a quién mira y ve en muriendo?

Cuando para y cae rota
la borrasca, y no hay senderos,
voy andando, voy llegando
a su magullado cuerpo,
y lo oscuro y lo ofendido
yo le enjugo y enderezo
—como a aquel que me troncharon—
con la esponja de mi cuerpo,
y mi palma lo repasa
en sus miembros que son fuego.

P A L M A S D E C U B A

Isla Caribe y Siboney,
tallo de aire, peana de arena,
como tortuga palmoteada,
de conjunciones de palmeras,
clara en los turnos de la caña,
sombría en discos de la ceiba.

Palmas reales doncelleando
a medio cielo y a media tierra,
por el ciclón arrebatadas
y suspendidas y devueltas.

Corren del este hacia el oeste.
Por piadosas siempre regresan.
El cielo habla a Siboney
por el cuello de las palmeras
y contesta la Siboney
con avalancha de palmeras.

Si no las hallo quedo huérfana;
si no las gozo estoy aceda.
Duermo mi siesta azuleada
de un largo vuelo de cigüeñas,
y despierto si me despiertan
con su silbo de tantas flechas.

Los palmares de Siboney
me buscan, me toman, me llevan.
La palma columpia mi aliento;
de palmas llevo marcha lenta.
Tránsito y vuelo de palmeras,

éxtasis lento de la tierra.
Y en el sol acre, pasan, pasan,
y yo también pasé con ellas.
Y me llevan sus escuadrones
como es que lleva la marea,
y me llevan ebria de viento
con las potencias como ebrias...

CANCIÓN DEL MAIZAL

I

El maizal canta en el viento
verde, verde de esperanza.
Ha crecido en treinta días:
su rumor es alabanza.

Llega, llega al horizonte,
sobre la meseta afable,
y en el viento ríe entero
con su risa innumerable.

II

El maizal gime en el viento
para trojes ya maduro;
se quemaron sus cabellos
y se abrió su estuche duro.

Y su pobre manto seco
se le llena de gemidos:
el maizal gime en el viento
con su manto desceñido.

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
diez semanas en los tallos
bien prendidas que se mecen.

Tienen un vellito de oro
como de recién nacido
y unas hojas maternales
que les celan el rocío.

Y debajo de la vaina,
como niños escondidos,
con sus dos mil dientes de oro
ríen, ríen sin sentido...

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
en las cañas maternales
bien prendidas que se mecen.

Él descansa en cada troje
con silencio de dormido;
va soñando, va soñando
un maizal recién nacido.

En la llanura del Guayas
la ceiba se quedó muerta.
¿Cómo es que ella se moría
y si murió, cómo reina?

Más noble está que de viva,
y más alta en su despojo,
y aun verídica sigue
librada de toda mengua.

El viento que pasa no sabe.
La mira y no entiende la tierra,
y no acaba de morir
para que su cuerpo extiendan.

La larva y la sabandija
tardan en subir por ella
y la esperan en dos ríos
hormigas rubias y negras.

Murió sin hacha ni rayo
sin resuello de sequía,
murió de haber horizonte
raso de sus compañeras.

Llano y cielo no me ayudan
a acostarla en rojas gredas
con el rocío en su espalda
y el Zodíaco en sus guedejas.

Parada junto a mi madre
antes que las hachas lleguen,
mascullando un santo salmo,
tengo que entregarla al fuego.

Al fuego rojo, al azul,
al amor llamado hoguera
que sube al Padre y la pone
sobre su Segunda Tierra.

E S P I G A U R U G U A Y A

Al filo del sol de enero
está granando la espiga;
ojos cerrados, dedos juntos
y la pestaña en neblina.

Tan violenta va granando
que bien se la escucharía
con que yo abaje mi mano
o le allegue mi mejilla.

Dura se hace en diez semanas
como el cobre de la mina,
la que volaba en un vaho
y en la luz no se veía.

Al granar impetuoso
no le teme, de ser niña;
pero a mí toda me azora
esta explosión de la espiga.

La muerte puede quebrarla
ahora, con seca encía
que desgranada ya vuela
libre de muerte, la espiga.

S O N E T O S D E L A P O D A

I

P O D A D E R O S A L

En el rosal, zarpado y poderoso
como Holofernes vegetal, entraron
mis pulsos del acero iluminados
a herir con seco golpe numeroso.

Yacen bajo el rosal sus dolorosos
miembros como algas de la marejada
y entra la luz en madre alborotada
por las ramas abiertas y dichosas.

Tiene, como Roldán, setenta heridas
el rosal mío y se las seca el viento,
pero quedan mis manos, del violento,
como por lengua de león lamidas...

Caen y restan en la maravilla
de un descanso perfecto abandonadas
y grito al ver las dos ensangrentadas
salamandras que tengo en las rodillas...

P O D A D E A L M E N D R O

Podo el menudo almendro contra el cielo
 con una mano pura y acendrada,
 como se palpa la mejilla amada
 con el semblante alzado del anhelo.

Como creo la estrofa verdadera
 en que dejo correr mi sangre viva,
 pongo mi corazón a que reciba
 la sangre inmensa de la primavera.

Mi pecho da al almendro su latido
 y el tronco oye, en su médula escondido,
 mi corazón como un cincel profundo.

Todos los que me amaban me han perdido,
 y es mi pecho, en almendro sostenido,
 la sola entrega que yo doy al mundo...

H I J O D E Á R B O L

El árbol invernal se estampa sobre
 el cielo azul, como el perfil de Erasmo
 de Rotterdam, absorto por el pasmo
 de su dureza y su enjutez de cobre.

Más noble así que si estuviera vivo
de frondazón sensual, con su severa
forma que aguarda a la ancha primavera
en su perfil de Erasmo pensativo.

Más yo lo podo con amargo brío
por darle gesto como a un hijo mío
hasta que se me vuelva criatura.

Y al cielo que bosteza de su hastío,
y al paisaje sin calofrío,
lo entrego como norma de amargura.

En el fondo de la huerta
 mana una vertiente viva,
 ciega de largos cabellos
 y sin espumas herida
 que de abajada no llama
 y no se crece de fina.

De la concha de mis manos
 resbala, oscura y huida.
 Por lo bajo que rebrota
 se la bebe de rodillas,
 y yo le llevo tan solo
 las sedes que más se inclinan:
 la sed de las pobres bestias,
 la de los niños, la mía.

En la luz ella no estaba
 y en la noche no se oía,
 pero desde que la hallamos
 la oímos hasta dormidas,
 porque desde ella se viene
 como punzada divina,
 o como segunda sangre
 que el pecho no se sabía.

Era ella quien mojaba
 los ojos de las novillas.
 En la oleada de alhucemas
 ella iba y venía,
 y hablaba igual que mi habla
 que los pastos calofría.

No vino a saltos de liebre
bajando la serranía.
Subió cortando carbunclos,
mordiendo las cales frías.
La vieja tierra nocturna
le rebanaba la huida;
pero llegó a su querencia
con más viaje que Tobías...

(Al que manó solo una
noche en el huerto de olivas
no lo miraron los troncos
ni la noche enceguecida,
y no le oyeron la sangre,
de abajada que corría.

Pero nosotras que vimos
esta agua de la acedía
que nos amó sin sabernos
y caminó dos mil días;
¿cómo ahora la dejamos
en la noche desvalida?
¿Y cómo dormir lo mismo
que cuando ella no se oía?).

N O C T U R N O S

I

Mi madre era pequeñita
como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la tierra la quería
por sentírsela ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.

Los niños se la querían,
y los viejos y la hierba;
y la luz que ama la gracia,
y la busca y la corteja.

A causa de ella será
este amar lo que no se alza,
lo que sin rumor camina
y silenciosamente habla:
las hierbas aparragadas
y el espíritu del agua.

¿A quién se la estoy contando
desde la tierra extranjera?
A las mañanas la digo
para que se le parezcan:
y en mi ruta interminable
voy contándola a la tierra.

Y cuando es que viene y llega
una voz que lejos canta,
perdidamente la sigo,
y camino sin hallarla.

¿Por qué la llevaron tan
lejos que no se la alcanza?
Y si me acudía siempre,
¿por qué no responde y baja?

¿Quién lleva su forma ahora
para salir a encontrarla?
Tan lejos camina ella que
su aguda voz no alcanza.
Mis días los apresuro
como quien oye llamada.

II

Esta noche que está llena
de ti, solo a ti entregada,
aunque estés sin tiempo tómala,
siéntela, óyela, alcánzala.
Del día que acaba queda
nada más que espera y ansia.

Algo viene de muy lejos,
algo acude, algo adelanta;
sin forma ni rumor viene,
pero de llegar no acaba.
Y aunque viene así de recta,
¿por qué camina y no alcanza?

Eres tú la que camina,
en lo leve y en lo cauta.
Llega, llega, llega al fin,
la más fiel y más amada.
¿Qué te falta donde moras?
¿Es tu río, es tu montaña?
¿O soy yo misma la que
sin entender se retarda?

No me retiene la tierra
ni el mar que como tú canta;
no me sujetan auroras
ni crepúsculos que fallan.

Estoy sola con la noche,
la Osa Mayor, la Balanza,
por creer que en esta paz
puede viajar tu palabra
y romperla mi respiro,
y mi grito ahuyentarla.

Vienes, madre, vienes, llegas,
también así, no llamada.
Acepta el volver a ver
y oír la noche olvidada
en la cual quedamos huérfanos
y sin rumbo y sin mirada.

Padece pedrusco, escarcha,
y espumas alborotadas.
Por amor a tu hija acepta
oír búho y marejada,

pero no hagas el retorno
sin llevarme a tu morada.

IV

Así, allega, dame el rostro,
y una palabra siseada.
Y si no me llevas, dura
en esta noche. No partas,
que aunque tú no me respondas
todo esta noche es palabra:
rostro, siseo, silencio
y el hervir la Vía Láctea.

Así... así... más todavía.
Dura, que no ha amanecido.
Tampoco es noche cerrada.
Es adelgazarse el tiempo
y ser las dos igualadas,
y volverse la quietud
tránsito lento a la patria.

V

Será esto, madre, di,
la eternidad arribada,
el acabarse los días
y ser el siglo nonada,
y entre un vivir y un morir
no desear, de lo asombradas.
¿A qué más si nos tenemos
ni tardías ni mudadas?

¿Cómo esto fue, cómo vino,
cómo es que dura y no pasa?
No lo quiero demandar;
voy entendiendo, azorada,
con lloro y con balbuceo,
y se funden las palabras
que me diste y que me dieron
en una sola y ferviente:
“¡Gracias, gracias, gracias, gracias!”.

C A N T O Q U E A M A B A S

Yo canto lo que tú amabas, vida mía,
por si te acercas y escuchas, vida mía,
por si te acuerdas del mundo que viviste
al atardecer yo canto, sombra mía.

Yo no quiero enmudecer, vida mía,
¿cómo sin mi grito fiel me hallarías?
¿Cuál señal, cuál me declara, vida mía?

Soy la misma que fue tuya, vida mía.
Ni lenta ni trascordada, ni perdida.
Acude al anochecer, vida mía;
ven recordando un canto, vida mía,
si la canción reconoces de aprendida
y si mi nombre recuerdas todavía.

Te espero sin plazo y sin tiempo.
No temas noche, neblina ni aguacero.
Ven igual con sendero o sin sendero.
Llámame a dónde eres, alma mía,
y marcha recto hacia mí, compañero.

O F I C I O S

A Ciro Alegría

En el valle de mis infancias
en los Anáhuac y en las Provenzas,
con gestos duros y brillos dulces,
me miraron las herramientas
por que sus muecas entendiese
y el cuchicheo les oyera.

En montones como los hombres
encuclillados que conversan,
sordas de lodo, sonando arenas,
amodorradas pero despiertas,
resbalan, caen y se enderezan,
unas mirando y otras ciegas.

Revueltas con los aperos,
trabados los pies de hierbas
trascienden a naranjo herido
o al respiro de la menta.
Cuando mozas brillan de ardores
y rotas son madres muertas.

Pasando ranchos de noche
topé con la parva de ellas
y las azoró mi risa
como un eco de aguas sueltas.
Echadas de bruces, sueñan

sus frías espaldas negras
o echadas como mujeres
lucen a la luna llena.

Topándome en la mejilla
afilada, las horquetas,
y un rastrillo masticando
toda la pradera muerta,
las unas bailan de mozas,
las otras sueñan de viejas,
torcidas, rectas, bruñidas,
enmudecido coro: herramientas.

Persigno mis pies errantes
ajetreados como ellas
y con la azada más pura,
por que descansen y duerman
voy persignando mi pecho
y el alma que lo gobierna.

Toque a toque la azada viva
me mira y recorre entera,
y le digo que me dé,
al caer, la última tierra;
y con ternura de hermana
yo la suelto, ella me deja:
azul tendal, adormecido,
hermosura callada: herramientas.

M A N O S D E O B R E R O S

Duras manos parecidas
a moluscos o alimañas;
color de humus o sollamadas
con un sollamo de salamandra,
y tremendamente hermosas
se alcen frescas o caigan cansadas.

Amasa que amasa los barros,
tumba y tumba la piedra ácida
revueltas con nudos de cáñamo
o en algodones avergonzadas,
miradas ni vistas de nadie,
solo de la tierra mágica.

Parecidas a sus combos
o a sus picos, nunca a su alma;
a veces en ruedas locas,
como el lagarto rebanadas,
y después, árbol adámico
viudo de sus ramas altas.

Las oigo correr telares;
en hornos las miro abrasadas.
El yunque las deja entreabiertas
y el chorro de trigo apuñadas.
Las he visto en bocaminas
y en canteras azuladas.
Remaron por mí en los barcos,
mordiendo las olas malas,
y mi huesa la harán justa
aunque no vieron mi espalda...

A cada verano tejen
linos frescos como el agua.
Después encardan y peinan
el algodón y la lana,
y en las ropas de los niños
y de los héroes, cantan.

Todas duermen de materias
y señales garabateadas.
Padre Zodíaco las toca
con el Toro y la Balanza.
¡Y cómo, dormidas, siguen
cavando o moliendo caña,
Jesucristo las toma y retiene
entre las suyas hasta el alba!

R E L I G I O S A S

*Bendícenos, el Padre,
el tendal del almuerzo.*

Bendice el mediodía
blanco como el cordero
que a los dispersos trae
y va sentando en ruedo.

La gracia de la hora
dibuja el cerco
en mandando su rayo
preciso y recto,
¡y se dora la tierra
de hombres y de alimentos!

Bendícenos la mesa,
hija de siete huertos
y de un trigal dorado
y un herbazal al viento.

Bendícenos la jarra
que abaja el cuello fresco,
la fruta embelesada,
la mazorca riendo
y el café de ojo oscuro
que está empinado, viéndonos.

Las grecas de los cuerpos
bendígalas su Dueño;
ahora el brazo en alto,
ahora el pecho,

y la mano de siembras,
y la mano de riegos.

Si acaso somos dignos
de sentir, Padre Nuestro,
que pasas y repasas
la parva de alimentos.

Y si yantan en torno
boyadas y boyeros,
y ya bebió el cabrito
y el pájaro sediento.

Al mediodía, Padre,
en el azul acérximo,
¡qué íntegro tu pecho,
qué redondo tu reino!

EL REGRESO

Desnudos volveremos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volveremos al abra
cuya luz nos muestra desnudos:
y la patria del arribo
nos mira fija y asombrada.

Pero nunca fuimos soldados
del coro de las potencias
y de las dominaciones,
y nombre nunca tuvimos,
pues los nombres son del Único.

Soñamos madres y hermanos,
rueda de noches y días,
y jamás abandonamos
aquej día sin soslayo.
Creímos cantar, rendirnos
y después seguir el canto;
pero tan solo ha existido
este himno sin relajo.

Y nunca fuimos soldados,
ni maestros ni aprendices,
pues vagamente supimos
que jugábamos al tiempo
siendo hijos de lo eterno.
Y nunca esta patria dejamos,
y lo demás, sueños han sido,

juegos de niños en patio inmenso:
fiestas, luchas, amores, lutos.

Y la muerte fue mentira
que la boca silabeaba;
muertes en lechos o caminos,
en los mares o en las costas;
pequeñas muertes en que cerrábamos
ojos que nunca se cerraron.

Dormidos hicimos rutas
y a ninguna parte arribábamos,
y al ángel guardián rendimos
con partidas y regresos.

Y los ángeles reían
nuestros dolores y nuestras dichas
y nuestras búsquedas y hallazgos
y nuestros pobres duelos y triunfos.

Caíamos y levantábamos,
cocida la cara de llanto,
y lo reído y lo llorado,
y las rutas y los senderos,
y las partidas y los regresos,
las hacían con nosotros,
el costado en el costado.

Mandaban y obedecíamos
con rostro iracundo o dichoso,
y el arribo no llegaba
y unas dichas casquianas
si asomaban, no descendían.

Y los oficios jadeados
nunca, nunca los aprendíamos:
el cantar, cuando era el canto,
en la garganta roto nacía.

Y solo en el sueño profundo
como en piedra santa dormíamos
y algo soñábamos que entendíamos
para olvidarlo al otro día...
Y recitábamos Padrenuestros
a los ángeles que sonreían.

De la jornada a la jornada
jugando a la huerta, a ronda, o canto,
al oficio sin maestro,
a la marcha sin camino,
y a los nombres sin las cosas
y a la partida sin el arribo
fuimos niños, fuimos niños,
inconstantes y desvariados.

Y baldíos regresamos,
¡tan rendidos y sin logro!,
balbuceando nombres de “patrias”
a las que nunca arribamos.
Y nos llamaban forasteros,
¡y nunca hijos, y nunca hijas!

LÁMPARA DE CATEDRAL

A Jacques y Raïssa Maritain

La alta lámpara, la amante lámpara,
tantea el pozo de la nave
en unos buceos de ansia.
Quiere coger la tiniebla
y la tiniebla se adensa,
retrocede y se le hurta.

Parece el ave cazada
a la mitad de su vuelo
y a la que atrapó una llama
que no la quema ni suelta,
ni le consiente que vaya
sorteando las columnas,
rasando los capiteles,

Corazón de catedral,
ni enclavado ni soltado,
grave o ligero de aceite,
brazo ganoso o vencido,
solo válido si alcanza
el flanco hendido de Cristo,
el ángulo de su boca.

La sustenta un pardo aceite
que cuando ya va a acabarse,
para que ella al fin descanse,
alguien sube, alguien provee
y le devuelve todos sus ojos.

Vengo a ver cuando es de día
a la que no tiene día,
y de noche otra vez vengo
a la que no tiene noche.
¡Y cuando caigo a sus pies,
citas son, llantos, siseos,
su llamada de lo alto
mi fracaso en unas losas!

Caigo a sus pies y la pierdo,
y corriendo al otro ángulo
de la nave, por fin logro
sus sangrientos lagrimales.
Entonces, loca, la rondo,
y me da al pecho y me inunda
su lampo de aceite y sangre.

Vendría de hogar saqueado
y con las ropas ardiendo,
como yo, y ha rebanado
pies, y memoria, y regresos.
Tambaleando en humareda,
ebria de dolor y amor,
desollada danzaría
hasta que ya fue aupada.

Desde el hondón de la nave
oigo al Cristo prisionero,
que le dice: "Resta, dura".
"Ni te duelas ni te rindas,
y ningún relevo esperes".

Ni ella ni Él tienen sueño,
tampoco muerte ni paraíso.

N O E L I N D I O

A Gilda Pendola

—Madre sin aguinaldo
ni grande ni menudo,
soñando a medianoche,
doy mi niño desnudo.

En aire de los Andes
y en el rastrojo crudo,
mi único don voy dando
a mi niño desnudo.

No hay viento de la puna
que silbe tan agudo,
como silba llamándote
él tu niño desnudo.

Mi Dios ve toda carne,
y a mi Señor ayudo
dándole en noche santa
a mi niño desnudo.

P I N O S D E N A V I D A D

A la medianoche justa
en llegando el Bienvenido
los que se durmieron hombres
se van despertando pinos.

Los gigantes son nonada,
los fuertes son temblorcillo,
y la tierra sube y sube
por los brazos de los pinos...

Los bultos de gladiadores,
de almirantes y caudillos
serían escamoteados
que esta noche manda un Niño...

Pesaban los animales,
las montañas y los ríos;
pero ahora pesa el mundo
lo que la aguja del pino.

El aire no huele a fruto
a flor, ni a viento marino.
Huele a renuevo de un día,
al Dios Chiquito, al Dios Niño.

De ramos verdea el mundo
porque está bajando un pino,
rompe el aire, da en la tierra
y posa el pie a lo divino!

ESTRELLA DE NAVIDAD

La niña que va corriendo
atrapó y lleva una estrella.
Va que vuela y va doblando
matas y bestias que encuentra.

Ya se le queman las manos
se cansa, trastabillea,
tropieza, cae de bruces,
y con ella se endereza...

No se le queman las manos,
ni se le rompe la estrella
aunque ardan desde la cara
brazos, pecho, cabellera.

Llamea hasta la cintura,
la gritan y no la suelta,
manotea sancochada,
pero no suelta la estrella.

—Como que la va sembrando,
que la zumba y la volea.
Como que se le deshace
y se queda sin estrella.

No fue que cayó, no fue.
Era que quedó sin ella
y es que ya corre sin cuerpo,
trocada y vuelta centella.

Como que el camino enciende
y que nos arden las trenzas
y todos la recibimos
porque arde toda la tierra.

M E M O R I A D E L A G R A C I A

Al reverendo Gabriel Méndez Plancarte

Cincuenta años caminando
detrás de la Gracia,
gracia de las dos Marías,
y de las dos Ana.

Cosa mejor que las albas,
y el golpe de ráfaga,
cayendo al pecho lo mismo
que niña azorada,
y el instante diciendo ¡gracias!,
y el asombro diciendo ¡gracias!

Me pasó por el costado
en niebla fugada;
en la piedra aguamarina
me echó la mirada.
La sospecho en rama
sin aire columpiada,
y su iris hecho y deshecho
de las cataratas.

Conozco a la fugitiva
por aire y espaldas,
el volar de sus cabellos
y la señá rápida;
y el juego que va jugando
de niña trocada;

y con diez nombres la llamo
por si uno la alcanza.

Dura lo que el parpadeo
o el habla siseada.
Me la gano de camino,
la pierdo, arribada,
o me suelto de ella cuando
ya iba a ser salva,
y sigo por soledades
de Ismael sin patria.

En otra parte yo fui
de ella amamantada.
Rondas trenzaron conmigo
sus manos de agua.
O la seguía lo mismo
que oveja cebada,
o me caía en el sueño
como ave cazada...

La miraba de hito en hito
y ella me miraba.
No había hora futura
ni hora pasada
y a nudo de madre e hija
eso se igualaba.

Tal vez se rompió en el mundo
primero la Gracia
y ahora cuesta jadeo
y sangre ganarla.
Mas sin ella me reseco
de rostro y entrañas,

y me vuelvo la cal muerta,
la fruta pisada.

II

Pero a veces tres cruzamos
los campos llamándola,
desde que cae la noche
al rasgón del alba.
Nuestra carrera conturba
a las desveladas
y se llenan de memoria
las desmemoriadas.

Como quien suelta a una isla
de noche, las barcas,
por que de ella no se olviden
en mesa ni almohada,
yo le nombro a las dormidas
la madre olvidada.
Una noche hablan la lengua
que con ella hablaban;
pero en despertando vuelven
a ser trascordadas.

PROCESIÓN INDIA

Rosa de Lima, hija de Cristo
y Domingo el Misionero,
que sazonas a la América
con sazón que da tu cuerpo:
vamos en tu procesión
con gran ruta y grandes sedes,
y con el nombre de “Siempre”,
y con el signo de “Lejos”.

Y caminamos cargando
con fatiga y sin lamento
unas bayas que son veras
y unas frutas que son cuento:
el mamey, la granadilla,
la pitahaya, el higo denso.

Va la vieja procesión,
en anguila que es de fuego,
por los filos de los Andes
vivos, santos y tremendos,
llevando alpaca y vicuña
y callados llamas lentos,
para que tú nos bendigas
hijos, bestias y alimentos.

Polvo da la procesión
y ninguno marcha ciego,
pues el polvo se parece
a la niebla de tu aliento
y tu luz sobre los belfos
da zodíacos ardiendo.

De la sierra embalsamada
cosas puras te traemos:
y pasamos voleando
árbol quina y árbol cedro,
y las gomas con virtudes
y las hierbas con misterios.

Santa Rosa de la puna
y del alto ventisquero:
te llevamos nuestras marchas
en collares que hace el tiempo;
las escarchas que da junio,
los rescoldos que da enero.
De las puertas arrancamos
a los mozos y a los viejos
y en la cobra de la sombra
te llevamos a los muertos.

Abre, Rosa, abre los brazos,
alza tus ojos y venos.
Llama aldeas y provincias;
haz en ellas el recuento,
¡y se vean las regiones
extendidas en tu pecho!

El anillo de la marcha
nunca, madre, romperemos
en el aire de la América
ni en el abra de lo eterno.
Al dormir tu procesión
continúe en nuestro sueño
y al morirnos la sigamos
por los Andes de los cielos.

PATRÓN DE TELARES

Patrón de tejedores,
telar redondo:
a los talleres llegas
como un “Dios loco”.

Tocas tu brazo,
alzas los torsos,
¡y el Tejedor no quiere
ningún reposo!

Pedales, lanzaderas,
corren ansiosos.
Los pulsos arden
como jarros en horno.

Algodones y lanas
lamen tu rostro,
y las devanadoras
apurán copos...

Dueño de los Telares,
brazo operoso:
no nos cansemos
como ruedas de tornos.

¡No te faltemos
hasta el último soplo,
la sien desmoronada
y el telar roto!

R O N D A S

*La ronda de la Argentina
en el trópico aparece
y bajando por los ríos
con sus mismos ríos crece.
Pasa, pasa los plantíos
y en helechos se atardece.
*Caminamos con el día,
seguimos cuando anocchece.**

Dejando Mesopotamia
como que desaparece,
porque el anillo se rompe
con la fuerza de las mieles.
*Siete veces se nos rompe
y se junta siete veces.*

En la pampa va cruzando
la grosura de las reses
y la ronda blanca parte
negruras y bermejeces.
*Y con el viento pampero
a más canta más se crece.*

Llegando a la Patagonia,
de avestruces emblanquece,
y pescamos en las islas
los que son últimos peces.
*La ronda de la Argentina
que en el trópico aparece.
Y la ronda da la vuelta
donde el mundo desfallece...*

En el blanco mar Antártico
prueba el mar hasta las heces,
y en un giro da la vuelta
donde el mundo desfallece,
la ronda de la Argentina
que en el trópico aparece.

D U E R M E , D U E R M E , N I Ñ O C R I S T I A N O

Duerme, duerme,
niño cristiano.
Pasó el día
como el vilano,
ebrio de luz
y canto llano,
y el adamita
no vivió en vano.

Duerme, duerme,
niño gitano,
que cruzaste
montaña y llano.
La dulce noche
no toma en vano
la Conca d'Oro
entre sus manos.

Duerme oprimiendo
en mano y mano
tu isla dorada,
niño italiano.

Duerme escuchando
rumor lejano
de ángel y arcángel,
niño cristiano.

Duerme celado
de los humanos
y recobrado
de lo arcano.

Sueña lo alto
y lo lejano.
Duerme lo mismo
que trigo en grano,
ciego y mecido
por lenta mano.
Duerme tu mar,
niño cristiano.

R O N D A D E L O S A R O M A S

Albahaca del cielo
malva de olor,
salvia dedos azules,
anís desvariador.

Bailan atarantados
a la luna o al sol,
volando cabezuelas,
talles y color.

Las zamarrea el viento,
las abre el calor,
las palmotea el río,
las aviva el tambor.

Cuando es que las mandaron
a ser matas de olor,
todas dirían “¡sí!”
y gritarían “¡yo!”.

La menta va al casorio
del brazo del cedrón
y atrapa la vainilla
al clavito de olor.

Bailemos a los locos
y locas del olor.
Cinco semanas, cinco,
les dura el esplendor.
¡Y no mueren de muerte
que se mueren de amor!

R O N D A C U B A N A

Caminando de este a oeste
con su arrastre de metales,
hacen la ronda de espadas
doce mil palmeras reales.

Se desparraman en grupos
como estrellas o animales;
y de nuevo se rehace
la ronda de palmas reales...

Entre cafés y algodones,
y entre los cañaverales,
avanza abriéndose paso
la ronda de palmas reales...

Saltan con una pernada
maniguas y platanales,
y de noche van sonámbulas
andando, las palmas reales...

Cuando, de loca frenética,
suelta las cofias y chales,
se da a bailar con nosotros
la ronda de palmas reales...

Pero ahora, de ligeras,
no llevan cuerpos mortales
y se pierde rumbo al cielo,
la ronda de palmas reales.

R O N D A D E L F U E G O

A Gabriel Tomic

Flor eterna de cien hojas,
fucsia llena de denuedo,
flor en tierra no sembrada
que mentamos “flor del fuego”.

*Esta roja flor la dan
en la noche de San Juan.*

Flor que corre como el gamo,
con la lengua sin jadeo,
flor que se abre con la noche,
repentina flor del fuego.

*Esta flor es la que dan
en la noche de San Juan.*

Flor en tierra no sembrada,
flor sin árbol, flor sin riego,
el tu amor está en la tierra
y el tu tallo está en los cielos.

*Esta flor cortan y dan
en la noche de San Juan.*

Flor que sueltan leñadores
contra bestia y contra miedo;
flor que mata los fantasmas,
¡voladora flor del fuego!

*¡Esta roja flor la dan
en la noche de San Juan!*

Yo te enciendo, tú me llevas;
yo te celo y te mantengo.
Cuánto amor que nos tuviste,
¡flor caída, flor del fuego!

*Esta flor cortan y dan
en la noche de San Juan.*

V A G A B U N D A J E

Entre los gestos del mundo
recibí el que dan las puertas.
En la luz yo las he visto
o selladas o entreabiertas
y volviendo sus espaldas
del color de la vulpeja.
¿Por qué fue que las hicimos
para ser sus prisioneras?

Del gran fruto de la casa
son la cáscara avarienta.
El fuego amigo que gozan
a la ruta no lo prestan.
Canto que adentro cantamos
lo sofocan sus maderas
y a su dicha no convidan
como la granada abierta:
¡Sibilas llenas de polvo,
nunca mozas, nacidas viejas!

Parecen tristes moluscos
sin marea y sin arenas.
Parecen, en lo ceñudo,
la nube de la tormenta.
A las sayas verticales
de la muerte se asemejan
y yo las abro y las paso
como la caña que tiembla.

“¡No!”, dicen a las mañanas,
aunque las bañen, las tiernas.
Dicen “¡no!” al viento marino
que en su frente palmotea
y al olor de pinos nuevos
que se viene por la sierra.
Y lo mismo que Cassandra,
no salvan aunque bien sepan:
porque mi duro destino
él también pasó mi puerta.

Cuando golpeo me turban
igual que la vez primera.
El seco dintel da luces
como la espada despierta
y los batientes se avivan
en escapadas gacelas.
Entro como quien levanta
pañó de cara encubierta,
sin saber lo que me tiene
mi casa de angosta almendra
y pregunto si me aguarda
mi salvación o mi pérdida.

Ya quiero irme y dejar
el sobrehaz de la tierra,
el horizonte que acaba
como un ciervo, de tristeza,
y las puertas de los hombres
selladas como cisternas.
Por no voltear en la mano
sus llaves de anguilas muertas
y no oírles más el crótalo
que me sigue la carrera.

Voy a cruzar sin gemido
la última vez por ellas
y a alejarme tan gloriosa
como la esclava liberta,
siguiendo el cardumen vivo
de mis muertos que me llevan.
No estarán allá rayados
por cubo y cubo de puertas
ni ofendidos por sus muros
como el herido en sus vendas.

Vendrán a mí sin embozo,
oreados de luz eterna.
Cantaremos a mitad
de los cielos y la tierra.
Con el canto apasionado
heriremos puerta y puerta,
y saldrán de ellas los hombres
como niños que despiertan
al oír que se descuajan
y que van cayendo muertas.

ADIOS

Adiós la tierra de dos años,
dorada como epifanía,
dulce de andar, dulce de ver
y de tomar la vida mía.
De ti me voy, también me voy
aunque restar bien me creía.

Adiós la tierra de cinco años,
Provenza sin melancolía,
alegre del claro aceite,
de felibres y romerías,

aunque te quiero sol y viento,
y como joya me bruñías,
tu padre río ya lo dejo
aunque su silbo ya fuese mío.

Liguria matrona y doncella
donde tan dulce se dormía,
donde tan dulce se marchaba,
y sin acidia se vivía:
también me voy, también de ti
aunque fui tuya y eras mía.

D E S P E D I D A

Ahora son los adioses
que por un golpe de viento
se allegan o parten;
así son todas las dichas.
Si Dios quiere vuelvo un día
de nuevo la cara
y no regreso si los rostros
que busco me faltan.

Así somos como son
cimbreando las palmas,
apenas las junta el gozo
y ya se separan.

Gracias del pan, de la sal
y de la pitahaya,
del lecho que olía a mentas
y la noche “hablada”.
La garganta más no dice
por acuchillada;
no ven la puerta los ojos
cegados de lágrimas.

E M I G R A D A J U D Í A

Voy más lejos que el viento oeste
y el petrel de tempestad.
Paro, interrogo, camino,
¡y no duermo por caminar!
Me rebanaron la tierra
solo me han dejado el mar.

Se quedaron en la aldea
casa, costumbre, y dios lar.
Pasan tilos, carrizales
y el Rhin que me enseñó a hablar.
No llevo al pecho las mentas
cuyo olor me haga llorar.
Tan solo llevo mi aliento
y mi sangre y mi ansiedad.

Una soy a mis espaldas,
otra volteada al mar:
mi nuca hierva de adioses
y mi pecho de ansiedad.

Ya el torrente de mi aldea
no da mi nombre al rodar
y en tierra y aire me borro
como huella en arenal.

A cada trecho de ruta
voy perdiendo mi caudal:
una oleada de resinas,
una torre, un robledal.

Suelta mi mano sus gestos
de hacer la sidra y el pan,
¡y aventada mi memoria
llegaré desnuda al mar!

A Emma y a Daniel Cosío Villegas

*Hay dos puntos en la tierra
son Montegrande y el Mayab.²¹
Como sus brocales arden
se les tiene que encontrar.*

Hay dos estrellas caídas
a espinales y arenal;
nos las contaron por muertas
en cada piedra de umbral.
El canto que les ardía
nunca dejó de llamar,
y a más andamos, más crecen
como el padre Aldebarán.

Hay dos puntos cardinales:
son Montegrande y el Mayab.
Aunque los ciegue la noche,
¿quién los puede aniquilar?,
y los dos alciones vuelan
vuelo de flecha real.

Hay dos espaldas en duelo
que un calor secreto dan,

²¹ Montegrande, aldea del valle de Elqui (Chile).
Mayab, nombre indígena de la península de Yucatán (México).

grandes cervices nocturnas
tercas de fidelidad.
Las dos volvieron el rostro
para no mirar a Cam,
pero en oyendo sus nombres
las dos vuelven por salvar.

No son mirajes de arenas;
son madres en soledad.
Dieron el flanco y la leche,
y se oyeron renegar.
Pero por si regresásemos
nos dejaron en señal
los pies blancos de la ceiba
y el rescoldo del faisán.

Vamos, al fin, caminando
¡Monte grande y el Mayab!
Cuesta repechar el valle
oyendo burlas del mar.
Pero a más andamos, menos
se vuelve la vista atrás.
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar.

Piedras del viejo regazo,
jades que ya van a hablar,
leños al soltar la llama
en mi aldea y el Mayab:
solo estamos a dos marchas
y aientos de donde estáis.

Ya podéis secar el llanto
y salirnos a encontrar,
quemar las cañas del tiempo
y seguir la eternidad.

T I E M P O

A M A N E C E R

Hincho mi corazón para que entre
como cascada ardiente el universo.
El nuevo día llega y su llegada
me deja sin aliento.
Canto como la gruta que es colmada,
canto mi día nuevo.

Por la gracia perdida y recobrada
humilde soy sin dar y recibiendo
hasta que la Gorgona de la noche
va, derrotada, huyendo.

M A Ñ A N A

Es ella devuelta, es ella devuelta.
Cada mañana la misma y otra.
Que lo esperado ayer y siempre
ha de llegar esta mañana.

Mañanas de manos vacías,
que prometieron y defraudaron.
Mirar abrirse otra mañana
saltar como el ciervo del este
despierta, feliz y nueva,
vívida, alácrita y rica de obras.

Alce el hermano la cabeza
caída al pecho y recíbala.
Sea digno de la que salta
y como alción se lanza y sube,
alción dorado que baja cantando:
¡Aleluya, aleluya, aleluya!

A T A R D E C E R

Siento mi corazón en la dulzura
fundirse como ceras:
son un óleo tardo
y no un vino mis venas,
y siento que mi vida se va huyendo,
callada y dulce como la gacela.

N O C H E

Las montañas se deshacen,
el ganado se ha perdido;
el sol regresa a su fragua:
todo el mundo se va huido.

Se va borrando la huerta,
la granja se ha sumergido
y mi cordillera sume
su cumbre y su grito vivo.

Las criaturas resbalan
de soslayo hacia el olvido,
y también los dos rodamos
hacia la noche, mi niño.

R E C A D O

T E R R E S T R E

Padre Goethe que estás sobre los cielos
 entre los tronos y dominaciones,
 y duermes y vigilas con los ojos
 por la cascada de tu luz rasgados:
 si te liberta el abrazo del Padre,
 rompe la ley y el cerco del arcángel,
 y aunque te den como piedra de escándalo,
 abandona los coros de tu gozo,
 bajando en ventisquero derretido
 o albatros libre que llega devuelto.

Parece que te cruza, el Memorioso,
 la vieja red de todas nuestras rutas
 y que te acuden nombres sumergidos
 para envolverte en su malla de fuego:
 Tierra, Deméter, y Gea y Prakriti.
 Tal vez tú nos recuerdes como a fábula
 y, con el llanto de los trascordados,
 llores recuperando al niño tierno
 que mamó leches, chupó miel silvestre,
 y quebró conchas y aprendió metales.

Tú nos has visto en hora de sol lacio
 y el Orión y la Andrómeda disueltos
 acurrucarnos bajo de tu cedro,
 parecidos a renos atrapados
 o a bisontes cogidos del espanto.
 Somos, como en tu burla visionaria,
 la gente de la boca retorcida
 por lengua bífida, la casta ebria
 del “sí” y el “no”, la unidad y el divorcio,

aun con el Fraudulento mascullando
miembros tiznados de palabras tuyas.

Todavía vivimos en la gruta
la luz verde sesgada de dolo,
donde la larva procrea sin sangre
y funden en madrépora los pólipos.
Y hay todavía en grasas de murciélagos
y en plumones morosos de lechuzas,
una noche que quiere eternizarse
para mascar su betún de tiniebla.

Procura distinguir tu prole lívida
medio Cordelia loca y medio Euménide.
Todo hallarás igual en esta gruta
nunca lavada de salmuera acérrima.
Y vas a hallar, Demiurgo, cuando marches,
bajo cubo de piedra, la bujeta
donde unos prueban mostaza de infierno
en bizca operación de medianoche.

Pero será por gracia de este día
que en el percal de los aires se hace
paro de viento, quiebro de marea.
Como que quieres permear la tierra,
sajada en res, con tu río de vida,
y desalteras al calenturiento
y echas señales al apercibido.
Y vuela el aire un guiño de respuesta
un sí es no es de albricias, un vilano,
y no hay en lo que llega a nuestra carne
tacto ni sacudida que conturben
sino un siseo de labio amoroso
más delgado que silbo: apenas habla.

E P Í L O G O

ÚLTIMO ÁRBOL

A Oscar Castro

Esta solitaria greca
que me dieron en naciendo:
lo que va de mi costado
a mi costado de fuego.

Lo que corre de mi frente
a mis pies calenturientos;
esta isla de mi sangre,
esta parvedad de reino.

Yo lo devuelvo cumplido
y en brazada se lo entrego
al último de mis árboles,
a tamarindo o a cedro.

Por si en la segunda vida
no me dan lo que ya dieron
y me hace falta este cuajo
de frescor y de silencio.

Y yo paso por el mundo
en sueño, carrera o vuelo,
en vez de umbrales de casas,
¡quiero árbol de paradero!

Le dejaré lo que tuve
de ceniza y firmamento,
mi flanco lleno de hablas
y mi flanco de silencio.

Soledades que me di,
soledades que me dieron,
y el diezmo que pagué al rayo
de mi Dios dulce y tremendo.

Mi juego de toma y daca
con las nubes y los vientos,
y lo que supe, temblando,
de manantiales secretos.

¡Ay, arrimo tembloroso
de mi arcángel verdadero,
adelantado en las rutas
con el ramo y el ungüento!

Tal vez ya nació y me falta
gracia de reconocerlo,
o sea el árbol sin nombre
que cargué como a hijo ciego.

A veces cae a mis hombros
una humedad o un oreo
y veo en contorno mío
el cíngulo de su ruedo.

Pero tal vez su follaje
ya va arropando mi sueño
y estoy, de muerta, cantando
debajo de él, sin saberlo.

T E R N U R A

Se ha publicado en TERNURA. Hay unos cambios en esta versión.

APEGADO A MI.

VELLONCITO de mi carne
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
duérmete apagado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándole latir:
no te turben mis alientos,
duérmete apagado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
~~no te turben mis alientos,~~ *no te sueltes de mi pecho,*
duérmete apagado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiembla de dormir. — *(hasta el dormir?)*
No resbales de mi brazo:
duérmete apagado a mí!

PARA "LA NACION"

RONDA DE LOS METALES

II

A Marta Samatán, nieta argentina
de mi Valle de Elqui

Del centro de la Tierra
oyendo la señal,
los Lázares metales
subimos a danzar.

versión en Ternura (1945)
Tiene cambios

Tan dormidos estábamos
que costó despertar
cuando el Señor priadozo
llamó a su mineral.

/ Halé, halá,
el Lázaro metal!

Baila con llamaradas
la gente mineral.
Van y vienen relámpagos
como en la tempestad.

Veloz o lento bailan
los osos del metal:
el negro choca al rojo,
el blanco al azafrán.

/ Aquí y allá,
el Lázaro metal!

El cobre es arrebata,
la plata, maternal;
el hierro fué Alarico,
el oro Abderrámán.

La ronda asusta a ratos
del resplandor que da
y silba la anadona — c —
con flauta y con timbal.

/ Va, viene y va,
el Lázaro metal!

En la pausa del baile
quedamos a escuchar
después de diez mil años
el tumbo de la mar.

Vengan los otros Lázares
hacia su libertad;
salten las bocamillas
y no las bajen más.

/ Ya sube, ya,
el Lázaro metal!

Cuando relumbre entera
la cancha del metal
la Tierra vuelta llama
que linda va a volar,

RONDA DE LOS METALES

Por los cielos abiertos
en paloma pascual,
como era cuando era,
en flor, la Eternidad.

*Halalalá,
el Lázaro metal!*

¡Alas lamistas!

PETROPOLIS ■ BRASILE

20 de Noviembre de 1940.

Poemas escolares

Caperucita Roja.

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado más pequeño hace de extracción.
Caperucita Roja, la de cabellos rubios,
tiene el corazóncito tierno como un pañuelo.

A las primeras luces ya se ha puesto en su casa
y va cruzando el bosque con un pañuelo en la mano.
Sale al prado. Mira lobos de ojos diabólicos.
— "Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas."

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
— "Abuelita ha enfermado. Le lleno aquella cama
i una pucherita suave, que desiertamente
i saber del pueblo más pequeño? Vino a la entrada de su casa."

Y después, por el bosque discurriendo entre
mejoradas rojas, corta ramazanas, flor tata,
i se encuentra de una mariposa pintada
que le hacen olvidarse del pánico del bosque.

El lobo fabuloso de blanqueados dientes
ha parado ya el bosque, i el molino, el alacán
i golpea en la plateada puerta de la abuelita,
que le abre. A la niña le ha amueiado el traje.

Ha tres días el perfido no sabe de bocados,
i la abuelita inmóvil, quién la va a defendir,
se la come i sonriendo zahigüezaamente
i se ha puesto en la cama las ropas de muga.

Yegan dedos menudos a la entornada puerta
De la arrugada gama dice el lobo: — "¡Ayúdame i
da otros ronquitos." Pero la abuelita está enferma
i da más i jeringa explica. — "De parte de mi nieto."

— 3 — 8 —

Caperucita ha entrado, olores de bayas
le traspasan en las manos pajar de salvia ^{cifras}
"Déjame pastillar, ven a sentarte en el lecho"
Caperucita cede al reclamo de Amor.

- De entre la cofia, salen los orejones ⁵²⁵
- "Por qué tan largos?" dice la niña con curiosidad
- El Velludo engañoso, abrazado a la niña
- "Para qué tan largos? Para oírte mejor"
el cuerpito roza le dilata los ojos
el terror en la niña los dilata también
- "Abuelita, decidme: ¡por qué esos grandes ojos!"
- "Corazoncito mío, para mirarte bien."

El niño lo hace reír, entre la boca regina
tremendo dientes blancos un terrible fulgor
- "Abuelita, decidme: ¡por qué esos grandes ojos!"
- "Corazoncito, para devorarte mejor."

Ha arrallado el Velludo bajo sus pelos
el cuerpito tembló, cuando comió la gallina ^{perdió}
y ha asolado las carnes, y ha molido los huesos
y ha exprimido como una cereza el cráneo.

L A G A R

HOSPITAL

Zalta
Pág. 1
-2-

Hacia el cristal de mi desvelo,
adonde baja lo que ignoro,
caen dorsos que no sujetos,
rollos de partes que no recojo,
y vienen carnes estrujadas
de lagares que no conozco.

Juntos estamos, según las cañas,
oyéndonos como los chopos,
y más distantes que Gheo y Sirio,
y el pobre coipo del faisán rojo. *y el oso fardo del oso rojo*
Porque yo tengo y ellos tienen
muro yerto que vuelve el torso,
~~audir~~
y no deja pasar los brazos,
~~ni~~ se abre al amor deseoso.

*El abidal de filos blancos
no se funde para mis ojos*

Mi Celador costado blanco
nunca se parte en grietas de olmo,
y aunque me cele como el hijo,
no me consiente ir a los otros:
espalda lisa que me guarda
sin volteadura y sin escorzo.

Dice Gabile.

Dejar

despre

M U J E R E S .

Loca Para "La NACION"²

ABANDONADA .

Ahora voy a aprenderme
el país de la acedia ,
y a desaprender tu amor,
que era la sola lengua mia ,
como un río que olvidase
lecho, corriente y orillas .

Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarreárias??
Todo me sobra y yo me sobre
como traje de fiesta para fiesta no habida
tánto , Dios mio , que me sebra
má vida desde el primer dia .

Dénme ahora las palabras
que no me dió la nodriza .
Las balbuceeré demente
de la silaba a la silaba :
palabra " expolio " , palabra " nada "
y palabra " postimería " .
*aví que se fueran en mi boca
entre las velas mordidas*
Me he sentado a mitad de la Tierra ,
amor mio , a mitad de la vida ,
a abrir mis venas y mi pecho ,
a mondarme en granada viva ,
y a tronchar la caoba roja
de mis huesos que te querian .

Estoy quemando lo que tuvimos :
los anchos muros , las altas vigas ,
descuajando una tras otra
las doce puertas que abrías ,
y cegando , a golpes de hacha ,
el algibe de la alegría .

Voy a esparcir , voleada ,
la cosecha ayer cogida ,
a vaciar odres de vino
y a soltar aves cautivas ;
a arrasar y a amontenar
los miembros de la magia
y a medir con brazos locos
la parva de las cenizas .

*en jinetes como
mi cuerpo*

Cómo duele , cómo cuesta ,
cómo eran las cosas divinas
y no quieren morir, y se quejan muriendo ,
y abren sus entrañas vividas !

Los leños entienden y hablan ;
el vino empinándose mira ,
y la banda de pájaros sube
torpe y rota como neblina .

Venga el viento , arda mi casa
mejor que bosque de resinas ;
caigan rojos y sesgados
el molino y la torre madrina .
La noche , apurada de fuego ,
mi pobre noche , parezca día !

Gabriela Mistral .

RONDA DE LOS COLORES

Albahaca

Albahaca del cielo,
malva de olor,
salvia dedos azules,
anís desvariador,

Bailan atarantados
a la luna o al sol,
volando cabezuelas,
sayas y color.

Ray
Las zamarrea el viento,
las abre el calor,
las ~~flot~~ flotaa el río,
las aviva el tambor.

Cronaca
Cuando es que las mandaron
a ser matas de olor,
todas dirían "¡sa!"
y gritarían "¡ol!"

Menta
La menta va al casorio
del brazo del cedrón
y atrapa la vainilla
al clavillo de olor.

Sin nombre
Enrida Cuthang

Caminando de este a oeste
con su arrastre de metales
hacen la ronda de espadas
doce mil palmeras reales

Camina la Isla de Cuba
esta ronda de metales
y va de noche dormida
la ronda de palmas reales

y a la noche
entre Sobre cafés y algodones
sobre los canaverales
danza en todos los tiempos
la ronda de palmas reales

y a la noche
Las cabezas son de pluma
los columpios maternales
en vuelo de garzas
la ronda de palmas reales

Bailando todas las fiestas
las pascuales, las nupciales,
gira, y gira, y gira, vemos
girar las palmeras reales.

No se quiebran sus cogollos
ni sus talles tan cabales
Danzan en color de plata
la ronda de palmas reales.

cot/3/49

C O L O F Ó N

Obra reunida de Gabriela Mistral incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Grafhika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Director	Thomas Harris Espinosa
Diseñador	Felipe Leal Troncoso
Asistente editorial	Carla Salazar Núñez
Secretaría	Araceli González Cerei
Distribución	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

Coordinadora	Valentina Orellana Guairelo
Mediación	Francisca Santibáñez Marambio
Diseño	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores



Ministerio de
Las Culturas,
Las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile



PREMIO NOBEL
80 AÑOS

Gabriela
Mistral